

Manos a la paz

Crónicas



UNIVERSIDAD
CENTRAL

50
AÑOS
en el año de la paz

Manos a la paz

Crónicas



Consejo Superior

Jaime Arias Ramírez
(presidente)
Fernando Sánchez Torres
Jaime Posada Díaz
Rubén Darío Llanes Mancilla
(representante de los docentes)
José Sebastián Suárez Rodríguez
(representante de los estudiantes)

Rector

Rafael Santos Calderón

Vicerrector académico

Luis Fernando Chaparro Osorio

Vicerrector administrativo y financiero

Nelson Gnecco Iglesias

Esta es una publicación de la Vicerrectoría Académica, Unidad Proyectos Estratégicos, Ángela María Avella (directora).

Manos a la paz

ISBN para PDF: 978-958-26-03348-9

Autores

Ediciones Universidad Central
Calle 21 n.º 5-84 (4.º piso), Bogotá, D. C., Colombia
PBX: 323 98 68, ext. 1556
editorial@ucentral.edu.co

Catalogación en la Publicación Universidad Central

Coronado, Fredy Esteban, autor

Manos a la paz : crónicas / Fredy Esteban Coronado ... [y otros cinco] ; Rectoría de la Universidad Central ;
coordinación editorial Héctor Sanabria Rivera. -- Bogotá : Ediciones Universidad Central, 2016.

144 páginas : fotografía ; 20 cm

Incluye referencias bibliográficas.

ISBN: 978-958-26-0346-5 (Impreso)

ISBN: 978-958-26-0348-9 (PDF)

1. Papel social - Relatos personales - Colombia 2. Cambio social - Relatos personales - Colombia 3. Construcción de paz -
Relatos personales - Colombia 4. Desarrollo social - Relatos personales - Colombia I. Martínez, Laura, autora
II. Briceño, Marcela, autora III. Montaña, Yenny Lorena, autora IV. Vega, María Paula, autora V. Aroca, Nhasly
Johanna, autora VI. Sanabria Rivera, Héctor, coordinador editorial VII. Universidad Central. Rectoría

303.66 – dc23

PTBUC/15-12-2016

Coordinación Editorial

Dirección: Héctor Sanabria Rivera
Coordinación: Jorge Enrique Beltrán
Diseño y diagramación: Mónica Cabiativa Daza
Corrección de textos: Nicolás Rojas Sierra

En la cubierta: Montaje gráfico a partir de la fotografía hiking-1643058. (fuente: <https://goo.gl/ii3yiS>).

Editado en Colombia - *Published in Colombia*



Material publicado de acuerdo con los términos de la licencia Creative Commons Attribution-NonCommercial-NoDerivatives 4.0 International (CC BY-NC-ND 4.0). Usted es libre de copiar o redistribuir el material en cualquier medio o formato, siempre y cuando dé los créditos apropiadamente, no lo haga con fines comerciales y no realice obras derivadas.

Contenido

Presentación	7
ÁNGELA MARÍA AVELLA VARGAS	
Prólogo	9
RAFAEL SANTOS CALDERÓN	
El río que navegué	14
FREDY ESTEBAN CORONADO	
La espera valió la pena	38
LAURA MARTÍNEZ	
Dos caminos y una fecha	48
MARCELA BRICEÑO	
Una experiencia, varios caminos y un destino	72
YENNY LORENA MONTAÑO	
Aprender es morir un poco	80
MARÍA PAULA VEGA	

Atreverse es vivir	90
NHASLY JOHANNA AROCA	
Momentos mágicos	102
LAURA LORENA MERCHÁN	
Música para unir	110
JULIÁN CASTRO	
Padre adoptivo por cuatro meses	130
LUIS ALEXANDER CASTRO ZAMUDIO	
Voces de los padres.	139

Presentación

Colombia se encuentra en un momento histórico definitivo para dejar atrás un pasado determinado por la violencia y la exclusión y proyectarse como una sociedad realmente democrática e incluyente. En tal circunstancia, los esfuerzos del Gobierno nacional por traer la paz han tenido eco en un grupo importante de universidades del país, que se han sumado para aportar acciones significativas a esta gran apuesta nacional con su participación en el Programa Manos a la Paz, creado por el Ministerio del Posconflicto con el apoyo de Naciones Unidas.

Este programa nació para contribuir al fortalecimiento de las capacidades institucionales y comunitarias de construcción de paz en los territorios colombianos más afectados por el conflicto armado. Con este fin, ha logrado convocar a un gran número de estudiantes comprometidos con el país, quienes, a través de sus prácticas universitarias, acuden a trabajar en regiones apartadas en pro del desarrollo cultural, social y económico de las comunidades menos favorecidas del territorio nacional.

La Universidad Central ha participado desde el inicio del programa con dieciséis estudiantes de diferentes carreras, quienes han logrado dejar muy en alto su identidad unicentralista con su profesionalismo y compromiso social. Consciente de la gran responsabilidad que conlleva esta experiencia, la

Universidad ha llevado a cabo un acompañamiento minucioso tanto personal como académico para cada uno de ellos.

No tenemos duda de que, al regresar de esta experiencia, los estudiantes llegan transformados. Dejar las comodidades de su vida cotidiana para enfrentar condiciones desconocidas y en muchos casos adversas hace que adquieran una visión de mundo distinta, que reconozcan al otro en su diferencia, que lo valoren y lo respeten, lo cual constituye el primer paso hacia la construcción de un escenario de paz.

Este libro recopila las crónicas de siete de nuestros estudiantes pioneros sobre su experiencia, que tomaron la decisión de explorar una realidad desconocida con la firme voluntad de colaborar en la activación de una sociedad en la que sea posible la convivencia, el progreso, la equidad, la justicia y la participación. También se incluyen las crónicas de dos de los docentes que participaron como acompañantes en las salidas y, en “Voces de los padres” se abre una ventana para escuchar la opinión de quienes vieron a sus hijos partir para hacer realidad esta aventura de Manos a la Paz.

Ángela María Avella Vargas

Directora de Proyectos Estratégicos de la Universidad Central

Prólogo

El país que estamos por hacer

En el preciso momento en que la Universidad Central estaba considerando vincular su comunidad académica a la urgente necesidad de convertir la calle en la mejor de las aulas, apareció en el camino el programa Manos a la Paz. Tras conocer el contenido de la propuesta del Ministerio del Posconflicto y el programa —una idea concebida para llevar estudiantes a los territorios periféricos del país por muchos años abandonados por el Estado—, le apostamos decididamente a que esta era una oportunidad de oro para nuestros alumnos y profesores. Enviarlos a esa Colombia olvidada, con muchas carencias y sitiada por la violencia para aplicar sus conocimientos era lo que estábamos buscando.

Y no nos equivocamos. En lo corrido de 2016 y 2017, un contingente de 21 estudiantes unicentralistas ha hecho presencia en 18 municipios y ocho departamentos, todos ellos territorios de gran pobreza, con expresiones de violencia de distintitos orígenes y urgidos de soluciones a sus ingentes necesidades de salud, educación e institucionalidad. Finalmente, se trata de una posibilidad real de que aquellos que tienen conocimiento y educación le tiendan una mano a los que no la tienen.

Los testimonios de nuestros estudiantes sobre el impacto que ha tenido en sus vidas ese contacto con otras realidades tan lejanas a los centros de poder del país son muy elocuentes. Tal es el caso de Fredy Coronado, estudiante del programa de Ingeniería Ambiental, quien ante la Cumbre de Gobernadores de 2016, en Bucaramanga, afirma que él “fue a cambiar el mundo y el mundo lo había cambiado a él”. Tanto lo impactó la realidad que conoció de ese otro país tan desconocido para tantos colombianos que su testimonio habla de las ventajas que ofrece el programa. Por eso, esta iniciativa ha convocado el mayor interés de nuestros estudiantes y de aquellos profesores que han servido de monitores de tales experiencias de trabajo de campo.

Manos a la Paz ha permitido que los estudiantes intervengan en espacios de práctica que le han agregado un enorme valor a su formación universitaria. Enfrentarse a situaciones reales, en entornos deprimidos y difíciles donde pueden aplicar sus disciplinas y conocimientos, es una vivencia irrepetible. Se trata, sobre todo, de construir aprendizajes nuevos del territorio nacional y de acumular vivencias que marcan la vida de cada uno de ellos.

Esta iniciativa ha sido particularmente importante porque ha mostrado caminos para que esta generación de jóvenes colombianos, la primera que a lo mejor conozca un país en paz, participe en la construcción de esta. La tarea apenas comienza, y de forma particular, porque —como lo relatan en esta publicación— los estudiantes admiten estar descubriendo un país desconocido, emocionante y retador, que se abre como una oportunidad de enriquecer el ámbito personal y laboral.

Así, las vivencias de estos 21 jóvenes muestran la importancia de Manos a la Paz para que una mayor cantidad de ellos participe del compromiso individual e institucional de desarrollar programas integrales de conocimiento multidisciplinario. Programas que transformen al ciudadano y, ojalá, también la difícil realidad que viven tantos compatriotas; programas que permitan la formación de nuevas generaciones de profesionales que incluyan e incluso

prioricen estos territorios como sus entornos laborales, para que sea un proyecto de vida contribuir a la reparación de los 20 millones de colombianos olvidados por más de medio siglo.

Un paso más

Lo que perseguimos en las siguientes fases de Manos a la Paz es, entonces, incrementar exponencialmente la participación de la Universidad Central en dos sentidos: por una parte, con la activa presencia de más unicentralistas —estudiantes y profesores— en los territorios y, por otra, con hacer un contacto muy estrecho y provechoso entre los programas multidisciplinarios de la Universidad y la compleja realidad de unas comunidades más afectadas y necesitadas.

Por eso —y con una actitud de humildad y reconocimiento del otro—, debemos ir a esos territorios, en particular, a conocer y a aprender de ellos. Tenemos mucho que aprender. Y basados en ese aprendizaje, poder aportar conocimientos profesionales, herramientas y metodologías que ayuden a solucionar problemas concretos y a impulsar oportunidades de desarrollo local. Además, el viaje de nuestros estudiantes a esa Colombia profunda e irredenta debe servir también para narrar esas realidades locales incomprendidas e invisibles al país urbano. Tenemos, aquellos que vivimos en las grandes ciudades, una enorme deuda de solidaridad con quienes por tantos años han estado viviendo en el país que no conocemos.

La Universidad Central está decidida a acompañar el proceso del posconflicto que apenas comienza. Para ello, será vital llevar democracia y construir ciudadanía en los rincones más apartados del país. En esa construcción, las artes, el derecho, la comunicación social y el periodismo, la ciencia y la tecnología tendrán mucho que aportar.

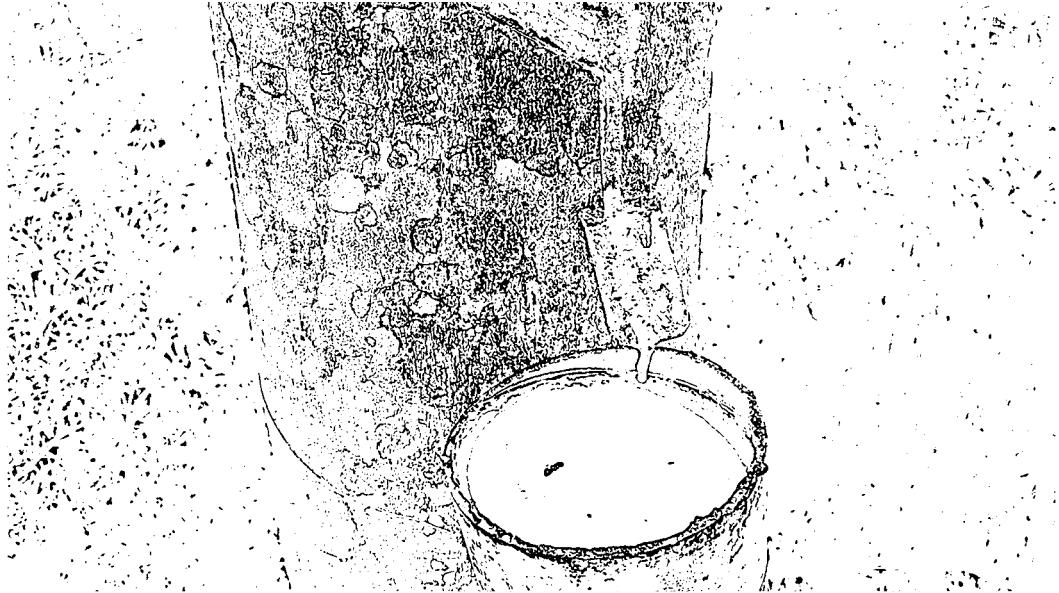
Nuestra contribución es lo que somos como universidad: nuestros estudiantes y profesores con su bagaje de conocimientos y experiencia. Las difíciles

condiciones en las que vive casi medio país serán el mejor laboratorio que puedan encontrar los unicentralistas para aplicar lo que han aprendido y brindar lo que puedan enseñar. El primer semestre de este año se inicia con la gran gira de artes y ciencias, a la que esperamos que se sumen, en el segundo semestre, otras disciplinas.

Tenemos, pues, el reto inmediato de ser creativos, de ajustar los currículos y proyectos académicos, de establecer alianzas y de convocar la mayor cantidad posible de participación de nuestros estudiantes y profesores para llevar a la práctica esta apuesta de país y de Universidad.

Rafael Santos Calderón

Rector



El río que navegué

Fredy Esteban Coronado

Estudiante de Ingeniería ambiental

Preselección

Estaba cursando mi último semestre y tenía planeado tomar cuatro materias mientras realizaba mi pasantía y terminaba mi tesis. Sería un típico estudiante de ingeniería, pero Dios trazó el río, yo solo lo navegué. Pasó el primer corte del semestre, había sacado buenas notas. Solo me faltaba hallar una pasantía. Tenía una opción, pero estaba preocupado por la nota de la pasantía; estaba abierto a tomar cualquier alternativa que se presentara primero. Un día, navegando en internet, encontré la oferta del PNUD del programa Manos a la Paz. Vi en ella un video que contaba el objeto del programa, incluyendo el cambio de ubicación y las relaciones con alcaldes municipales. Esto, sumado a la idea de recibir una manutención, me convenció de inscribirme, pensando que estaría cerca de Bogotá.

Un mes después llegó a mi correo un aviso en el que me decían que había sido preseleccionado y debía asistir al Teatro Faenza. Me advertían que debía contar con tiempo, por lo que me imaginé una entrevista muy larga y con bastante competencia. Para mi sorpresa, más que un proceso de selección largo fue un almuerzo con el que buscaban mostrarnos la gran oportunidad de cambio para el país que esto significaba, y como testimonio nos trajeron a antiguos pasantes de Opción Colombia y nos brindaron una reflexión sobre conflicto y paz. Al final, distribuyeron los municipios a los que iríamos. Cuando me dijeron que iría a La Montañita, Caquetá, sentí vergüenza porque no tenía idea de dónde quedaba ese lugar. Lo primero que hice al volver a casa fue buscar La Montañita en internet.

Esa misma noche ya tenía una idea sobre el trabajo y mi actividad como pasante, además de la ubicación de La Montañita; pero faltaba la aprobación final, que solo daba mi mamá, Pilar Romero, la cabeza del hogar desde siempre. Ella siempre ha aceptado el hecho de que un hijo se puede ir en cualquier

momento de la casa, y también ha dicho que toda experiencia por fuera sirve para hacernos mejores personas. Cuando le conté que no habría problema con las materias parecía tranquila; sin embargo, su expresión cambió cuando le dije que me iría a Caquetá. Ella sí sabía dónde quedaba este lugar y todo lo que había pasado allá. Le preocupaba mi seguridad y que fuera a parar a un caserío, pero le expliqué que La Montañita es un pueblo mediano, y, lo que es aún más importante, encontramos la iglesia a la que asistimos. “Si allá hay una iglesia, es porque tienen bendición de Dios”, dijo mamá, y quedó tranquila.

Preparación

Durante la semana siguiente recogí los papeles para el contrato y compré, gracias a un subsidio, un toldillo, repelentes, bloqueador, mecheras, tijeras plegables y todos los implementos que me pudieran hacer falta. Puede parecer paranoico, pero quería estar preparado para cualquier cosa. Cuando se acercaba la fecha del vuelo, fui hablar con mi papá, Fredy Coronado. Él y mamá se separaron hace unos cuatro años, por eso fue el último en enterarse. Al igual que mi mamá, mi papá también se preocupó por mi seguridad, pero sus dudas no se las despejé yo, sino la Universidad, que organizó la despedida para los pasantes. En la reunión se habló con los padres, y la Universidad nos dio el primer giro, que fue solo el principio del apoyo que recibimos durante el viaje. Mi papá llegó ese día acompañado por mi abuela Sixta, que no pudo reprimir un llanto de orgullo al oír hablar al vicerrector académico. Más tarde, durante el almuerzo, Fredy terminó de convencerse y también me apoyó.

En la Universidad tuve que despedirme de mis compañeros de grupo de las materias. Sabía que estaba posponiendo mi trabajo y que la carga de los trabajos de clase iba a ser más difícil para ellos, pero ante la oportunidad de realizar la pasantía no tenía opción. Ellos tuvieron comentarios graciosos y me apoyaron todo el tiempo, incluso mientras estuve en Caquetá.

Ya cerca del día del viaje, recibí información de que ya tenía compañeros en campo. Eso me generó ansiedad y algo de miedo, pero no era momento para dudas. Mi mamá preparó una despedida en casa, una cena elaborada con la que brindamos con vino por mi futuro: ahí supe que debía sacar el valor y demostrar habilidades tanto profesionales como personales para sortear los problemas de la vida diaria.

El vuelo

Viajé al día siguiente de la cena. Esa mañana, Alejandra, mi hermana menor, me regaló más besos de los habituales. Traté de grabarlos en mi mente y guardarlos para cuando los necesitara. También recordé las palabras de mi abuela Miriam, mi abuela materna, que viene del campo como mi abuela Sixta. Gracias a ella sentía que, de alguna manera, estaba reconciliándome con mis raíces. Ya tenía las maletas arregladas y pesadas para evitar problemas en el aeropuerto. Era mi primer vuelo, y la angustia aumentaba a medida que se acortaban los minutos con mi mamá y mi abuela, que me acompañaron hasta que pasé el puesto de control y requisa. No pude disimular el nudo en mi garganta cuando les extendí mi mano en señal de despedida. También pensé que no sería la última vez que me despediría de ellas.

En la sala de espera trataba de olvidar todo lo que sabía que podía salir mal durante el vuelo. Debido a una vieja afición a documentales sobre accidentes aéreos, tenía pánico de volar. Sin embargo, me concentré en los compañeros que llegaban y que se agrupaban alrededor mío. Gracias al retraso del avión comenzamos a conocernos, a hablar de nuestras carreras y a intercambiar opiniones del programa. En el bus, antes de embarcarnos, traté de mantener una conversación para no pensar en el avión. Afuera, el sol empezaba a esconderse y me dio tristeza: deseaba ver todo el vuelo de día. ¡Ja!, ahora tenía afán de subir. Mi puesto era junto a la ventana y no tenía ningún compañero a mi lado,

así que volví a ponerme nervioso. Al comienzo, la sensación no era diferente a la de un bus, pero no estaba preparado para la aceleración suicida que alcanza un avión al despegar. No podía dejar de mirar por la ventana mientras la Tierra se alejaba y se encogían los edificios, y pude ver, en un giro de la aeronave, el camino que diariamente recorría de mi casa a la universidad. Me di cuenta de que ese camino, rutinario, constante, ya no lo transitaría más. Al mismo tiempo, estaba dejando algo en esa pista de aterrizaje.

La primera noche

Pasé una hora embargado por la vista de las nubes. No importaba que todo se viera blanco, era un panorama nuevo con un horizonte que prometía muchas cosas. De vez en cuando se veía el suelo entre las nubes y me costaba imaginar la distancia que existía entre mis pies y la Tierra. Llegamos al atardecer a Florencia; lo primero que sentí fue el calor y la humedad del ambiente. Recogimos los equipajes y abordamos un transporte que nos llevaría a la Pastoral Social de Florencia. Para ese momento ya era de noche, y durante el viaje nos estaban dando instrucciones. No podía concentrarme en lo que decía el técnico del PNUD por mantener mi vista sobre las calles y memorizarlas.

Cuando llegamos a la Pastoral Social, sentí un aire de familiaridad debido a que era muy similar al campo CETA, un retiro para hermanas de la comunidad católica. Había un gran comedor y habitaciones con varias camas. Con la excusa de que el cuarto destinado a las mujeres no tenía ventilación, las chicas del grupo se mudaron para la habitación contigua a la de los hombres (solo puedo especular las razones). Llamaron para la cena y después todos tomamos una ducha para empezar a aclimatarnos. Yo aún me mantenía prevenido. Monté mi mosquitero y esto me recordó cuando jugaba de niño a hacer cambuches, por lo que sentí algo de vergüenza. Esa noche, los hombres continuamos

hablando con la luz apagada como si fuéramos ya viejos conocidos hasta que nos ganó el sueño.

La primera semana

Mi cuerpo, que estaba acostumbrado a trasnochar y pasar en vela por mi jornada académica, de manera automática se despertaba lleno de energía justo entre las cinco y las seis de la mañana. A esa hora no había nadie despierto, y durante esa semana yo fui el primero en bañarme (a veces incluso tenía la sensación de molestar a mis compañeros por el ruido que hacía).

Los dos primeros días aún llegaban compañeros que iban a ser pasantes del programa. Los que ya estábamos allá nos dedicamos, por otro lado, a adaptarnos a nuestra nueva vida. El primer día tuvimos una conferencia de unos delegados que venían de parte de la mesa de negociación de La Habana. Eran unos profesores que venían de la Universidad Nacional y su trabajo era recopilar información sobre la opinión de la población del departamento. El segundo día nos mudamos de la Pastoral a un hotel. Ahí comenzaron algunos conflictos con compañeros que no sabían cómo comportarse. Me sorprendía lo “alegre” del grupo. Yo, por mi parte, soy muy sobrio. No fumo y no tomo, y escogí mantener una distancia con todo esto.

Durante la Semana Santa, todos tenían ganas de pasear. Yo tenía mi plan de conocer poco a poco la ciudad y después ir mirando más sitios para explorar. Sin embargo, Camilo, un compañero, promovía que fuéramos a diferentes municipios de Caquetá, y todos lo seguían. El primer viaje del grupo sería en dirección a Morelia, pero noté que no iban a salir temprano (sospeché que era un viaje improvisado y que estaban buscando la ocasión para beber). Fuimos al terminal, pero todo el tiempo sentía que debía estar en otro lugar. La tensión aumentó cuando abordamos una chiva, bus escalera o mixto. Me quejé porque sentía que se hacía tarde, pero el grupo no estuvo de acuerdo conmigo. El bus se

llenó de cosas y de personas, y vi que había un niño trepado entre las cajas de mercado. Me pareció que no era seguro, y sin ver a la cara a mis compañeros, le cedí mi puesto al chico y me bajé. No me preocupaba cómo volvería al hotel mientras caía un típico aguacero del Caquetá, sino que volvieran bien. Cuando llegué emparamado al hotel, respiré profundo y recordé la promesa que le hice a mi mamá, así que busqué la dirección de la iglesia en Florencia y descubrí que estaba a pocas cuadras del hotel; así, fui a donde pensé que debía estar ese día.

Los siguientes días estuvimos en el hotel. Teníamos mucho tiempo libre por la Semana Santa, aunque a medida que avanzaba la semana cada compañero fue conociendo a sus tutores y la actividad que realizaría. Esto no ocurría conmigo. Me informaron que me iban a asignar a Asoheca y Acamafrut, por lo que, mientras tanto, me dediqué a averiguar sobre el caucho y el cacao.

Ya nos habían dicho que el hotel era temporal, y fui yo quien puso en discusión la viabilidad de tomar en arriendo un apartamento en grupo en caso de que fuera necesario, pues la primera intención de la oficina del PNUD era que el beneficiario del proyecto al cual el estudiante iba a vincularse le facilitara el hospedaje.

Sin embargo, cuando llegó la hora de comenzar a trabajar, se decidió que yo no debía estar en dos lugares (Acamafrut y Asoheca), sino en uno, no solo porque sería sofocante tener dos trabajos, sino porque Asoheca me ofrecía hospedaje: una casa adecuada por la ingeniera forestal Blanca Monroy, una tolimense encargada de la biofábrica, quien sería mi compañera durante los siguientes dos meses.

El primer día en Asoheca

La ingeniera me aguardaba con el taxi en el hotel. Esperaba que no quedara muy lejos de Florencia porque era el único sitio que conocía, y además porque era el único que tenían designado para ese proyecto, lo que significaba dejar

atrás al resto del grupo. Básicamente —pensé mientras me subía al taxi—, ahora estaba por mi cuenta.

Llegamos a Itarca de noche. La casa no estaba sola; había en ella dos matrimonios de injertadores. Me presenté con ellos y le expliqué a la ingeniera la decisión del PNUD de dejarme durante toda la pasantía en Asoheca. Ella tenía planeado dejarme en un *camping* que tenían reservado para los visitantes o, si lo prefería, en una hamaca en la entrada de la casa. Sin embargo, debido a lo largo de mi estadía, decidió ofrecerme una colchoneta para dormir temporalmente en la habitación de la pasante del laboratorio de la planta de procesamiento de TSR-20, una estudiante de Química de la Universidad de la Amazonia llamada Gisella, que llevaba ahí un mes. Ella había salido el fin de semana de vuelta a casa para cuidar de su hija y volvería al día siguiente por la mañana.

Al día siguiente, la ingeniera desocupó el último cuarto disponible que había, y que a mi llegada había estado lleno de insumos. Con ayuda de los operarios de la biofábrica, trasladaron los insumos a la bodega de la casa. Aún contaba con mis dos colchonetas, así que, haciendo uso de una chispa creativa, monté algo semejante a una cama usando estibas y unos cuantos bloques que me sirvieron de base para los colchones. Puse el toldillo y empecé a instalarme en el cuarto, que aún tenía un fuerte olor a fertilizantes, y que fui disminuyendo con palitos de incienso (debía adaptarme al nuevo sitio que me acogía). Después de tener todo listo, me presenté con los operarios de la biofábrica. Me impresionó que fuera una escuadra tan pequeña para las 28,7 hectáreas de extensión, pero me llamó más la atención su edad: ninguno parecía ser menor de treinta años, y la mayoría ya tenía varias canas en la cabeza.

Durante el resto de ese primer día me dediqué a lavar ropa a mano. Ya en la noche tuve la oportunidad de conocer mejor a las parejas de los injertadores, dos costeños de Córdoba, de unos veinticinco o treinta años. Una de las mujeres era alta y blanca con el cabello rizado y la otra era baja, morena, de cabello negro. Los dos hombres eran morenos y en las conversaciones, con un fuerte

acento, hablaban sobre sus familias y me preguntaban acerca de Bogotá. Ese día también conocí a Gisella, una mujer de veintitrés años, alta, de piel morena clara y ojos rasgados.

Nosotros no éramos los únicos habitantes de la casa. Estaba Manchas, un perro viejo criollo con cruce de Beagle, con poca energía y menos visión, que al comienzo me pareció una molestia olorosa. También estaba La Negra, otra perra criolla de pelo negro y cuyos pelos blancos en la barbilla delataban su avanzada edad. Ella se transformó en mi compañera inseparable. Completaba el pequeño corral Coco, la gallina de la ingeniera, que todos los días se paseaba por la casa en busca de sombra y de comida, siempre escoltada por un gallo joven que apenas aprendía las artes del cortejo. La esperanza de la ingeniera era que algún día el gallo pisara a Coco para no tener que comprar más huevos.

El primer mes

Pasaron los días y con ellos empecé a planificar cómo iba a distribuir mi tiempo. Sabía que Asoheca se estaba certificando con la ISO 14000 y que se encontraban en auditorías externas, por lo cual todos estaban preocupados por tener todo en orden. En un principio, querían ayuda con unos trámites ya viejos que la planta tendría que haber realizado hace ocho años, en respuesta a la Corporación Autónoma de la Amazonia, por cuestiones de un permiso para una bocatomía; pero ya tenía un tiempo límite de entrega y no deseaba correr el riesgo de recibir todo el peso de la responsabilidad de la multa.

Al comienzo me ofrecí para revisar el sistema de gestión integral de Asoheca como soporte adicional a las auditorías. Esto no le gustó mucho a Ángela, la encargada del Departamento de Gestión integral, una mujer bajita que tenía la misión de lograr que saliera bien la auditoría externa; tal vez pensó en ese momento que ya era demasiado peso para ella. Así que decidí dedicarme exclusivamente a la biofábrica, un área que había sido excluida del sistema de gestión de Asoheca por la falta de atención a impactos ambientales.

Propuse, entonces, crear un Plan de Manejo Ambiental para la Biofábrica, lo cual fue aceptado por la universidad, mi tutor del PNUD, mi tutor de pasantía y el comité Asoheca. Pensaba todos los días cómo iba a involucrar un plan de manejo ambiental de un área que es en esencia un vivero con la connotación social y el contexto de mi pasantía, que era la paz. Era la misma encrucijada de las relaciones entre una organización con razón social (Asoheca) y su comunidad (Itarca).

Me fui familiarizando con los integrantes de la casa. Las mujeres cocinaban y yo pagaba por mi plato de comida, porque sabía que cocinar consumía tiempo valioso para desarrollar el trabajo. Aún tenía el ritmo de trabajo de Bogotá, que exige que las cosas se hagan rápido y bien hechas, mientras todos a mi alrededor se tomaban su tiempo para todo.

La ingeniera, en un acto generoso, me prestó un computador portátil que estaba en mantenimiento y no utilizaba, ya que tenía uno de escritorio. Gracias a eso comencé a trabajar en los informes. Al principio era necesario documentar todo el funcionamiento de la biofábrica, y la única fuente que tenía acerca de esa estructura era la ingeniera, por lo que trataba de reunirme con ella en su tiempo libre para continuar la documentación básica para la descripción del proceso, necesaria para formular el resto de las cuestiones ambientales. En estos espacios fui comprendiendo cómo se trabaja en la biofábrica, además de que me permitieron conocer la opinión de la ingeniera frente a mis locas propuestas (quería, por ejemplo, utilizar pantallas gigantes para que los inyectadores pudieran trabajar bajo la lluvia) y así proponer acciones más congruentes.

El primer fin de semana, Gisella me invitó a conocer la inspección de Santuario para comprar algunas cosas que necesitábamos. Como éramos los únicos en la casa, me preocupé por dejar todo bien cerrado; pero ella me dijo que ahí no era necesario, que lo único que se dejaba bajo llave eran los insumos y algunas herramientas como las guadañas. Me sorprendió su tranquilidad sobre el tema, tan distinta a la paranoia con que se vive en Bogotá. Santuario resultó

ser un pueblo grande, con muchas tiendas y mucha actividad. En el camino de vuelta, Gisella me preguntó qué me parecía el Caquetá. Mientras miraba las praderas a lado y lado, y recordaba lo que había ocurrido ese día, solo pude decirle: “es muy grande y muy tranquilo”.

Los apagones eran comunes en Itarca, pero los cortes de agua solo se debían a una razón: obstrucciones en las tuberías. El proveedor de agua del caserío, y en especial de la casa donde estaba alojado, era el acueducto elaborado por Asoheca para la planta, el mismo que tenía el problema con Corpoamazonia. Justo a mediados de la última semana del mes, el agua dejó de llegar a la casa y al caserío, por lo que los dos injertadores se dedicaron a revisar sección por sección del tubo para buscar el taponamiento. Finalmente encontraron un tapón de arena que había sido arrastrada por el agua y el daño se reparó; pero, más allá de eso, me preocupé porque no me parecía que el agua que llegaba fuera potable. Consulté a la ingeniera, pero ella no tenía conocimiento de las implicaciones de beber agua cruda, así como tampoco sabía por qué se distribuía el agua en ese estado; sin embargo, me invitó a que realizara una charla sobre el agua a la gente del caserío, así que preparé un folleto con los temas que iba a exponer. La ingeniera llamó al presidente de la Junta de Acción Comunal y quedó acordada una cita.

A la charla asistieron ocho personas, la mayoría eran mujeres de edad. Esperaba aclararles cuáles eran los problemas existentes alrededor del agua y explicarles qué tipo de enfermedades podían tener por causa de la ingesta de agua cruda. También quería contarles cómo ellos, como comunidad, debían trabajar para potabilizar el agua; pero tenían miedo de que le añadieran químicos al agua y los enfermara peor. Al final, era su decisión. Fue entonces cuando el presidente de la Junta de Acción Comunal, un hombre de edad, moreno y alto, que había luchado durante la charla para espantar el sueño, aprovechó mis argumentos para proponer que alguien limpiara la bocatoma. “No es mucho, pero ya están comenzando”, pensé al escucharlo.

El día de la limpieza de la bocatoma se reunieron diez hombres y un niño de no más de catorce años, todos con pala en mano y con la esperanza de que hiciera buen clima. Los hombres estaban vestidos con su ropa de trabajo, el tradicional traje campesino con botas de caucho, sombrero y peinilla. Avanzamos por el sendero que partía de la última casa de la vereda y tomamos un camino en medio de la selva, en el que aparecía el tubo de conducción, que en un punto estaba doblado y presentaba una fuga. Más adelante llegamos al desarenador y a la bocatoma. Era la primera vez que veía una, así que, metido en la quebrada, me dediqué a sacar fotografías, mientras los trabajadores —con esfuerzos para coordinarse— se disponían a sacar la arena de la bocatoma. Limpiamos el desarenador, y mientras todos se devolvían a la hora del almuerzo, me quedé hablando con un operador de Asoheca llamado Fredy y con el niño que nos había acompañado. Como habíamos pasado toda la mañana y parte de la tarde trabajando, le pregunté al niño si iba a la escuela; él respondió que no, porque debía trabajar para ayudar en la casa. Recordé que mi mamá me había contado que había tenido una experiencia similar en su infancia y, siguiendo su ejemplo, lo alenté a estudiar sin importar su condición.

Al final del mes, el portátil sufrió un daño y lo tuve que pagar. También recibí la noticia de que los injertadores se iban porque el clima no les permitía trabajar en la biofábrica, debido a que, cuando llueve mucho, los injertos se dañan fácilmente. Entonces se hizo evidente el gran problema económico por el que estaban pasando todos en ese momento: los dos hombres salieron para ir a un vivero en el Tolima, mientras que las mujeres se quedaron esperando sus pagos atrasados. Los problemas apenas empezaban a aparecer. En la casa ya solo quedábamos tres: la ingeniera, Gisella y yo. En Asoheca, los recursos dados por el PNUD se iban a utilizar para pagar los salarios —desde el la ingeniera hasta el de los operarios, incluyendo los injertadores—. Este pago tenía ya un retraso cuando llegué a la casa y la situación comenzaba a desesperarlos a todos.

La partida de los injertadores solo empeoró las cosas. Los gastos ahora tenían que ser repartidos, aunque con la presencia de Gisella pudimos sostener el sistema de compra de plato, pero ella terminó su pasantía a fin de mes y se fue a escribir el informe a su hogar. Poco a poco, el silencio estaba ganando terreno en la casa. Cumplido el mes, saldé mi deuda por la comida en la casa y la tensión por la compra de remesas de la ingeniera aumentó, pues ya estaba endeudada. Prácticamente dependía de la ayuda de un familiar de Florencia.

La gente de Asoheca y sus problemas

Durante el segundo mes, en la casa ya solo quedábamos la ingeniera, Coco, La Negra y yo. Manchas había muerto un día antes de la partida de las injertadoras. Entonces la ingeniera viajó al Tolima por razones familiares y le recomendó a la dueña de la única tienda de Itarca que me vendiera los platos. Yo continué con mis labores diarias, mientras que en las tardes me ocupaba de mantener la casa limpia y a la hora de la comida iba a la tienda para cenar. En ese tiempo aproveché para socializar y preguntarle a la tendera sobre su relación con Asoheca; así fue que me enteré de que la casa era propiedad de Oliverio Lara y que en otras épocas había sido una hacienda con grandes cantidades de ganado. Ahora —decía la tendera— se creía que la casa estaba embrujada, y que hasta aparecía el diablo.

Pasada la semana, la ingeniera volvió con algunos víveres, pero apenas bastaron para sostenernos unos días. Entonces le propuse que le ayudaría a comprar parte de la remesa. Al día siguiente, con lista en mano, fui a comprar lo que se necesitaba con mi dinero. El PNUD seguía retrasado en el pago, pero ella no era la única preocupada; los operarios de la biofábrica también estaban haciendo maromas y endeudándose. Ellos presionaban a la ingeniera y esta, a la oficina del PNUD, pero ya habían pasado tres meses y no había respuesta. A pesar de la tensión —ellos estaban al tanto de que yo venía del PNUD y supuse

que querían preguntarme sobre el tema—, nunca fui el centro de ninguna crítica o cuestionamiento.

Entre los operarios hice amistad con dos de los más viejos. Uno era alto, moreno y canoso, y su esposa se encontraba enferma por esos días. Él, veterano en la empresa, ya había pasado por retrasos en sus pagos, pero nunca durante tanto tiempo. El otro operario, que llevaba un bigote y, a pesar de su sobrepeso, montaba en bicicleta, tenía como tarea principal cortar cintas para injertar. A este último no lo afectaba tanto la falta de dinero porque su familia en Santuario lo ayudaba mientras llegaba su pago. Todos se preguntaban qué estaba haciendo yo ahí, pero no eran capaces de preguntármelo. A ellos los saludaba cada vez que nos veíamos, mientras otros solo me ignoraban cuando podían. Comprendía su estrés, ya que no podían recibir sus pagos. Aún recuerdo esa escena en que la lluvia los alcanzó y, en vez de guarecerse en la casa —me encontraba solo—, se quedaron en la antigua caballeriza.

Llegó un momento en que la ingeniera se ausentó varios días en el segundo mes. Cuando ella estaba en la casa, por las mañanas, era normal que le tuviera tinto caliente a sus operarios, que siempre llegaban a eso de las cinco de la mañana para recibir las instrucciones del día. Pero durante el tiempo en que ella no estuvo, cuando ellos llegaban y solo me encontraban a mí, sentía el peso de sus miradas. Poco a poco, ellos ya no volvieron. Literalmente, estaba solo con mi propio mercado y las instrucciones de mi mamá desde Bogotá para cocinar, con una nevera averiada y una olla exprés. A pesar de que estaba orgulloso de mí mismo por poder ser independiente, aún me faltaba mucho por aprender.

La gente de Itarca y sus problemas

Ahí estábamos La Negra, el gallo, Coco y yo. Me había acostumbrado desde que llegué a salir todos los sábados o los domingos por la mañana a la iglesia de Florencia o de La Montañita y aprovechaba para deambular por el lote de

la casa. A eso de la mitad del mes, recibí una llamada perdida de mi abuela; definitivamente era urgente, así que la llamé de vuelta y recibí la noticia de que mi papá había sido capturado en un operativo y condenado por el fallo de un juez, producto de la denuncia por alimentos de mi medio hermano mayor, y que estaba en la URI de Molinos.

Llamé a mi mamá y se me saltaron las lágrimas. Más tarde, me sentía frustrado y me puse a pensar en la última vez que lo vi, y esta vez no pude contenerme. Lloré durante un largo rato, hasta que me di cuenta de que me tenía que conectar con el trabajo más que nunca. Mi corazón ahora deseaba que terminara rápido el tiempo de la pasantía.

Desde la universidad me avisaron que un profesor iba a revisar mi trabajo o las actividades que había realizado hasta el momento y me alegró mucho la visita, no solo porque el Plan de Manejo Ambiental ya estaba terminado, sino porque iría el profesor Leonardo Serrato.

Justo antes de que comenzara el tercer mes, mi tutor del PNUD me invitó a acompañar un pequeño grupo que había sido asignado a Maguaré, en El Doncello. Era claro que las noticias de mi soledad habían llegado hasta Florencia. Esto me ilusionó, pues volvería a ver a una fracción pequeña del grupo inicial y, al mismo tiempo, podría tratar con compañeros jóvenes, con quienes podía hablar más naturalmente, algo que no hacía desde que se fue Gisella. Además, mi soledad era tanta que ya empezaba a comprender el lenguaje corporal de La Negra, al punto de predecirla. Así que finalmente decidí aceptar la invitación del tutor del PNUD. Le dije a la ingeniera que había decidido ir a Maguaré después de la visita del profesor Leonardo, durante la cual iba a aprovechar para sustentar el Plan de Manejo Ambiental para la biofábrica ante ella, Mónica —la coordinadora del área ambiental—, el profesor y mi tutor Edwin.

Alisté mis cosas con una sensación rara por tener que moverme tanto. Sentía que en poco tiempo volvería a Bogotá. Cuando llegué a la casa de Asoheca, compré una bicicleta muy barata que había estado arreglando: le compré frenos, neumáticos, la pinté y le puse una leyenda: *AXIOS*, que en latín significa

“digno de hacerse”. La tenía frente a mi cama, así todos los días podía ver la leyenda y llenarme de moral. Pero cuando me fui, le dejé la bicicleta a la ingeniera y a su sobrino, bajo el encargo de que la utilizara quien la necesitara. El resto de mis cosas quedaron recogidas y listas para el segundo viaje a Florencia, porque debía volver con el profesor para darle un recorrido por la biofábrica y la planta de procesamiento de coágulo.

La exposición fue buena. Tuve altibajos, pero a mi audiencia le gustó. Aceptaron en consenso que fue un buen trabajo y les gustaron las ideas. Solo hacía falta que realizaran las correcciones y el documento estaría dentro de la estructura de Asoheca para definir acciones.

Esa noche la pasé en Florencia, en la misma pastoral a donde llegamos. Curiosamente, allí estaba alojada Hellen, una compañera muy cercana antes de irme a Itarca. Ella me llevó a donde estaban Camilo e Iván. Ellos tres se habían hecho ya muy amigos, así como todos los compañeros de Florencia. Al parecer, yo era el alienígena en el grupo.

Al día siguiente, mi tutor nos facilitó el transporte al profesor y a mí hasta Itarca para conocer la biofábrica, ya que ellos iban rumbo a Maguaré a recoger el grupo al cual me integraría. En la biofábrica me encontré de nuevo con la ingeniera, que le dio todo el recorrido al profesor Leonardo. Al final de la visita, cuando fuimos a la casa para sacar mis cosas y esperar un taxi, me despedí de la ingeniera. Me alegraba que ahora tuviera a su sobrino como compañía, y quedamos de vernos nuevamente en Maguaré, a donde quedó de ir.

La reunión en Florencia

Una vez mi profesor volvió a Bogotá, pasé el resto del día con mis compañeros. La mitad del grupo (quienes se habían quedado en Florencia) tenía una lista interminable de inconformidades. Parecían muy indispuestos y me decían que habían pasado por muchas cosas malas. Sin embargo, los que habían salido

a las veredas tenían observaciones más positivas de la experiencia. Yo no había tenido líos con el hospedaje, pero, en cambio, era el único que se había quedado solo. En cuanto llegó la hora de la verdad, cuando cada uno daba su opinión sobre la pasantía, el grupo reaccionó como yo lo había previsto. El coordinador Iván se mostró comprensivo y rescató los esfuerzos tanto del grupo de Florencia como del de Maguaré, y entre todas las quejas que se dieron estuvo la de mi situación, porque al parecer a muy pocos les gustaría trabajar así.

Cuando acabó la reunión, mi tutor Edwin habló con Diana para que me dejara integrar con ellos en Maguaré. Muy pocos sabían que quedaba un mes contado después de eso, porque esperaban el regreso a Bogotá a mitad de julio. Por la noche, mientras todos se fueron de fiesta, yo preferí quedarme solo de nuevo. No me interesaba trasnochar. Quería que Maguaré viera mi mejor cara.

Llegada a Maguaré

La madrugada surtió un mal efecto en mis compañeros. Como siempre, me bañé de primeras, me alisté y saqué mis maletas, porque partiríamos temprano para Maguaré. Una vez llegamos, no esperaban ver una cara nueva. El trabajo de mis compañeros, en un comienzo, era ayudar al Comité de Caucheros de El Doncello con Escuelas Campesinas o ECA. Ese día llegamos a una ECA, donde nuestro tutor dio explicaciones sobre el retraso del giro de los proyectos. Ahí me di cuenta de que Asoheca no era la única afectada por los retrasos del PNUD para hacer los desembolsos.

En cuanto a las ECA, me pareció muy interesante su trabajo. Cada una hablaba respecto a su área con una propiedad impecable y un amplio conocimiento de los temas que tenían relación con la agricultura y el caucho. Después me presentaron a don Gilberto García, el secretario del comité, quien me ofreció su casa para hospedarme.

Por esos días, el grupo estaba concentrado en ayudar a organizar el bazar, así que le dije a don Gilberto que luego de que pasara el bazar aceptaría su

invitación. Mientras tanto, me dediqué a conocer Maguaré, que constaba de un par de manzanas con una iglesia, un colegio y unos billares de los que me volví asiduo cliente. Si bien su casco urbano no es muy grande, el área política es enorme. La mayoría de sus habitantes tiene una buena cantidad de hectáreas, y es tan grande la inspección que está dividida en varias veredas identificadas por letras (trocha A, trocha B, trocha C).

En el caserío principal también estaba la tienda de los caucheros, atendida por don Plinio, veterano en el caucho, y su familia. Con ellos pasé un par de días y luego me recibió en su casa doña Gladys, la presidenta del comité. Fue en esa casa donde comprendí que la confianza es la base para las relaciones sociales: el cuarto que me dejó no tenía cierre ni candado y era fácil de abrir. Esta vez, como en Itarca, recordé la paranoia de Bogotá, y me pareció un sentimiento lejano.

El bazar

El día del bazar, todos en el pueblo estaban colaborando. Yo, por mi lado, el día anterior había hecho una pancarta con la ayuda de los niños del caserío. Para mí fue algo raro porque nunca había participado en una actividad social. Ese día por la mañana ayudé a sacar las neveras del comité y a descargar las canastas de cerveza, para después llenar las neveras con ellas. Entrada la tarde llegó el sistema de audio, y mientras el dueño se encargaba de encenderlo, algunos voluntarios intentamos arreglar la carpa de la tarima principal de la reina que representaría al sector cauchero en el reinado de San Pedro la siguiente semana.

Cuando se empezó a vender la cerveza, no había nadie que se encargara de la caja de la venta de las comidas. Una de mis compañeras hizo el intento de ayudar, pero le costaba trabajo manejar el dinero y dar vueltas. Nadie quería asumir esa responsabilidad y, ante las dudas de mi compañera, yo me ofrecí,

así que estuve todo el día hasta las diez de la noche atendiendo la caja mientras me ayudaban vendiendo la comida.

Entre las señoras que atendían los puestos de comida se encontraba la ingeniera, que hacía las empanadas —lo que más se vendía— en vivo, así como doña Gladys, con los tamales que había preparado durante la mañana. Ya en la noche aparecieron mis compañeras, arregladas para la fiesta. Al parecer, sintieron algo de compasión por mí y quisieron ayudarme; sin embargo, no se quedaron mucho. Finalmente entregué el dinero a doña Gladys y unas amigas de ella me reemplazaron. Como recompensa, me regalaron una cerveza, que casi no se vendió. Aunque estaba cansado física y mentalmente, quería bailar por lo menos un poco, pero nadie aceptó mi invitación, por lo que me resigné a tomar fotos y ver cómo se disolvía la fiesta. Terminé volviendo al cuarto cansado y algo maltrecho, pero satisfecho porque había sido de utilidad.

La familia de caucheros

A la mañana siguiente llamé a don Gilberto, avergonzado por no haberme comunicado antes. Él, sin embargo, se manifestó muy comprensivo y me dijo que apenas pudiera enviaba a alguno de sus hijos por mí para ir en moto. Tenía miedo de que la casa de don Gilberto —en la trocha C— quedara muy lejos, porque a estas alturas no sabía cuantos kilómetros más era capaz de caminar.

Cuando llegó Fabián, uno de los hijos mayores de don Gilberto, intentamos subir en la moto todo el equipaje que pudimos. Dejamos nada más una maleta que enviaría por encomienda y nos fuimos para la trocha C.

Llegamos al final de la trocha, donde esta se divide en dos senderos que conducen a dos fincas diferentes. Desde ahí tuvimos que caminar. Cuando llegamos, don Gilberto me recibió con amabilidad y me mostró la cama donde dormiría. Me dijo que mi única tarea sería acompañar a su hijo Jesús; de resto no tenía por qué preocuparme, ni siquiera por la comida.

Yo sentía que otra vez me alejaba del grupo, que no me terminaban de aceptar, y de manera súbita me encontré rodeado de familiares que me acogieron y con quienes me encariñé. Nunca dejé de preguntarles por su opinión sobre la paz o sobre las necesidades de un campesino. Sentí que esa casa al final de la vereda donde fácilmente llovía de sol a sol y de luna a luna podría ser un hogar adoptivo como el que encontraron mis compañeras en Maguaré.

Acompañé a Jesús un par de veces a El Doncello y también asistí al día del San Pedro, el de la coronación de la reina. La opinión popular era que se trataba de una candidata ya preseleccionada porque había sido ganadora de concursos de sanjuanero. Era, entonces, una profesional y no tenía competencia en ese importante aspecto. Durante esa noche pude bailar con mis compañeras y hablar un poco con el antes directivo de Asoheca y ahora presidente del Comité de Caucheros de El Doncello, Pablo Pineda. Al final de la noche, todos mis compañeros emparejados se retiraron dejándome con don Pablo, su mujer y sus hijos, y él se ofreció a acercarme al hotel.

Saliendo de la trocha C, Maguaré, El Doncello, La Montañita, Florencia

Se acercaba el último día. Había ayudado a don Gilberto a elaborar unos documentos y esos últimos días me la había pasado entretenido jugando con los patos que criaban en la casa. Entonces don Gilberto me ofreció preparar un pato para despedirme. No estaba seguro de que fuera en serio hasta el penúltimo día, cuando doña María sacrificó dos patos. El acto fue rápido e insonoro; no hacían tanto ruido como las gallinas. Tanto fue el sigilo que no me di cuenta del hecho hasta que los patos colgaban de cabeza para desplumarlos.

Tenía curiosidad de cómo harían el resto. Solo se necesitaba un poco de agua con cera de vela y las plumas se desmenuzaban fácilmente; después fue el turno de Jesús de arreglar los patos —la parte más sangrienta, en mi opinión—, y

por último los cocinaron en un caldo. Al principio me impresionó la velocidad con la que un pato tierno pasa al plato, pero era mayor mi curiosidad por probarlo. Lo más importante, sin embargo, era que don Gilberto me consideraba alguien por quien debía cocinar uno de sus patos, y eso significó mucho para mí.

Al día siguiente, luego de cerrar las maletas, me despedí de cada miembro de la familia y les di las gracias. Estaba un poco nostálgico, así que me apresuré a alcanzar el carro de la lechera, del que debía bajarme en la vía principal, donde esperaría algo que me llevara a Maguaré. Una vez allá, me dirigí a los miembros del comité, a quienes felicité por trabajar en el campo y en un producto tan interesante como es el caucho. Mientras hablaba, noté cómo una pequeña lágrima se escabullía de los ojos de una de mis compañeras.

Era momento de tomar rumbo a Florencia. Me subí en un carro intermunicipal que me llevó por El Doncello, Paujil y La Montañita. Empecé a despedirme del departamento. No sabía si sentir tristeza o felicidad, pero me encontraba satisfecho con mis logros laborales porque había logrado lo que había venido a hacer: ayudar a quienes lo necesitaban.

Cuando pasamos de Santuario a Itarca, vi por última vez el caserío, el letrero de la planta de Asoheca y la casa donde viví la mayoría del tiempo. Desde el carro tenía el aspecto de estar algo vacía, pero también sentía que era acogedora; entonces supe que la experiencia del programa había sido un río que debí navegar solo, y que si bien recibí ayuda desde las orillas, la única compañía fiel que tuve fue la de Dios.

El último trayecto de La Montañita a Florencia era el más conocido para mí. Era el que más tomaba cada fin de semana, y mientras iba en este último día le daba gracias a Dios por todo, porque sabía que estaba a unas horas del abrazo de mi mamá y mi papá, de mi hermana y mi hermano menor. Sabía que las dificultades iban a mermar y que me encontraría con mis compañeros de la Universidad, y, por qué no, que me reencontraría de nuevo en el caos de Bogotá, pero que ya viviría sin afán, sin miedo, ahora que tenía confianza en mí mismo.

Última noche

Cuando llegué a Caquetá, cuatro meses atrás, todos mis compañeros habían probado una hamburguesa de patacón. Yo quise dejar ese “gustico” para el último día, así que celebré mi despedida probando este plato típico a mi regreso a Florencia.

Ese día, como hijo pródigo, volví al hotel donde nos hospedaron al comienzo. Me reconocieron rápidamente y les pedí un cuarto para la noche. Las ansias del segundo vuelo son parecidas a las del primero, pero no le presté atención a eso. Me dediqué, en cambio, a preparar las cosas pendientes para el último día.

En la mañana comenzó la contrarreloj. Tenía que devolver el computador portátil a la ingeniera, que se encontraba en Asoheca; debía dejar una copia en CD del Plan de Manejo Ambiental para el presidente de Asoheca y otra en la oficina del PNUD, y tenía también que despedirme de toda la oficina y de la ingeniera. Después fui a comprar los recuerdos, y qué mejor que los dulces de arazá. Compré doce cajas, no me importó el precio porque quería llevar algo especial para mi familia. Ese pensamiento hizo que empezara a crecer dentro de mí la felicidad. Recogí mis cosas del hotel y fui, como siempre, el primero en llegar al aeropuerto. Contuve mi felicidad por volver a Bogotá al ver cómo habían llorado mis compañeras de Maguaré al tener que despedirse.

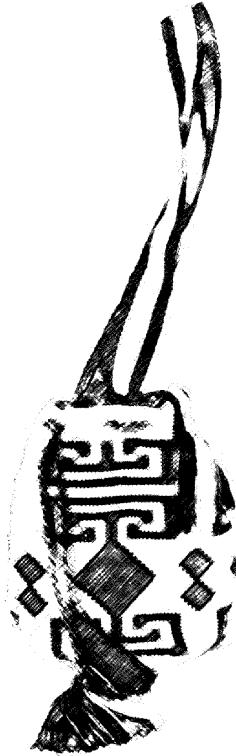
El frío y pesado aire de Bogotá

Finalmente abordamos el avión y, como la vez pasada, no compartí el puesto con nadie conocido; entonces pude perderme de nuevo en la ventana, a costa de un dolor de cuello. Esta vez el vuelo demoró menos de lo que pensé. Recordé la última fiesta de reintegración con los pasantes, en la que me divertí al máximo,

y concluí que con mis compañeros no tuve grandes momentos, pero tampoco los peores.

El taxi que tomé de vuelta a casa me recordó cómo es el sistema en Bogotá. No podía andar tranquilamente como si estuviera en la vereda y al mismo tiempo podía estar tan solo en una calle llena de gente como si estuviera en una casa en un apagón en medio de la carretera.

Cuando llegué a la puerta de mi apartamento, me di cuenta de que había alistado todo menos las llaves, así que tuve que abrir maleta por maleta, y mientras lo hacía, mi hermana, que llegaba del colegio, me abrazó por la espalda y me aplastó con su peso. Eso, definitivamente, me hacía falta. Sabía que iban a estar esperándome.



La espera valió la pena

Laura Martínez
Estudiante de Publicidad

Toda esta aventura comenzó con un clic. Una tarde del mes de febrero estaba revisando por enésima vez mi correo electrónico en busca de algún *feedback* de todas las solicitudes de prácticas que había enviado, y entonces un encabezado llamó mi atención: “Participe en el programa Manos a la Paz - Convocatoria para pasantías”. Mientras lo leía, escuchaba de fondo un coro celestial; en mi corazón sentía que esa era la razón por la que no había salido nada más. Así que ingresé y me enteré de qué se trataba la convocatoria: era la oportunidad de hacer algo diferente, no solo entrar a una agencia por seis meses y salir otra vez al mercado laboral sin haber aportado gran cosa al mundo. Era la oportunidad de probarme como publicista, de aportarle desde mi campo al país. Llené el formulario y me dije: “que sea lo que Dios quiera”. Pero pasaron los días y me olvidé de esos papeles que había llenado con todas las esperanzas del mundo.

Mi día a día consistía en hacer entrevistas, presentar pruebas y asistir a la universidad, a donde iba con la moral en el piso por no haber conseguido nada. Un día me senté en mi escritorio a revisar el correo —como era ya costumbre— y encontré un mensaje del programa Manos a la Paz. Lo abrí con un poco de incredulidad y leí que había sido preseleccionada. Una voz en mi interior estaba feliz, pero otra me decía que no me ilusionara de nuevo, así que leí detenidamente el correo y empecé a alistar los documentos que me solicitaban. Debía realizar un curso de seguridad, así que ingrese al enlace e inicié el curso. Mientras pasaba cada módulo comencé a imaginarme diferentes destinos de Colombia; me imaginaba en el Amazonas o quizás en el Chocó, y descubrí que cualquier lugar me emocionaba.

Fue entonces cuando me acordé que tenía papás. No sabía cómo les iba a decir, así que opté por el camino directo. Me levanté y les conté que había sido preseleccionada para realizar las prácticas en Manos a la Paz, que era algo serio, respaldado por las Naciones Unidas y el Gobierno nacional, y que lo más probable era que me tocara irme lejos... Traté de no sonar muy emocionada y les dije que iba a ir a las capacitaciones para ver qué pasaba.

Con muchos nervios, me dirigí al Teatro Faenza, donde iban a realizarse las capacitaciones de Manos a la Paz. Una vez dentro, se sentía el frío de la mañana y había un silencio sepulcral, casi nadie hablaba, lo que me generaba ansiedad y emoción al mismo tiempo. Me senté y presté toda la atención para enterarme más a fondo de qué se trataba la iniciativa; toda la jornada fue un preámbulo de lo que sería la experiencia de aportar con nuestros conocimientos a la construcción del país, y cómo esta experiencia, de algún modo, nos cambiaría la vida a más de uno. Hablaron representantes de proyectos como el de Desarrollo Económico Incluyente, la Plataforma de Jóvenes y el de Cambio Climático, entre otros. Cada proyecto del PNUD era fascinante, y en mi interior trataba de encajar mi profesión en cada uno de ellos.

A medida que avanzaba el día, me sentía más decidida a tomar la opción de irme, dejar todo lo que estaba haciendo y hacer algo diferente sin importar las consecuencias. Entonces llegó el momento más esperado del día: con lista en mano, comenzaron a nombrar los destinos de cada uno de los que estábamos presentes. Entre nombres de municipios que nunca había escuchado, aplausos y caras sonrientes, nunca oí que dijeran “Laura Martínez”, así que la ansiedad volvió a apoderarse de mí.

Todos los rechazos por los que había pasado me hicieron pensar que este sería uno más; me llené de un enorme escepticismo hasta que nos pidieron levantar la mano a los que no habían nombrado. Para mi sorpresa, éramos muchos. Este hecho me calmó un poco, pero pasaron las horas y no fue sino hasta las siete de la noche que nos citaron a los que faltábamos por destino y proyecto. Con cosquillas en la barriga esperé atenta hasta que por fin escuché el tan esperado anuncio: “Laura Paola Martínez. Proyecto: Desarrollo Económico Incluyente. Pasto, Nariño”. Sentí alivio, ya que, al ser un lugar conocido por mi familia, sería más fácil persuadirlos de dejarme ir.

Era el momento de contarles la decisión que estaba por tomar y saber si contaba con su apoyo. Era hija, nieta y sobrina única, y me angustiaba mucho

la idea de tener una negativa por parte de ellos, pues como era la consentida y sobreprotegida de la casa, nunca me había apartado por tanto tiempo. Traté de sonar racional y tranquila, pero a medida que hablaba los notaba pensativos, veía venir un “no” en sus caras, y en especial en la de mi mamá, pero, para mi sorpresa, recibí emoción y todo el ánimo que me hacía falta para despejar mis dudas de tomar en serio la decisión.

El siguiente día de capacitación fue para entregar papeles, firmar el contrato y recibir recomendaciones de seguridad, además de protocolos para el futuro viaje; ya después de esa firma no había marcha atrás ni pero que valiera. Ese día estábamos los que éramos, los valientes que le querían apostar a la construcción de su país como práctica laboral en su pregrado.

¿Y la universidad qué? Me encontraba realizando mi énfasis en “Estrategia comercial y medios”, ya tenía plan y un equipo de trabajo, así que fue algo duro contarles mi decisión; pero, al igual que mis padres, recibí apoyo y ánimo para el viaje de su parte. Como mis compañeros, la Universidad Central también me apoyó desde el momento de las capacitaciones hasta el final de mi viaje.

Llegaron las despedidas de mi familia con almuerzos y mimos. Cumpleaños adelantados, sorpresas y regalos de viaje por parte de mis amigos. Fue muy emotivo sentir que tantas personas te aprecian y se preocupan por ti. El día esperado llegó. El 14 de marzo, con una maletota y mis audífonos a todo volumen, estaba lista para comenzar la aventura de mi vida en Pasto. Desde la llegada a la ciudad fue inevitable enamorarse del paisaje montañoso que rodea a este hermoso departamento y que esconde “la ciudad sorpresa de Colombia”.

La bienvenida de todos en la oficina territorial fue amable y servicial. En esa primera reunión estaba presente un sentimiento patriótico, ya que el ver a cada chico y chica de diferentes lugares del país reunidos en una sola oficina, unidos por una misma causa, era muy emotivo, te llenaba de ganas y energía para trabajar en lo que viniera.

Esos primeros días, valga la redundancia, fueron de primeras veces. Pensar: ¿dónde voy a vivir? ¿Qué voy a comer? ¿Será que sí me alcanza? Eran cosas que nunca había hecho, y creo que, a pesar de todo, lo hice bien. Esta experiencia te reta más allá de cumplir con funciones laborales; es un simulacro de ser independiente, de conocer y convivir con personas de diferentes culturas, costumbres y personalidades.

Sin quererlo, me convertí en la mamá de la casa, preocupándome por el bienestar de las personas con las que vivía, con un “buenos días”, un café o lo que tuviéramos para comer —por lo general, aguadepanela y pan, o pan y aguadepanela—. Hasta presté dinero que nunca pedí de vuelta para poder comer al final del mes. Me encargué de que todos los que estaban a mi alrededor estuvieran bien, porque, más que compañeros de casa, traté de que fuéramos una “minifamilia”.

Siempre pensé que iba a estar sola; de hecho, había empacado varios libros para leer “cuando estuviera desocupada”, cosa que nunca ocurrió. En mis cuatro meses estuve rodeada de la alegría de Barranquilla con Angie Cardona, el sabor de Villavicencio con Kelly Herrera y la familiaridad de Bogotá con Luis Cadena. Ellos fueron las personas con las que más compartí mi diario vivir: ir a mercar, cocinar, lavar ropa, buscar casa... Todas las tareas y odiseas domésticas las viví con ellos. Casi todos los fines de semana, sin embargo, la casa se llenaba aún más. Vinieron Marcos Sánchez y David Zaya, oriundos del Chocó, y Nany Pareja, de La Guajira. Su llegada significaba fiesta y alboroto —creo que los vecinos odiaban los fines de semana—. También estaba David Acosta, el amigo de “la familia”, un pastuso que vivía en Medellín, pero que, por cosas de la vida, volvió a su ciudad natal. Esto resultó ser una bendición, ya que él fue nuestro GPS —así solía llamarlo—, además de guía turístico, porque siempre sabía qué hacer, dónde comprar, qué probar. Estas personas y algunas otras fueron mis compañeros de aventuras y fuente de cariño. Cuando amanecía con ganas de ser mimada, siempre había un abrazo o una broma para mí.

Parecía que mi cumpleaños lejos de casa sería triste, pero ocurrió justo lo contrario. No soy una persona que celebre mucho, y menos mi cumpleaños. Por lo general, mis padres me llevan a mi restaurante favorito o nos vamos de viaje, y recibo uno que otro regalo de mis familiares y amigos; nada de tortas ni velas, nunca me ha gustado eso, pero —oh, sorpresa— mi nueva minifamilia no sabía eso, y nunca lo sabrá. Ese día desperté a las seis y me bañé de primeras para hacer el desayuno, como era ya costumbre; bajé apenas terminé de alistarme y, para mi sorpresa, ya tenía mi desayuno favorito listo para comer: mi compañero de casa, Luis, se había levantado temprano por primera vez desde que vivíamos juntos solo para cocinarme —ese detalle me mató—. Y no solo eso, sino la dedicación con la que cortó y trató de decorar una montaña de frutas (papaya, melón, fresas y muchas uvas), jugo de naranja, café y pan. Simplemente me dejó sin palabras y con los ojos encharcados, que no aguantaron mucho y explotaron en un mar de lágrimas apenas me abrazó y me dio mi feliz cumpleaños.

El día siguió muy tranquilo, entre felicitaciones y chocolates; pero lo que nunca esperé fue que, al final de la jornada laboral, todos mis compañeros de Manos a la Paz y del PNUD me esperaban escondidos en mi nueva casa con una torta para cantarme el feliz cumpleaños al son de vallenato. Realmente me conmovió mucho ese gesto, y más sabiendo que casi todos tuvieron que sacar dinero de donde no había para tener un detalle conmigo. Al día siguiente viajé al volcán del Azufra en Túquerres, Nariño, gracias a que mis padres me dieron dinero para que celebrara mi cumpleaños como me gusta, viajando.

Pasto fue una aventura de varias primeras veces. Nunca en mi vida había salido de fiesta con amigos hasta el amanecer; nunca había mercado con límite de presupuesto; nunca había dormido en un sofá cama en una sala; nunca había tolerado el reguetón, la música popular o el vallenato, pero me volví muy tolerante con ese tema; nunca había estado tan lejos de mis padres; nunca había visto los procesos logísticos que conllevan las ayudas financieras y educativas de grandes organizaciones; nunca me había imaginado el montón de personas

y programas que están en la búsqueda de mejorar la calidad de vida de las personas. Y lo que menos había llegado a visualizar era la falta tan enorme que hacen los publicistas en iniciativas del Estado.

Iba con muchas expectativas frente al proyecto en el que participaría. Tenía idea de qué se trataba, ya que me había informado en casa de cuáles eran las finalidades del proyecto de Desarrollo Económico Incluyente (minimizar la pobreza y abrir nuevas oportunidades de ingreso y laborales para las personas en situaciones de vulnerabilidad o desplazamiento); lo que no sabía era cómo funcionaba en Pasto o qué estaban haciendo allí, pero en cuestión de días me enteré de todo eso y hasta más.

Al comienzo, mis otros tres compañeros y yo no entendíamos por qué los demás funcionarios nos deseaban suerte cuando en las presentaciones mencionábamos nuestro proyecto, hasta que nos pusimos manos a la obra. El proyecto DEI (Desarrollo Económico Incluyente) era un caos, miles de papeles por todas partes, bases de datos infinitas en Excel, llamadas y correos pidiendo resultados o reportes de cosas que eran para ayer. Era como para volverse loco, pero sobrevivimos y logramos todas las metas.

Creo que sin la coordinación de nuestras tutoras no se hubieran podido llevar a cabo los procesos con éxito. En Pasto, el proyecto DEI manejaba dos frentes principales: por un lado, la apertura y la estructuración del centro de emprendimiento Se-Emprende, y por el otro, el cierre de procesos y la gestión documental con los usuarios del Departamento Administrativo para la Prosperidad Social. De esta última se desprendieron otros proyectos y colaboraciones, como La Tienda Social del PNUD, o trabajos con la Promotora de Comercio Social con la Fundación Bancolombia. Como trabajo extra, apoyé a doce microempresas del Programa de Desarrollo de Proveedores en el diseño de identidad corporativa, el manejo de redes sociales, la fotografía, la planeación y la gestión de marca. De esta colaboración me queda una desazón por no haber podido dar mi 110 %, ya que no tenía el tiempo suficiente para

hacer las cosas como me gustan, debido a que estaba involucrada en tantos asuntos; sin embargo, pienso que logré buenos productos que aportaron a los emprendimientos.

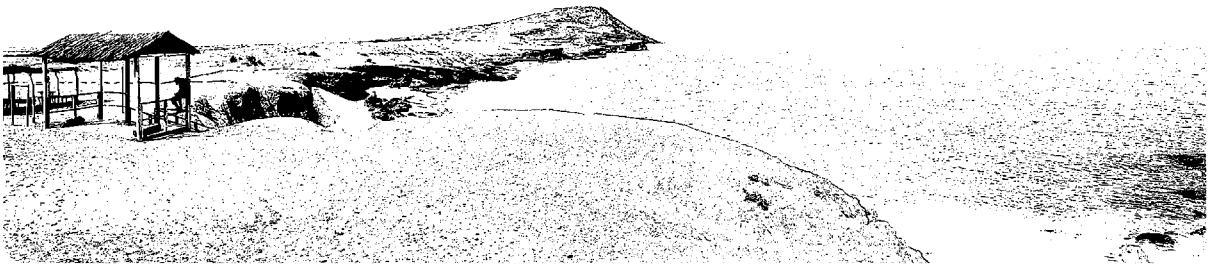
Adicionalmente, apoyé a la oficina territorial del PNUD Pasto con la realización de un video para el evento de reconocimiento del Premio Ecuatorial al Pueblo de Inga de Aponte; aporté en la construcción de la estrategia de comunicación del manejo corporativo de los aliados estratégicos del programa Creciendo Juntos, y diagramé los informes semestrales de la oficina territorial Cauca-Putumayo-Nariño.

Pero no todo era trabajo. Bueno, en un 95 % lo fue para mí; pero gracias a eso formé otra minifamilia en mi lugar de trabajo. Mis heroínas del DEI, Yhancy y Liliana, fueron y continúan siendo un maravilloso ejemplo a seguir. Estas mujeres me mostraron lo que es el verdadero trabajo en equipo, y que el trabajo va más allá de simplemente cumplir unos objetivos: está el componente humano, el sentir satisfacción por una cara sonriente, generando trabajo en los negocios y estabilidad en las familias.

El programa Manos a la Paz ha sido una experiencia muy enriquecedora, ya que en mi carrera es poco común tener contacto con personas en situación de vulnerabilidad y pobreza, o ayudar a pequeños empresarios a estructurar sus unidades de negocio desde el área de identidad corporativa, planeación y gestión de marca. Ha sido un reto y un constante desafío tratar de explicar, de manera sencilla, conceptos que para mí son el pan de cada día, a personas que no tienen ni idea de lo que les hablo: esto puso a prueba mi paciencia y mi don de pedagogía.

Esta ha sido una experiencia que nunca voy a olvidar. Fue un respiro de libertad, un reto personal, el mejor comienzo para mi vida laboral; la oportunidad perfecta de interactuar con profesionales de diferentes campos y zonas del país, personas maravillosas que me hicieron ver el mundo de una forma diferente, un abanico de nuevos conocimientos. Estos aprendizajes y vivencias

no son posibles si no aceptas la invitación de salir de la zona de confort que representa tu casa. Este hecho propicia aventurarse a lugares que no conoces, hacer cosas que nunca imaginaste hacer o vivir, de modo que se convierte en la oportunidad perfecta de fortalecer tu carácter y conocer realmente quién eres.



Dos caminos y una fecha

Marcela Briceño

Estudiante de Publicidad

El 15 de marzo siempre ha sido un día importante. En esta fecha, mi camino cambió de rumbo dos veces, lo cual lo ha hecho memorable, pero sobre todo una fuente inmensa de aprendizajes. La primera vez fue hace trece años, cuando me enfrenté a un completo rompimiento de mi cotidianidad. No solo me iba de mi ciudad, de mis amigos, de mi colegio y del resto de mi familia, sino también de mis costumbres, de mi clima y hasta de mi abrigada ropa. Me fui con muchas lágrimas, pues para entonces era una pequeña de diez años que no contemplaba marcharse del lugar en el que “siempre había pensado vivir”, pero que pudo comprender las razones para emprender tal viaje.

El motivo de vivir en Dosquebradas fue netamente laboral: luego de veinticinco años de trabajo, mi papá fue despedido de la misma empresa en la que trabajaba con mi mamá, y donde se conocieron. A mi mamá, por ser de otra área, le mantuvieron el contrato con la condición de trasladarse de Bogotá a Pereira, y no habiendo más opciones, mis padres tomaron la decisión de mudarnos allá.

Adaptarnos y tratar de vivir en ese municipio se hizo muy difícil; primero porque tenían otras costumbres, pero también por el clima (calor, agotamiento, insectos, muchos insectos y más insectos), y además porque nos hizo cambiar el ritmo y el estilo de vida que llevábamos. Es decir, el hecho de que mi mamá fuera el soporte económico hacía que mi papá fuera el soporte en el hogar; pero esto no encajaba muy bien para él, pues siempre decía que la mujer era la que tenía que ocuparse de los quehaceres domésticos, sin derecho a diversión con amigas o amigos. Según él, para ella todo se debía reducir a casa-trabajo, trabajo-casa.

Menos mal esto no fue siempre así y, para beneficio de mi familia, no se cumplió. Mi mamá comprendió, gracias al cambio de contexto y al conocimiento de otras realidades, que necesitaban compartir cargas, que todo era responsabilidad en pareja y que, para estar tranquila, debía romper el miedo a esa manera de vivir. Así que empezó a trasladar la responsabilidad a mi papá,

lo que trajo conflictos —y muchos—; pero fue un comportamiento que se fue afianzando cada vez más con los años. Esto generó espacio para el diálogo, discusiones sanas, pero sobre todo para comprender que, como familia, todos tenemos la misma importancia y merecemos el mismo respeto.

Desde mi perspectiva, lo que vivía con mis amigos hizo que poco a poco fuera dejando de lado los sentimientos de tristeza por otros llenos de felicidad, sorpresas, alegrías y descubrimientos. Gocé mi adolescencia a más no poder, pues me raspé, me caí, lloré, canté, grité, bailé, aprendí a bailar bachata, reguetón, salsa en pareja. Aprendí a montar bici, a perderle el miedo a nadar en una piscina honda. Perdí el miedo a tocar la naturaleza, olerla, sentirla más arriba de mi cadera atravesando matorrales y quebradas. Aprendí a saltar, a jugar hasta el cansancio y también aprendí a besar y a decir no. En definitiva, fue un despertar y hasta un renacer. A pesar de ser una adolescente, pude entender que, más allá de pensarnos como mujeres u hombres, debemos pensarnos como personas *sentipensantes*. No sé si lo dijo Orlando Fals Borda o Eduardo Galeano, pero cae como anillo al dedo para describirlo, pues no tengo cómo agradecerlo ni manera de olvidarlo. Muchas de las cosas que hoy me hacen la mujer que soy se las debo a Dosquebradas. Ocho años después de llegar a Dosquebradas volvimos a la capital con mi familia, con mucho llanto también, pues allí viví cosas que en Bogotá no habría podido vivir.

Ya en noveno semestre de Publicidad, el 15 de marzo —pero esta vez de 2016— volvió a ser importante: apareció Manos a la Paz en mi vida. Fui seleccionada para hacer las prácticas en Riohacha, La Guajira, pero sin tener claridad alguna de lo que iba a suceder. Ignoraba lo que debía enfrentar, pero el hecho de saber que había sido aceptada en el programa y cuál sería mi destino durante cuatro meses hacía de mis días y mis noches unos de los más felices que he tenido en veintitrés años.

Fue una decisión fácil; estaba pasando por un momento de mi vida en el que quería cambios radicales y este viaje llegó con toda esa dosis. Era el

momento de abrir mis brazos, recibir todo lo que la vida da cuando se deja de lado lo que hace daño, lo que no aporta y, sobre todo, lo que no avanza. En otras palabras, fue como una gran recompensa. Sin embargo, debo aceptar que me dio tristeza dejar a mi mamá, pues somos muy apegadas. Fue lo único difícil, pero sabía que iba a estar bien y que estas cosas eran necesarias e importantes.

Llegué a Riohacha a las 5:15 de la tarde del 15 de marzo, acompañada por cinco compañeros, de los cuales a duras penas sabía el nombre. Sin embargo, nos unía una permanente sonrisa en el rostro y mil dudas sin resolver —aunque no teníamos afán de hacerlo—. A la salida del aeropuerto nos esperaba todo el equipo del PNUD Guajira. Saludarnos con estas personas con fuertes abrazos y gestos de alegría hacía parecer que nos conociéramos de toda la vida y que tuviéramos innumerables razones para querernos. El recibimiento fue memorable: un deslumbrante atardecer que moría en el gigante azul del mar. Luego un plato típico: el chivo frito, conocido como *friche*, y un montón de historias por contar.

Riohacha nos recibió el primer fin de semana con el Festival Vallenato “Francisco el Hombre”, un evento que hace homenaje al primer cantautor de este género musical, que, según aprendí, no surgió en Valledupar, sino en La Guajira, donde el ingreso de mercancía provocó la aparición de los acordeones. Así, entonces, descalza en la playa, mientras las olas venían con la misma fuerza con que se alejaban, al son del acordeón y con cervezas frías venezolanas, estaba viviendo mi primer festival vallenato y gozándomelo hasta más no poder.

Ya entre semana, asistía a capacitaciones para saber y aprender de la gestión que hacía el PNUD en La Guajira por medio del equipo de profesionales, quienes fueron nuestros tutores. Sin embargo, aún no comenzaba mi trabajo, que estaba planeado para iniciar después de Semana Santa.

Con el fin de ahorrar costos de vivienda, comida y transporte, decidimos vivir en las instalaciones que estaban adecuando como oficina regional de las

Naciones Unidas. Ahí, donde también estaría la Organización de la Naciones Unidas para la Alimentación y la Agricultura (FAO) y el Programa Mundial de Alimentos (PMA), había una sala de juntas muy grande que, gracias a los tutores, pudimos adecuar como una inmensa habitación. Así fue que terminamos los ocho practicantes viviendo juntos en un recinto que llamábamos “Casa Estudio”, porque nos recordaba un *reality* de televisión. Había gente proveniente de Chocó, Bolívar, Sucre, Meta y Cundinamarca, y aunque había cosas que nos sorprendían o nos molestaban, comprendimos desde el comienzo que la tolerancia debía ser una constante para trabajar en paz.

Para Semana Santa escogimos como rumbo Palomino, un lugar que, como tenía un gran número de extranjeros y turistas, tenía un ánimo vacacional, lleno de música y entretenimiento. Fue la primera vez que dormí en hamaca y que vi la unión del río con el mar, y la segunda vez que asistí a un festival de música electrónica en la playa y que pude tomar tantas cervezas Corona como quería.

Al terminar esas dos semanas de descanso y aprendizajes, empecé mi trabajo de apoyo a microempresarios en Riohacha, que se dividían entre víctimas del conflicto y víctimas de la pobreza. Mi primera visita fue al señor Tomás, un productor de lácteos típicos de la región, entre los cuales no podría faltar el suero costeño —que probé entonces por primera vez—. La visita consistía en conocer la publicidad que tenía para asesorarlo, con el fin de mejorarla y ayudarle en su negocio.

Luego, con la ayuda de Alexander Castro, el profesor que guiaba mi proceso, di mi primera capacitación sobre la importancia de la publicidad como herramienta para potenciar negocios y aumentar ventas. Era la primera vez que exponía frente a personas que no eran de la Universidad y estaba muy nerviosa; pero, gracias al profesor y a lo aprendido en la academia, la charla salió bien. Ya con este primer paso, lo que seguía era conocer la actividad económica a la que se dedicaba cada microempresario de los quince que habían empezado el proceso.

Conocí artesanas wayuu y su magnífico tejido, y aprendí lo que había detrás de eso: un conocimiento ancestral que va de generación en generación y por el que obtienen muy poca ganancia, en comparación con la inversión de tiempo que hay en cada tejido. Así, comencé a crear identidad corporativa para varias actividades, al tiempo que apoyaba a la oficina territorial con las tareas que se necesitara. Paralelamente a esto, el vivir se iba haciendo diferente y mucho. Pasé de lavarme el cabello todos los días en Bogotá a lavármelo cada tercer día, puesto que en el lugar de Riohacha en el que nos encontrábamos no llegaba el agua todos los días y, por ende, tocaba reducir su uso al mínimo necesario. También debíamos usar varias veces la misma ropa y lavarla solo cuando estuviera realmente sucia. Por si fuera poco, el agua de la llave no era potable, así que solo podíamos tomar la que estaba embotellada y adquirirla por galones para el consumo diario.

El resto de los servicios públicos eran costosos e ineficientes: varias veces al día podía irse la luz, lo que me dejaba ver mi dependencia del aire acondicionado o de un abanico. Para nuestra fortuna —la de mis compañeras de vivienda y la mía—, el apartaestudio al que nos habíamos mudado después de la Casa Estudio contaba con cama doble, un colchón, un mueble para la sala, dos sillas para el minicomedor, aire acondicionado, nevera en perfecto estado y televisor, lo que, en comparación con mis compañeros de municipios como Manaure y Uribia, nos hacía parecer llenas de lujos.

Era la primera vez que vivía sola o sin mi familia, la primera vez que hacía mercado con mi plata, la primera vez que pagaba arriendo de mi sueldo y la primera vez que me enfermaba lejos de ellos. Recuerdo que la noche anterior a la de mi malestar, tuve un momento de mucho estrés y llanto, no sabía por qué tenía tantas ganas de llorar y tantas ganas de pelear contra el mundo. Lo vine a comprender en la madrugada: fui al baño un montón de veces, tenía un dolor insoportable en el estómago y, en esta ocasión, no contaba con mi mamá para que me preparara algo que me sanara... Fue una noche horrible, no pude

dormir bien y el agotamiento, el desaliento y el malestar se apoderaron de mí. Menos mal que una compañera me preparó una aromática que me ayudó bastante; sin embargo, no cesaba el malestar. No sabía si decirle a mi mamá porque no la quería preocupar, y menos estando tan lejos, pero ignoraba qué hacer y, para mi desdicha, no había hecho el traslado del servicio de salud, así que tampoco podía ir a un médico. Al ver que mi tutora había sido notificada de mi estado y no había hecho nada, decidí llamar a mi mamá. Al poco tiempo, mi tutora y otra acompañante (la tutora de Dibulla) me recogieron para llevarme al doctor. En el consultorio, el médico rompió el hielo diciéndome que lo que yo tenía era que estaba “preñá” (!).

El diagnóstico era sencillo y nada nuevo para mí: colon irritable y gastritis, pero nada que unos buenos medicamentos —eso sí, caros— no pudieran arreglar en unas semanas.

No me asustaba tanto saber que estaba enferma o que tenía restricciones de comida. Lo que sí me asustó, y mucho, fue conocer la decisión que estaba por tomar el Departamento de Proyectos Estratégicos de la Universidad: me querían devolver a Bogotá para que no corriera riesgo en Riohacha... “¡No, no y no!” eran las palabras que pasaban por mi mente. Estaba en medio de las prácticas y no quería dejar todo inconcluso. Además, no era algo que no tuviera arreglo o solución, y pensaba que el retorno de esa manera no arreglaría nada, sino que habría sido la peor salida. Así que no hacía más que suplicar que lo dejaran de pensar y asegurarles a mis papás que estaba perfectamente.

En ese momento, mi profesor Alexander, el Departamento de Proyectos Estratégicos y mis papás se reunieron para discutir mi situación. Mis papás —algo que les agradezco— me apoyaron con todo: “Si yo supiera que mi hija está enferma, por mínimo que sea, y que está padeciendo un diagnóstico grave, sería la primera en suplicarles y hacer todo lo que está y no está a mi alcance para regresarla; pero no es así —dijo mi mamá—. De hecho, no es la primera vez que sufre del estómago y ya sabemos cuál es el tratamiento correspondiente”.

Finalmente, comprobé por medio de la Cruz Roja que estaba muy bien, por lo que se descartó esta opción y todos seguimos felizmente, o yo por lo menos, con la decisión de continuar con mis prácticas.

Mensualmente debíamos entregar un informe detallado de todas las actividades que realizábamos para el PNUD; otro para la dirección de prácticas de mi carrera, en el que debía llenar un formulario que expresara semanalmente mis labores, las fortalezas y debilidades de cada una; y, adicionalmente, para el Departamento de Proyectos Estratégicos debíamos enviar fotos, videos y todo el material que contara nuestra vivencia. Puedo decir que contaba con un apoyo del cien por ciento por parte de la Universidad, pues estaban muy pendientes de mí, de mis actividades y de mi vida allí. Todo eso me hizo sentir una gran tranquilidad y satisfacción, pues hacía que el proceso, por lejano que fuera, estuviera acompañado muy de cerca.

Ya con el pasar de los días, todo iba cogiendo mucha más forma. Mi próxima tarea fue hacer un video y fotografías con los campesinos y sus familias en Mingueo, un corregimiento del municipio de Dibulla, quienes resultaron afectados por el conflicto armado y las fumigaciones a cultivos ilícitos —que nunca tuvieron—. Esta labor se hizo con el fin de hacer visible una nueva manera responsable de aprovechar los suelos y todo el alimento que este les proveía. El nombre del proyecto era Bosques Secos del PNUD, liderado por Yinetsky Pérez, una ingeniera ambiental guajira, a quien tengo mucho que agradecerle. Este proyecto consistía en replantar las formas de cultivo y siembra para que la tierra no se afectara negativamente, ni la salud de los campesinos, ya que quemaban la tierra para hacer más fértil el suelo, y esto generaba problemas naturales a corto plazo. El terreno que recibía este trato no duraría mucho siendo fértil, lo que implicaría buscar otras tierras y hacer lo mismo. Así se generaría un círculo vicioso que perpetuaría este hábito negativo.

Hasta el momento había hecho dos o tres visitas a este territorio, para las que Yinetsky me recogía en una camioneta a la salida de mi casa, en Riohacha,

y me dejaba en la entrada de la finca en la que se reunían todos los campesinos integrantes del proyecto. Las reuniones siempre llevaban tiempo —y su duración era proporcional al montón de mosquitos que hacían de mi cuerpo una mazorca—, pues intervenían representantes de otras instituciones como Parques Naturales o el Instituto Humboldt, y las discusiones entre los campesinos se extendían bastante, aunque siempre aprendí mucho de ellos.

Uno de los líderes campesinos era Vladimir Blanco Moreno, un hombre negro que no hacía más que molestar con sus apellidos y el color de su piel. Además de ser sumamente noble, inteligente, paciente y gracioso, fue quien nos dio el placer de llevarnos al río ancho durante el penúltimo fin de semana de las prácticas. Era una deliciosa y refrescante agua cristalina que caía muy bien con tremendo calor. La corriente era tan suave que podía quedarme suspendida con los brazos abiertos en el agua, pues su caudal me mantenía a flote, pero me dejaba disfrutarla sin que me arrastrara.

Fue muy graciosa la forma en la que llegamos al río. Íbamos tres personas en una moto por la carretera. Pasé de decirles “¡qué brutos!” a quienes hacían eso a ser una de las personas que lo hacía. Iba con Vladimir y Angie, una pasante de la Universidad Santo Tomás y futura ingeniera ambiental, quien se había convertido en una hermanita menor para mí y una gran amiga, de la que aprendí a cocinar y con quien visitamos Palomino en mi último sábado en el programa, para despedirnos juntas del gigante azul, al que prometimos volver.

Para mi fortuna, las dos últimas visitas no fueron tan cómodas, pero creo que fueron lo mejor de esos viajes. Desde el momento en que salí del apartamento en Riohacha hasta que llegamos a Mingueo, todo transcurrió con normalidad, pero cuando tuvimos que subir a las fincas más lejanas debimos hacerlo en moto, y el camino no fue por una vía pavimentada —ini cerca!—, sino por una trocha que se había marcado por el paso de motos, burros, caballos y algún tipo de ganado.

Subirme en esta moto, irnos en caravana, acompañada de dos amigas pasantes y la tutora, me hacía sonreír tanto como sentirme nerviosa. Lo primero que le dije al motociclista fue: “¿Puedo agarrarme de usted?”. A lo que él respondió: “¡Claro, mi amor, ni que estuviéramos bravos!”. Le pedí el favor de que no fuera tan rápido, primero, porque era la segunda vez en mi vida que montaba en una moto y, segundo, porque el tipo de camino que nos esperaba me producía pavor. Fue el único momento en que agradecí que la lluvia no hubiera vuelto a caer, porque cuando lo hizo (después de una sequía de tres años o más) convirtió todo en lodo, del que en ocasiones se hacía difícil salir. Finalmente llegamos a la finca. Debo decir que, aunque eran terrenos muy fértiles y llenos de deliciosos frutos, las condiciones de vida de la mayoría de los campesinos no eran muy favorables. Los niños no tenían casi ropa y la que tenían estaba muy desgastada. Algunos ni asistían a la escuela porque estaba muy lejos de su casa. Por otro lado, los perritos o gaticos que tenían estaban muy mal; se podía ver perfectamente la forma de su columna y la forma de sus costillas. Por si fuera poco, el trato que tenían con ellos era desgarrador. A veces les pegaban patadas (no muy fuertes, pero el solo hecho de que fueran patadas me mortificaba). Sin embargo, no era fácil hacerles comprender que ellos merecían respeto; simplemente, ni siquiera consideraban que fuera maltrato.

En esos días entendí por qué los mosquitos hacían de mis brazos, mis piernas, mis mejillas, mis dedos y hasta mi cola un manjar. En mi ignorancia, estaba segura de que llevar ropa poco colorida no los atraería, por lo que usaba *leggings* negros, medias negras y tenis negros. Una vez que estaba rascándome, una mujer que me vio me dijo: “¡Ajá, niña! ¡No vuelvas a ponerte ropa tan oscura que nos vas a dejar sin plaga!”.

En otra ocasión, cuando fui de finca en finca para tomar fotos de los campesinos en compañía de sus familias y sus cultivos, conocí personalmente y por primera vez una garrapata. Resulta que estas se encuentran entre cultivos de cacao o libremente por el suelo. La mujer campesina, anfitriona del

almuerzo de ese día, se sentó a mi lado y me dijo en voz alta: “¿Cómo le ha ido con las garrapatas?” A lo que respondí: “No he visto la primera”. En ese momento, todos soltaron una fuerte carcajada, incluyendo la señora, que concluyó: “¡Ay, mi amor! Espere que llegue a la casa y ahí me cuenta”. Efectivamente, a pesar de que al llegar al apartaestudio me sacudí y me quité toda la ropa antes de entrar, cuando me acosté en la cama a ver *Betty la Fea*, sentí que algo caminaba por mi rodilla. Mi reacción fue preguntarle a Mary, una chica de Sucre con la que vivía, que si eso era una garrapata, a lo que respondió con mucho asco: “¡iSí!! ¡Marce, anda y te bañas muy bien, que a esas bichas hay que tenerles respeto!”.

Pero hubo otros episodios mucho más agradables que este, como cuando en Minguo probé —por primera vez en mi vida— caña de azúcar. No entendía cómo no lo había hecho antes, pero me fascinó masticar esa textura y sentir esa agua azucarada llenar mi boca. Otro día que llegué de Minguo estaba feliz y ansiosa por ver la cara que pondrían mis compañeras de cuarto al ver todo lo que llevaba de comida. Cuando me vieron con todo eso, abrieron los ojos sorprendidas y felices, pues, por el costo tan alto de algunas frutas, no habíamos podido comprar mandarinas ni piña, así que verlas fue una gran satisfacción. Llegué al apartamento llena de mangos de todos los tipos, mandarinas, piña, yuca, caña de azúcar y ñame, y con este último Mary preparó una deliciosa sopa de ñame al otro día, con yuca, queso y suero costeño. Era la primera vez que la probaba y me volví fanática.

Ese día pude traer todo eso porque viajamos en una camioneta diferente que tenía un platón o —como le dicen en Guajira— una burbuja, así que era muy fácil llevarlo. Sin embargo, el trayecto de ese día fue bastante particular, pues cruzamos el río de ida y de regreso. En una de esas, sentimos cómo la fuerza de la corriente se llevaba la cola del carro, lo que me hizo agarrarme muy duro de la manija de la puerta y mandar toda mi energía para que el motor tuviera más fuerza (menos mal no pasó nada).

A medida que pasaba el tiempo, mi vida en Riohacha se iba haciendo cada vez más placentera. Me había encariñado tanto con mis compañeros Luis y Sara, quienes vivían en Uribia y Maicao, que un fin de semana lloré porque luego de que se fueron quería que se quedaran, aunque teníamos la certeza de que el próximo fin de semana nos veríamos. Ellos también eran rolos o cachacos, como nos dicen allá en La Guajira; Luis es de la Universidad del Rosario y Sara de la ESAB (Escuela de Administración Pública de Bogotá).

Cuando los chicos de los otros municipios llegaban a Riohacha, hacíamos almuerzo para todos y en la noche salíamos a bailar a la primera, la calle más emblemática de la capital. El precio de la cerveza y del licor en general era increíble, pues se podían encontrar cervezas como Redds desde dos mil pesos hasta una botella de Bacardi por quince mil, sin ningún riesgo de que fuera licor adulterado, pues pasaban por la frontera de Maicao. De las cosas que más extraño es que no había un fin de semana que permaneciéramos en la casa o que nos quedáramos sin hacer algo, y aunque admito que salir a bailar me encantaba, el solo hecho de tomar unas cervezas y charlar a la orilla del mar o en el muelle que tenía Riohacha ya era suficiente para mí. En una oportunidad fuimos a una caminata a las cinco de la mañana por la orilla del mar; el recorrido era de dos kilómetros y el destino era ver el mar de color verde. Allá estuvimos un buen rato y, antes del mediodía, escapando de ese potente sol, regresamos. Era un grupo inmenso de personas, atletas y bomberos quienes la organizaban, y fuimos Angie, Lina, Tatiana y yo. Lina era pasante de Negocios Internacionales de la Universidad Santo Tomás de Villavencio y estaba viviendo en el municipio de Hatonuevo, y Tatiana era estudiante de Comunicación Social de la Universidad de Cartagena.

Mientras tanto, con mi familia en Bogotá mantenía una buena comunicación, aunque casi no podía verlos por Skype, pues la calidad del internet en Riohacha era muy mala. Eso a veces me bajaba mucho el ánimo, pero no sabía qué era peor: si verlos y luego quedar con un vacío en el estómago, sumado a

las lágrimas de mi mamá, o no verlos y quedar con ganas de haberlos visto por unos segundos. Por supuesto, eso también incluía ver y no ver a Policarpa, mi gata blanquinegra, pues solo la escuchaba y a veces me enviaban fotos de ella. La extrañé mucho, pero para compensarlo le di amor a otro bello gato gris con blanco, quien durante las últimas semanas me esperaba en el balcón del apartamento para que le diera agua.

Durante los cuatro meses vi a mi mamá dos veces y a mi papá una. Mi mamá viajó a Riohacha la semana siguiente de Semana Santa. Fue un fin de semana que me cargó de energía maternal. Viajamos a Palomino en compañía de Angie y vivimos el ritual que ese lugar ofrece: dormir en hamaca, bañarnos en un baño con techo de choza y bareque mientras los árboles de mango hacían sombra y permitíamos que la arena llegara a los lugares más recónditos de nuestra ropa. El último día del primer viaje caminamos por más de cuarenta minutos a la orilla del mar para llegar a donde desemboca el río. Pude sentir ese cansancio en mis gemelos, pues caminar en la arena por tanto tiempo era agotador; sin embargo, el llegar al río y refrescarnos como solo esa agua lo sabe hacer significó que la caminata hubiera valido la pena. Me parecía increíble decirle a mi mamá: “Mira el apartaestudio que arrendamos. Acá lavo, así cocinamos, por allí queda el mercado, por allí es la oficina”, ya que hace menos de un mes estaba viviendo con ella y mi familia.

De camino al aeropuerto para despedirla, iba sintiendo cómo el vacío en mi estómago se apoderaba de mí. Se me hacía imposible retener las lágrimas; la verdad es que soy supersensible y, como diría mi mamá, tenemos un corazón de mantequilla. La abracé lo más duro que pude, la besé mucho y le dije que le daba muchísimas gracias por todo lo que hacía posible en mi vida. Luego le di un montón de recomendaciones, como si yo fuera la mamá, y le pedí que me avisara cuando llegaría a Bogotá. Ahí confirmé lo que había visto una vez en internet: “los aeropuertos ven sentimientos más sinceros que los matrimonios”, y aunque no es el caso exacto, aplica. Para ese entonces, a pesar de que me

llevaba bien con las chicas que vivía, aún no existía la suficiente confianza para llorar en sus hombros, así que cuando mi mamá cruzó la puerta para entrar a la sala de espera del vuelo, me volteé con un montón de lágrimas escurriendo de mi cara y fui al baño a llorar; pero cuando me vi en el espejo, solo pensaba que todo iba a estar bien y que todas estas cosas debían hacer parte de nuestra vida. Así que tomé mucho aire, me lavé la cara y me fui a descansar al apartamento.

La segunda vez que vi a mi mamá, llegó a Riohacha en compañía de mi papá para mi cumpleaños, el jueves 26 de mayo, el mismo día de *el Cacique de la Junta*, Diomedes Díaz, y Lauryn Hill, una rapera estadounidense que me encanta (y mejor sí es en compañía de algún Marley). Debo decir que fue en Riohacha cuando pude sentir la emoción que les da escuchar al cantautor vallenato; aunque no es de mi total agrado por lo sucedido con Adriana Niño, algunas canciones las cantamos con el alma, en compañía de mis amigos y de los guajiros que conocimos allá.

Ese día esperé a mis padres en el aeropuerto. Confieso que me sentía una mujer muy grande por ser la primera vez que los recibía y no viceversa. Sentía mucha emoción por verlos, pues a mi mamá la vería de nuevo luego de casi dos meses y a mi papá un poco más de cuatro meses, ya que mucho antes de saber que viajaba a La Guajira, él había tenido que viajar a Estados Unidos por motivos familiares, así que cuando nos vimos, nos abrazamos tan duro como era posible. Parecía una escena de película, pero la verdad es que me sentí muy bien de hacerlo. Lloré —como cosa rara—; y si la memoria no me falla, mi papá nunca me había dado tantos besos como ese día. Quiero guardar en mi memoria ese cumpleaños, fue el más especial y lleno de sorpresas que he tenido.

Al despertar, mis compañeras pusieron a todo volumen la canción “Que Dios te bendiga”, de Peter Manjarrés, así que comencé el día con una sonrisa inmensa, muchos abrazos y palabras lindas que me dijeron Tatiana y Mary. Cuando llegué a la oficina vi que Angie había decorado mi puesto de trabajo con una carta, un pequeño ponqué, dulces y bombas, y luego llegó el minuto

más incómodo de todo ser humano —como lo diría algún comediante de la noche— cuando me cantaron el “Feliz cumpleaños”. Como Angie ya me conocía bastante y sabía que la comida y la ropa eran los regalos que más me gustaban, me llevó a almorzar un pescado grandote y un patacón deliciosamente crujiente con suero costeño.

Luego, antes de irme a recoger a mis papás, mi tutora María Eugenia me preguntó: “Ajá, ¿y a qué hora es la pizza?”. Por mi cara de perdida recordó que era una sorpresa, así que me dio risa, y simplemente Angie volteó a mirar y dijo: “Listo, vayamos a la otra oficina a comer”. Encontré una pizza enorme esperándome (hacía tres meses no comía pizza, aunque en Bogotá era frecuente que lo hiciera, y hace rato tenía antojo) en compañía de los tutores de la oficina Eli, Samuel, Yamith y María Eugenia, junto con Erika, una chica que se encargaba del edificio. En esa mesa también había pequeños Chocorramos, que se acabaron en menos de nada. Y, como dice el dicho, con “barriga llena y corazón contento”, me fui por mis papás.

Nos instalamos en un hostel que conocía, y a partir de ahí, mientras íbamos hacia mi casa, les iba indicando el nombre de las calles y lo que quedaba por ahí, como si fuera una guía turística nativa. Luego de treinta minutos de caminar, por fin llegamos a mi hogar y, por si fuera poco, me esperaba otra sorpresa! Cuando abrí la puerta, gritaron: “¡Sorpresa!”. Estaban Angie, Tatiana, Mary y Edgar, el hijo de Hilda, una tutora del PNUD que estaba encargada de mis compañeros ubicados en Hatonuevo, Barrancas, Maicao, Manaure y Uribia. Con él salíamos de vez en cuando y la pasábamos muy bien. De hecho, una vez bailamos frente a su casa y fue una de las mejores rumbas que tuvimos, porque aprendí a bailar vallenato como toda una guajira. Esa noche comimos ponqué y abrí dos regalos de mis compañeras. Angie había comprado una blusa que había visto unos días antes y me había encantado, pues era de gatos, y Tatiana y Mary me regalaron un collar y una pulsera muy lindos, con piedras de mar. Fue una noche de mucha carga emocional, no solo porque

a último momento supe que iban mis papás, sino porque me di cuenta de lo especiales que eran mis amigas, ese otro tipo de familia, lo que hizo de este día uno sumamente memorable, tanto que lo puedo resumir en una frase: *nunca me había sentido tan importante.*

Ese fin de semana, el 28 de mayo, con el pretexto de mi cumpleaños, fuimos con mis papás al Cabo de la Vela. Para entonces era la segunda vez que iba, pues antes con los chicos habíamos ido, por lo que ya sabía cómo era la movida y los contactos necesarios para dormir en hamacas casi a la orilla del mar y asegurar la comida. Entonces, salimos temprano el sábado hacia Uribia, donde me encontré con Luis para que me pasara una pequeña nevera, pues en el Cabo no era fácil encontrar comida. Compramos lo de la comida y el desayuno del siguiente día, cervezas y el agua con aloe vera que comencé a tomar gracias a Sara. Cuando fui con mis amigos, recuerdo que mientras atravesábamos el desierto vimos al lado izquierdo un fuerte color aguamarina, tan brillante que al comienzo pensé que era la lona verde que ponen en las construcciones como protección, pero que luego de las burlas de mis compañeros comprendí que era el mar.

Cuando nos bajamos de la camioneta de don Juan, un guajiro que en ocasiones hablaba wayuunaiki —así nos dejara locos, lo que le provocaba risa—, nos presentó a una familiar suya, quien nos mostró la “alcoba” en la que nos quedaríamos. Consistía en una pared y un techo de madera, construido muy artesanalmente, de donde colgaban seis hamacas. Sin embargo, el techo más grande era el cielo estrellado, acompañado de una inmensa y redonda luna. Cada vez que puedo y quiero calmarme pienso en ese cuadro, que fue el que tuve durante dos noches de mi vida —o tres, si cuento la vez que fui con mis papás—. Esa vez, con mis amigos, fuimos caminando hasta el faro, a una hora de distancia. En el camino nos cruzamos con otro rolo y un francés, con quienes hablamos de sus vidas, de la razón de estar allá, de libros, de películas. Finalmente, cuando llegamos de nuevo a nuestras hamacas, nos dijeron que

unas casetas más allá nos esperaban a todos para ir a bailar, y así fue que encontramos el “bar” del Cabo de la Vela. Ahí duramos un buen rato y, de regreso a nuestras camas, nos fuimos caminando por la playa para refrescar los pies con el agua fría que tiene el mar en la madrugada.

Nos despertamos a eso de las siete de la mañana, desayunamos y nos fuimos al Pilón de Azúcar. No sé cómo describirlo, pero sí sé que es espléndido y majestuoso. Llegar a un mar casi verde, o con varias tonalidades de azul, que no tiene casi olas, con una playa pequeña rodeada de montañas de arena o roca, fue espectacular, casi mágico. Además, el sentir cómo los peces chocaban con mis piernas era una prueba más de lo viva que estaba.

Fui afortunada por haber vivido esto dos veces, pues ver las sonrisas de mis papás dentro del mar, anonadados por tanta belleza de la naturaleza, no se compara con nada. Sin embargo, a lo largo del viaje con ellos, aunque la pasé bien y fue reconfortante vivirlo juntos, sentí que quería para mi vida algo mucho más fuerte; es decir, aunque los amo y les agradezco todo eternamente, creo que estaba bien solo extrañándolos. No sé si esto es malo o bueno, pero sé que es hora de tomar vuelo lejos de ellos y empezar a formarme.

Como diría Héctor Lavoe, “todo tiene su final”, y para la tarde de ese domingo había terminado la travesía de mis papás, así que llegamos al apartaestudio donde se bañaron y se arreglaron para regresar a Bogotá. Nos despedimos con fuertes abrazos y algo de tristeza, pero con la tranquilidad de haber aprovechado el tiempo. Los acompañé al taxi y me despedí hasta el 7 de julio, cuando los vería de nuevo.

Pero ese fin de semana no había terminado aún. Como no había celebrado mi cumpleaños con los demás chicos, Sara y Luis llegaron de sorpresa, lo que me emocionó mucho, y nos alistamos para salir a un bar de la primera. Allí bailamos, conocimos a tres chicos samarios con los que simpatizamos y luego los invitamos a nuestra casa a seguir bailando hasta la madrugada, sin perder el control, pero disfrutando mucho. Dormimos cinco horas, pues a las

once teníamos que levantarnos a alistar el trasteo para pasarnos al apartamento que quedaba detrás de la oficina, exactamente en la calle segunda con carrera tercera. Sin muchos alientos, arreglamos todo, entregamos el apartaestudio y nos fuimos para el nuevo “hogar”. El apartamento quedaba en un segundo piso, tenía balcón, sala-comedor, un baño y dos habitaciones (yo me quedé en una y Tatiana y Mary se acomodaron en la otra).

La celebración de mi cumpleaños había empezado ocho días antes de ese fin de semana, el sábado 21 de mayo, cuando viajamos con Angie a Hatonuevo —donde vivía Lina— para encontrarnos también con Paola, una abogada en proceso de la Universidad del Chocó, con quien simpaticé apenas nos conocimos. Nos encontramos para viajar a Manantial de Cañaverales, un rincón con una fuente de agua cristalina, situado a treinta minutos de San Juan del Cesar. Para llegar allí tuvimos que alquilar un carro que tomó una vía destapada —la única vía que existía— hasta llegar a un bosque, y luego de diez minutos de caminata llegamos al tan anhelado manantial. Era la primera vez que veía una cosa tan espectacular y tan cristalina y a la vez tan azul o verde. Sólo fue cuestión de quitarnos la blusa y el pantalón y saltar al agua. Sin embargo, por ser un regalo del bosque, era inevitable que diferentes tipos de insectos también compartieran el manantial con nosotras, así que de vez en cuando los abejorros o cualquier animalito que volara cerca de nosotras era motivo de gritos o corridas hacia el agua. De hecho era difícil salirse de ella, pues la orilla y todas las rocas estaban cubiertas de musgo y de otras plantas babosas, así que de no haber sido por los dos amigos que llevó Lina, hubiera sido difícil salir solas de ahí, no porque no pudiéramos, sino porque no sabíamos que había un pequeño paso que estaba exento de esa resbalosa naturaleza. Ese viaje tenía un motivo más, y era degustar el ceviche que preparaba Paola, del que se enorgullecía mucho y del que no quedó duda alguna de que le quedaba muy sabroso. “Especialmente para vos, rolita querida”, me dijo Pao.

Al retomar labores entre semana, de vez en cuando salía de la oficina, pues tenía que ir a tomar fotografías para catálogos de algunos productos de los microempresarios. En esa ocasión fue para Esmeralda, una confeccionista de ropa y accesorios para bebé (su marca era Ternuritas). Tomé fotos de pañaleras con varios diseños y estilos, tendidos de cama, toallas y baberos. Recuerdo con particularidad este día porque improvisé un miniestudio fotográfico con material y telas que tenían en el local donde vendían los productos de Esmeralda. Al final de un día duro de trabajo, el resultado fue el esperado. Esmeralda tenía una cara de satisfacción y sorpresa por lo obtenido, así que valió la pena todo el esfuerzo. Así mismo, una tarde-noche, luego de salir del trabajo, Tatiana y Angie me acompañaron a tomar las fotos de los productos de una artesana wayuu llamada María Isabel Epieyu, que tenía su punto de venta en la avenida primera de Riohacha, frente al mar, donde la luz de la caída del sol quedó como anillo al dedo para acompañar las imágenes. También recuerdo que hablar con ella no era fácil, pues tenía más desarrollada su lengua para hablar wayuunaiki que español; aún así traté de explicarle el trabajo y el fin que tenía, y aunque no estaba segura de que entendiera, me di a la tarea de lograrlo.

María Isabel o Marisol (no sé por qué, pero respondía a dos nombres) era asesorada por uno de los tres consultores que respaldaban el Programa de Desarrollo con Proveedores: Alvenis Gámez, Lácides Campo y Ovieris. Admito que al principio no se me hacía fácil memorizar sus nombres, pero lo logré. Con ellos mantenía constante contacto, pues les iba mostrando los diseños de logo que proponía para las diferentes microempresas, así como las tarjetas de presentación y los portafolios de productos. Sin embargo, a veces no era nada fácil, pues la creación de logos y demás no siempre fluía, así que para darle un respiro a la creatividad me ponía a trabajar en otras cosas, como en las fotos de construcciones que debía arreglar para Samuel, un ingeniero civil guajiro (extrañamente más blanco que un queso y con pelo castaño claro, lo que lo convertía en un nativo poco usual).

El cierre de la Construcción de Identidad Corporativa para cada uno de los empresarios del PEP fue en el salón de eventos del Hotel Barbacoa, en Riohacha. Por fin tuve la ocasión perfecta para ponerme un largo y llamativo vestido azul con un precioso bordado en el pecho, pues Eliana Melo, la coordinadora territorial de La Guajira, nos envió un correo el 14 de marzo para informarnos la importancia no solo de llevar ropa de playa, sino también ropa adecuada para eventos formales o elegantes. Con cada persona que iba entrando al salón, el corazón latía más rápido, pues los nervios subían como si fueran un carrito de montaña rusa; solo que aún no encontraba los rines para descender. Era irónico estar en Riohacha y tener las manos frías del sudor que producían mis nervios. Después de la intervención de los organizadores, los consultores y algunos microempresarios, dejé la cámara sobre la mesa (tenía que cubrir el evento con videos y fotografías) porque había llegado mi turno de hablar y contar el trabajo que logramos en compañía de consultores y microempresarios.

Empecé por hablar de las capacitaciones que hicimos, en las que mostramos la importancia del manejo de la publicidad para los negocios, y al final expuse los resultados que habíamos obtenido. Hablé también de los microempresarios que tenía a cargo Alvenis Gámez, una mujer sumamente amable, gracias a quien conseguimos el apartaestudio en el que vivimos por tres meses, pues nos ayudó con su tía para que aceptara a tres estudiantes, cuando por mucho aceptaba una pareja de adultos. Ella siempre facilitaba todo tipo de información y la buscaba como fuera. Expuse el logo, las tarjetas de presentación, el portafolio y el pendón, y así continúe con los beneficiarios a cargo de Lácides y de Oviedis. En resumen, los tres asesores fueron muy especiales, atentos y sobre todo colaboradores.

La clausura concluyó con muchos aplausos para mi trabajo; recuerdo que sonreí mucho y repetí un montón de veces: “con todo gusto”. Mostrar ese trabajo hizo que cinco artesanas wayuu se antojaran, así que me buscaron para hacerlo y, aunque quedaba poco tiempo, lo intenté. Sin embargo, cuando

hablábamos no me respondían, les mostraba avances y no decían nada, así que desistí. El programa facilitaba la financiación de esos proyectos comerciales y hacía énfasis en las asesorías con personas especializadas en temas como contabilidad, manejo de recursos, proyección y publicidad.

La alegría en la oficina tenía nombre propio: Samuel Pulido, el tutor de Cristóbal, un compañero del Chocó. Hacía chistes en doble sentido que a nadie incomodaban y que, por el contrario, siempre nos sacaban muchas carcajadas. Además, en varias ocasiones llevó panochas, unas sabrosas mogollas guajiras, que tomábamos con tinto o aromática. Por si fuera poco, siempre nos acercaba al apartaestudio en la hora del almuerzo o nos llevaba cuando salíamos. Gracias a él y al proyecto de construcción del Centro Multifuncional Taroa (del que hace poco supe que ya está terminado), fuimos con Tatiana a la Alta Guajira, a la comunidad de Taroa, donde el paisaje sorprendente de las dunas y el mar entra en completo contraste con las condiciones en las que se encuentran los indígenas wayuu. En esta comunidad conocí a una profesora wayuu que nos contó la impotencia que sentía por la manera en que vivía su gente, su familia. Recuerdo que decían que la gestión del ICBF era inútil porque enviaba alimentos en condiciones terribles. Una vez, por ejemplo, envió guayabas, una fruta que no tenía muchos usos porque no había ni luz ni agua potable para hacer un jugo con ella. Eso cuando las frutas llegaban en buen estado, porque en casi todos los casos la recibían podrida, pues atravesar el desierto desde Uribia hasta Taroa —en camioneta— toma ocho horas bajo casi cuarenta y tres grados de temperatura.

También supe que, debido al desvío y represamiento del río Ranchería que hizo El Cerrejón, una parte de la comunidad wayuu se quedó sin agua. Estos relatos aumentaban mis sentimientos de rabia, tristeza e impotencia ante estas situaciones. Sin embargo, lo más duro que vi fueron niños en estado de desnutrición. La imagen era aterradora. Me encontraba tomando fotos de

todos, y cuando enfoqué a uno de esos niños, por más que intentara encontrarle la mirada, siempre estaba perdida, sin brillo ni vida.

El objetivo del centro multifuncional era facilitar las instalaciones a las brigadas médicas que llegaban al lugar, pues el centro contaría con agua potable, luz y otras necesidades básicas, y sobre todo la posibilidad de que los habitantes tengan acceso al líquido. Me quedo corta de palabras porque la inmensidad del paisaje y la manera en que viven no es fácil aceptarla y sobre todo comprenderla. Recuerdo que en el camino muchos niños hacían peajes con el fin de pedirnos agua, comida o lo que fuera para poder soltar el lazo y seguir. Tenía que hacer nuevamente de tripas corazón para poder tomar fotos y demás. Cada vez que escucho algo de La Guajira y sus indígenas wayuu, el corazón late tan fuerte como si se fuera a salir, pero solo espero desde mis conocimientos, y en compañía de la comunidad, contribuir a que esa situación de injusticias disminuya poco a poco.

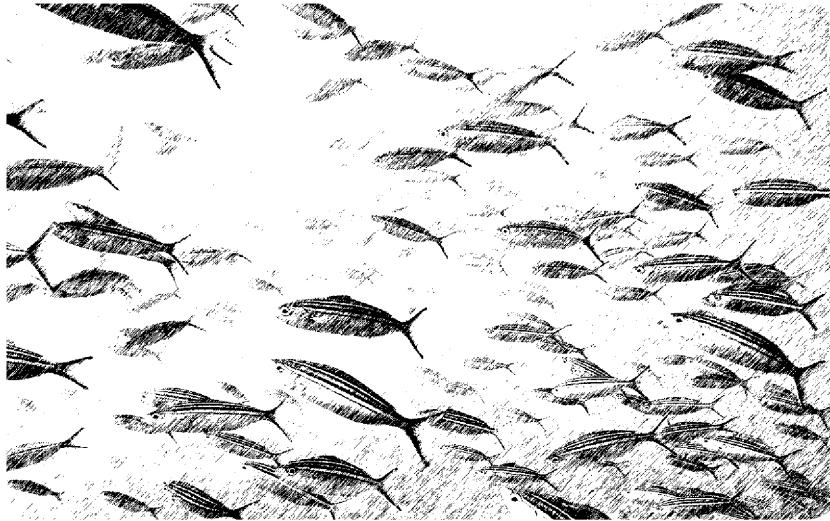
Sin embargo, en ese viaje también hubo espacio para las sonrisas y “otras primeras veces”, pues fue la primera vez que dormí en chinchorro, una hamaca como para seis personas y de un tejido altamente trabajado. También estuve por primera vez en la parte más septentrional del país, pues llegamos a Punta Gallinas y Bahía Hondita, donde vimos muchos extranjeros. Recuerdo que la brisa soplabá tan fuerte que amanecí congestionada del pecho, como si hubiera dormido en el balcón de mi casa en Bogotá sin suéter. Comimos un delicioso pescado, del que no recuerdo el nombre, pero sí el sabor.

Cuando regresé de ese viaje a Riohacha, el profesor Alexander Castro ya esperaba por mí en el Hotel Taroa, a dos cuerdas y media de donde yo vivía. Ese día estuve conmocionada por todo lo que había visto, no sabía si sentirme triste o molesta. Solo me dirigí al hotel a recoger al profe, con quien fuimos al muelle de Riohacha y luego a tomarnos un jugo de la fruta típica de la región, el níspero. Hablamos muchísimo sobre la vida de un publicista, el trabajo, sus viajes, sus pasiones, sus experiencias y lo grande que había sido tomar la decisión de

hacer nuestras prácticas en otro lugar diferente a una agencia o una empresa, y con personas mucho más reales, a través de quienes nos dimos cuenta de lo que sucede en el país. Al siguiente día, un sábado, él tenía que valorar mi puesto de trabajo y sus condiciones, y hacerme un examen en compañía de mi tutora, en el que me fue muy bien, pues en todo María Eugenia valoraba mi esfuerzo y mi trabajo.

Ya como últimos recuerdos, sé que la despedida de este lugar se hizo con anterioridad y con mucha nostalgia, pues sabía que todo lo que representaba vivir allí jamás lo volvería a sentir, y esa hermandad a la que habíamos llegado con los demás pasantes había sido de película.

Mil veces sí y otras mil veces volvería decir que sí a un viaje como el que tuve, pues no solo me transformó la manera de ver y vivir las cosas, sino mi capacidad de ponerme en el lugar del otro para dimensionar lo que esa persona puede ver, sentir y decir. Además, me enseñó que debo tolerar mucho más a las personas, sobre todo si son cercanas a mí, como mi familia. Quedaron muchas cosas por escribir, pero, en definitiva, todo lo que vives, pase lo que pase, nadie te lo puede quitar.



Una experiencia, varios caminos y un destino

Yenny Lorena Montaña
Estudiante de Ingeniería Ambiental

Esta historia comenzó el 16 de marzo de 2016, cuando emprendí un viaje con destino a Montería. Nunca había estado allá y no sabía qué me esperaba, así que eran muchos los sentimientos encontrados que tenía respecto a la nueva situación de vida que debía enfrentar. Por un lado, me sentía feliz de aprender, adquirir conocimientos que engrandecerían mis saberes como profesional, enriquecer mi vida, conocer una nueva cultura, explorar un mundo diferente; pero, por otro lado, me dolía dejar a mis seres queridos y me asustaba enfrentarme a un mundo desconocido.

En Montería conocí a diecisiete compañeros pasantes provenientes de diferentes departamentos. Todos estábamos allí como parte del programa Manos a la Paz, que buscaba que los estudiantes aportáramos a las regiones víctimas del conflicto. La primera noche fuimos a visitar la ronda del río Sinú, donde todos contamos algo de nuestras vidas y culturas, y poco a poco comenzamos a conocernos.

Al día siguiente tuvimos la inducción. Allí nos conocimos mejor con los compañeros y se presentaron los profesionales del proyecto en el que trabajaríamos, quienes nos explicaron que haríamos parte del proyecto de “adaptación al cambio climático en La Mojana”, por medio del cual se busca reducir la vulnerabilidad de las comunidades y aumentar la capacidad adaptativa de los ecosistemas en la región de la depresión momposina, que enfrenta riesgos de inundación y de sequía asociados con el cambio climático y la variabilidad climática.

Mi pasantía se desarrollaría en el trabajo con las iniciativas productivas con que cuenta el proyecto: molinos de arroz y estanques piscícolas, que se llevan a cabo dependiendo de la calidad del terreno. Cada una de estas iniciativas cuenta con una asociación legalizada compuesta por un número representativo de familias, las cuales trabajan en dichas iniciativas según la comunidad a la que pertenecen. Este proyecto tenía un desarrollo un poco diferente a los demás, porque se llevaba a cabo en los corregimientos de los municipios de San Marcos, San Benito Abad y Ayapel. Por esto nos asignaron a cada uno de los

pasantes un corregimiento al que deberíamos ir a vivir durante los meses de pasantía. Esa noticia me tomó por sorpresa, porque imaginaba que iba a desarrollar mi pasantía en un municipio y no a vivir en la zona rural como lo acabábamos de escuchar. El viernes 18 de marzo, a las seis de la mañana, salimos al municipio de San Marcos, Sucre, en las camionetas del PNUD, en compañía de los profesionales y los cuatro pasantes del proyecto. Mientras íbamos en el carro, comencé a preguntarme: “¿Dónde voy a vivir? ¿Cómo será la familia con la que voy a compartir? ¿Qué tan lejos quedará del municipio?”. Tenía infinidad de dudas y ninguna certeza hasta ese momento.

A medida que avanzábamos, los otros tres compañeros comenzaron a quedarse en sus respectivos corregimientos. Cada vez era más mi angustia por saber qué me esperaba, pues los lugares que estábamos dejando atrás quedaban muy lejos del casco urbano: una hora en carro y otra hora en moto en época de sequía, y en invierno en chalupas, algo mucho más complicado porque aumentan los costos y el tiempo del recorrido. Para mi sorpresa, fui privilegiada al quedar en el corregimiento Las Flores del municipio San Marcos, en Sucre, un lugar grande —casi es declarado municipio— y muy bonito. La familia Martínez, en cuya casa me hospedé, está compuesta por tres miembros: la señora Yolet, su esposo Albeiro y su hermana Sofía. Los tres me recibieron con una sonrisa y un saludo, y me dieron una habitación amplia para que me acomodara. Poco a poco me fueron presentando las personas que hacían parte del proyecto en el corregimiento; cada uno, desde su conocimiento y trayectoria, aportó para mi conocimiento de la historia de Las Flores.

Mi trabajo consistía en apoyar la formación en conceptualización sobre hidroclimatología dirigida a las comunidades de Cuenca, El Pital y Las Flores del municipio de San Marcos. Durante el transcurso del día preparaba mis actividades, aunque la señal de internet era muy ineficiente; debía desplazarme a un centro de cómputo que contaba con mayor cobertura, pero, si llegaba a llover o corría el viento con gran fuerza, la señal se iba.

Al pasar los días me iba familiarizando con las personas y me sentía como si estuviera en mi casa, hasta que una mañana muy calurosa —como todos los días— salimos al patio de la casa a sentarnos en las hamacas para ver pasar los vecinos al trabajo y los niños al colegio. A eso de las diez de la mañana, sin embargo, todos estaban de regreso. Se habían suspendido las clases y todas las labores del día. Resultaba raro ver las calles vacías, los establecimientos cerrados y todo en silencio. Parecía un pueblo fantasma. No sabía lo que estaba pasando, hasta que la señora Yolet me dijo que por seguridad debíamos estar en la casa y no salir por ningún motivo ni comentarle a nadie acerca de la situación. “¿Por qué? ¿Qué pasa?”, le pregunté. Ella respondió que los corregimientos eran víctimas de los grupos armados y que se debía hacer lo que ellos quisieran para no salir perjudicados.

La noche del primero de abril fue eterna. Tenía miedo porque nunca había estado en una zona de conflicto y no sabía qué iba a suceder. Lo único que pude hacer fue encomendarme a Dios, rezar y esperar la luz del sol. A la mañana siguiente me llamó Edwin, el director del PNUD-Córdoba, para decirme que harían lo posible para ir a recoger los pasantes en las diferentes comunidades donde nos encontrábamos para llevarnos de regreso a Montería; pero resultó imposible porque las vías se encontraban bloqueadas y, por la seguridad de los profesionales, les prohibían el acceso al departamento de Sucre. Fue así como se canceló la misión de ese día. La angustia duró todo el fin de semana, pero a medida que transcurrían los días iba mejorando la situación. El martes ya hubo acceso a las vías de comunicación con la ciudad de Montería, así que llegó el tutor, Andrés Santamaría, a recogernos y trasladarnos a la capital de Córdoba. Allí nos instalamos por dos semanas en un hotel con Yesica Lagos, Sharon Martínez y Diego Cortés, los tres pasantes de los corregimientos, con quienes asistíamos diariamente a la oficina territorial para continuar nuestras labores de apoyo.

Por el paro armado que vivimos, nuestros planes de trabajo ya no se podían desarrollar como estaban propuestos. Entonces decidieron cambiarnos el

plan de trabajo y, si era necesario, el desplazamiento a los corregimientos se haría en compañía de los profesionales del proyecto. Mi trabajo consistía, entonces, en apoyar la consolidación de información familiar y comunitaria para definir los indicadores más relevantes de los criterios de vulnerabilidad (vulnerabilidad económica, número de familias por comunidad, cobertura del suelo, tipo de relieve, capacidad del suelo y hectáreas de cultivos establecidos en zonas de riesgo por inundación).

Después de la capacitación, nos dirigimos al corregimiento de Las Flores, donde se encontraban reunidas las personas que hacían parte de corregimientos aledaños como El Pital, Cuenca y Las Flores. Se establecieron grupos de trabajo por comunidades para aplicar el instrumento de recolección comunitaria de información sobre la vulnerabilidad al cambio climático y la variabilidad climática. Por medio de un diálogo, cada comunidad aportaba su punto de vista, las debilidades y fortalezas de cada corregimiento y lo que creían que se debía mejorar. Al mismo tiempo se enfocaban en los cuerpos de agua y su estado, porque los podían perjudicar tanto en la generación de alimentos por la pesca como por la sequía (que disminuye el transporte fluvial, una importante fuente de empleo). También se analizó el tipo de especies invasoras y las que se encuentran en vía de extinción; se verificó qué es lo que hacen las comunidades que se encuentran en riesgo de inundación, cómo han mejorado o adecuado con terraplenes sus casas para el invierno y si deben desplazarse o salir de sus casas en épocas de lluvias. Al analizar la información obtenida mediante estas actividades se llegó a la conclusión de que son comunidades compuestas por familias muy vulnerables, de escasos recursos, que no tienen un salario fijo para su sustento, sino que viven del trabajo que puedan conseguir por jornales o de la pesca artesanal.

Otra de las actividades dentro del plan de trabajo era apoyar la identificación y georreferenciación de las comunidades, y la delimitación de las áreas de estudio para revisar los corregimientos, veredas y viviendas, además de tener clara la selección de la capa de amenaza por inundación. En el proyecto

se desarrollaron talleres para fortalecer todo el equipo de trabajo en cuanto a temas como el cambio climático, los sistemas agropastoriles, la calculadora de carbono y los sistemas de alerta temprana.

También nos desplazamos a los diferentes corregimientos donde se encontraban las “iniciativas productivas” —los molinos de arroz y el estanque piscícola— para hacer una visita técnica, analizar el estado en el que se encontraban y verificar el impacto que generan al medio donde se encuentran ubicados. En una semana visitamos varias comunidades: Las Chispas del municipio de San Benito Abad; Cecilia y Sincelejito del municipio de Ayapel, y El Pital del municipio de San Marcos. En cada visita nos reunimos con la comunidad o la junta para conocer las instalaciones donde estaban ubicados los estanques piscícolas y los molinos de arroz, que pusieron en funcionamiento para verificar su estado.

En uno de estos recorridos madrugamos mucho para ir al corregimiento, ya que debíamos ir en carro durante una hora desde el municipio de San Marcos hasta la comunidad de Cecilia y luego debíamos llegar al corregimiento de Sincelejito en moto porque no allá hay vías de acceso. Sin embargo, por el estado de los caminos no podían pasar las motos y, como no había llovido en esos días, tampoco había transporte fluvial. Por eso nos tocó caminar durante cuatro horas atravesando vallados para llegar al corregimiento de Sincelejito, del municipio de Ayapel. Esta fue una gran experiencia, en la que aprendimos a medir nuestras capacidades de adaptación al medio atravesando el monte, pasando por el lado de serpientes, etc. En la comunidad se hizo un recorrido para conocer las instalaciones del molino de arroz con la tesorera de la Asociación de Agricultores y Pescadores de Sincelejito (Agroapesin), quien nos mostró cómo es el trillado de arroz. Analizando el proceso de trillado, nos dimos cuenta de que la cascarilla está afectando la salud de una familia que se encuentra cerca al molino. Les hicimos recomendaciones como recoger la cascarilla para ir disminuyendo su volumen y dar otros usos a la cascarilla, a ver si así aminora la altura del polvo para que no alcance a pasar a la vivienda.

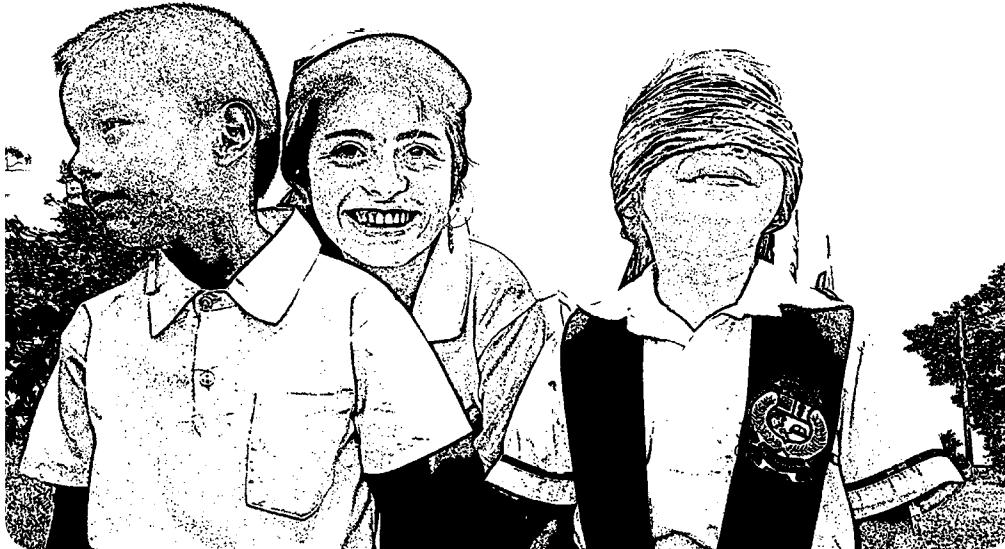
En las comunidades que visitamos, pudimos evidenciar que las iniciativas productivas tienen impactos que están perjudicando el bienestar de las personas, por lo que les propusimos rediseñar los estanques y el sistema de captación de agua, así como crear un plan de manejo ambiental (PMA). En estas visitas aprendí del desapego de las cosas materiales y de lo que tengo, porque se puede ver que son familias muy vulnerables que pueden sobrevivir con lo que cultivan y que, a pesar de no contar con grandes lujos, son personas que ofrecen al que llega lo mejor que tienen, desde un plato de comida hasta hospedaje. Esto me hizo recapacitar, pues nunca esperé encontrar gente de tan buen corazón; son personas que brindan más de lo que tienen.

Además, conocí muchas personas que hicieron que mi vida allá no fuera tan monótona, como María Lucía, mi compañera de trabajo del PNUD, quien desde el principio fue fundamental para nosotros los pasantes porque nos recibió de una forma muy agradable, nos ayudó a ubicarnos en la ciudad y nos aconsejó qué partes conocer y qué lugares eran de cuidado. En Montería compartía el apartamento con un compañero pasante, Diego Hernández, con quien siempre salíamos a todos lados (a trabajar o pasear), pero hubo un fin de semana en que a él lo enviaron para Bogotá. En ese momento imaginé que iba a tener unos días aburridos porque no tendría con quien salir o hablar; pero, para sorpresa mía, fue todo lo contrario: María Lucía viajaba en esos días a la casa de su familia en el municipio de Lorica y me invitó a que fuera a pasar unos días con ellos y, de paso, a conocer. Fueron días maravillosos, con una familia que me recibió con cariño y que cocinó para mí los platos típicos e incluso me enseñó a prepararlos. Días después viajamos con María Lucía a Cartagena, donde me encontré con mi familia. Fue algo muy emotivo porque hacía mucho tiempo que no los veía, pero muy feliz porque pudieron conocer a mi amiga, de la que tanto les hablaba, y de paso agradecerle todo lo que había hecho por mí.

Del grupo de pasantes todavía mantengo contacto con Yesica Lagos, que venía de Pasto y que vivió durante la pasantía en el municipio de San Marcos.

Yesica era muy pasiva y por esto los compañeros la molestaban mucho; eran muy malos con ella, que siempre quería lo mejor para los demás. Por eso, con María Lucía, tratábamos de alegrarla y la invitábamos a viajar a Montería y pasar unos días con nosotras, para conocer varios lugares de la ciudad e incluso municipios como Coveñas y Tolú. La amistad que establecimos con Yesica y María Lucía todavía continúa. Nos comunicamos seguido, y el propósito de todas es podernos encontrar lo más pronto posible y ver cómo nos ha cambiado la vida desde el momento en que cada una cogió un rumbo diferente.

El día que regresamos a Bogotá fue muy triste porque estábamos acostumbrados a un ambiente diferente. Hubo muchas lágrimas de todos los que viajábamos, y si miro hacia atrás concluyo que me gustaría regresar y poder trabajar en Montería. Esta experiencia me cambió la vida porque me ayudó a independizarme un poco de mi familia y de las cosas materiales. Me enseñó que hay que luchar por lo que se quiere y que, a pesar de que no siempre van a ser fáciles las cosas, uno debe ser cada día mejor persona con los demás y dar lo mejor de sí.



Aprender es morir un poco

María Paula Vega
Estudiante de Publicidad

Mi historia inicia con el reto de encontrar prácticas. Es algo a lo que le hui durante toda la carrera; le tenía pavor a buscar empleo en mi área, porque siempre he sentido que me falta un centavo para el peso. Sin embargo, la vida se encargó de obligarme a derribar las paredes que me impuse mentalmente y enfrentar los miedos que me persiguieron en toda la carrera. Nunca he querido trabajar para una agencia de renombre, no es mi lugar. Por ello inicié una ardua búsqueda en fundaciones, mandé una gran cantidad de hojas de vida, me inscribí en páginas de empleo, fui a varias entrevistas. Pero mientras más cosas hacía, más frustrante era la búsqueda; me sentía inútil. Sentía que, si no me llamaban, era una mala profesional. Son sentimientos que siempre me han agobiado: no ser suficiente, no aportar suficiente. Fue así que me rendí. Hablé con la Naturaleza y con Dios, y dije: “No más. Seguro esto no es para mí, habrá otra cosa y mi camino estará en otro sentido. Ya no forzaré las cosas porque esto no lo controlo; hice lo necesario y no me llevó a lo que quería, así que se lo dejo a la vida: ella será más sabia que yo”.

La semana siguiente me llamaron de la Universidad Javeriana para un empleo como estratega y *community* en la carrera de Nutrición, con el fin de divulgar el buen manejo nutricional de los alimentos. También obtuve una llamada de la Fundación Cinse, que desarrolla proyectos culturales y de otra índole para colegios. Ya se me acababa el tiempo de encontrar prácticas, y tenía que decidirme. En esta búsqueda, había diligenciado los datos para un práctica profesional con el PNUD y el Ministerio del Posconflicto en el proyecto de Manos a la Paz. Pero durante semanas no recibí respuesta alguna, así que lo descarté; sonaba tan mágico que pensé que no era posible que todo lo que yo quería se diera tan rápido. Sin embargo, justo cuando estaba por aceptar otra cosa, recibí el correo en el que me decían que había pasado a otra etapa de la convocatoria.

Allí inició mi travesía. El primer reto que apareció en mi camino fue el lugar de trabajo en territorio. Por cosas de la vida me había tocado en Pasto (Nariño), pero prefería hacer mis prácticas en una zona rural (con campesinos

o indígenas), así que hallé la manera de que me enviaran al Caquetá. Apenas lo supé me llené de alegría, me sentía fuera del planeta, como si el mundo conspirara para que pudiera visitar y conocer ese lugar. No sabía las consecuencias que traería mi elección.

Cuando llegué a casa conté mi historia, ilusionada porque suponía que iba a ser una gran noticia, pero mis papás sacaron infinitos argumentos basados en miedos individuales: decían que iba a morir, que si los quería muertos estaba haciendo bastante mérito, que era la peor decisión de mi vida, que, si lo hacía, me atecía a las consecuencias de independizarme totalmente y por una temporada no intervenir en sus vidas. Mi hermana, que ha sido siempre mi apoyo, también me dejó sola, se hizo a un lado y permitió que la discusión y la confrontación se dieran con más fuerza. Eso es algo que aún me atormenta y lo llevo en mi mente como un tatuaje. Sé que no somos una sola cosa; en ese momento, juzgué a mi hermana como un ser desleal, con falta de carácter y de postura sobre lo que estaba pasando.

A pesar de la alegría que tenía al comienzo, como los humanos somos un cúmulo de contradicciones, lo que sentí al partir fue tristeza y miedo. Me encontraba indefensa y vulnerable, a pesar de tener mucha esperanza en lo que vería en ese nuevo camino que emprendía, que vislumbraba como el fin de una etapa de mi vida y el comienzo de otra. Tenía razón en pensar así. Esta experiencia, que ahora veo con ojos extraños y lejanos, me cambió para siempre. Conocí un sinfín de personajes maravillosos, el primero de los cuales estaba en el avión hacia Florencia. Fue una mujer agradable que se sentó a mi lado. Tenía piel blanca, pelo negro y expresivos ojos color miel, quien con una voz suave comenzó a hablarme acerca de las mujeres víctimas del conflicto; las madres, esposas y jóvenes que tratan de dejar atrás un amargo momento de su vida y aprovechar esta fuerza para documentarse, aprender y ejercer su derecho como sujetos edificantes y como parte esencial de la reconciliación que necesita este país.

“Muchas instituciones van a la zona —me dijo la mujer—, prometen soluciones y dejan todo a la mitad. Además, sacan su tajada, y estos sectores quedan igual o peor”. Es por eso, me explicó, que las personas ya no creen en palabras sinceras de reconciliación. Solo buscan protagonismo y hacen intervenciones que quedan a medias. Estas palabras me confrontaron y me hicieron reflexionar acerca de lo que llegaría a hacer y concientizarme de este rechazo hacia lo nuevo y hacia el aporte que tenía la intención de dejar. Fue muy dura al decirme que, a pesar de mi buena actitud, iba a faltar demasiado para una transformación profunda. Mientras tanto, para mí sería solo un recuerdo, pero a ellos no les sirven mis recuerdos, sino mis acciones y mi compromiso. Con esto, pensé que si iba allí debía ser para quedarme mucho tiempo y trabajar con la comunidad, y no solo con esta pasantía.

A mi llegada a Florencia, la capital de Caquetá, conocí y conviví con diecinueve practicantes, estudiantes de diferentes universidades del país, con un sinfín de conocimientos en diferentes áreas, además de su diversidad de culturas (había gente de Riohacha, Villavicencio, Pasto, Bogotá, Cali y Barranquilla, entre otros). Siempre he pensado que la juventud tiene mucho poder. Esa energía en el hacer y el luchar se convirtió en una realidad en ese lugar. Fue ahí donde entendí que nadie está en un lugar porque sí; todos hacemos parte de un todo, de un “complot” universal para lograr cosas inimaginables, energías que no alcanzamos a percibir.

Algunos jóvenes en particular quedaron tatuados en mi memoria por las situaciones jocosas que vivimos. Al comienzo llegamos a la casa pastoral, de la que fuimos desalojados por pilatunas juveniles (bailar, hacer ruido, hablar hasta altas horas de la noche, entre otras). Después vivimos en un hotel y nos sentimos como un grupo de amigos de toda la vida; cada personalidad encajó muy bien: Camilo (el que sabe mucho), Iván (el costeño jocosos y amable), Aidy (la chica bonita y seria), Diana (la mujer madura), Fredy (el tímido y buen

amigo), José (el papá de los pollitos), Edugato (el que se creía superior, pero era buen tipo), entre otros.

Luego de las vivencias con los compañeros, llegamos a la inspección de Maguaré, en el municipio de Doncello, cuatro pasantes: Aidy (ingeniera ambiental), Diana (psicóloga) Diego (ingeniero agrícola) y yo, que soy publicista. El nuevo hogar, acordado por el Comité Cauchero, estaba compuesto por nuestra mamá sustituta, doña Luz, una mujer joven y tierna, con una enorme fortaleza espiritual; Nanaiel o Daniel, el hermanito sustituto de siete años, un niño muy pilo, y don Wilmar, el papá de la casa, un hombre serio y trabajador.

Al día siguiente nos reunimos con la presidenta del Comité Cauchero de Doncello, a quien habían descrito como una mujer dura. Sin embargo, doña Gladys resultó ser mucho más: una mujer berraca, con temperamento de líder, sociable y muy habladora. Nos dijo en esa primera reunión que teníamos una semana para reconocer las necesidades de la comunidad de Maguaré, que es la ciudad emblemática del caucho.

Así fue que comenzamos a interactuar con los jóvenes del internado y los de las veredas cercanas. La sinergia con la comunidad comenzó, entonces, a través de juegos como microfútbol, baloncesto y voleibol, con grandes y chicos. Nos empezamos a enamorar de la región, al tiempo que nos íbamos acostumbrando al sudor y a los bichos que aparecían por temporadas. Siempre pensamos que allí agarramos un olor particular: a lluvia, sudor, tierra caliente, árboles y aire. Un olor que solo he podido tener en Maguaré.

Decidimos, entonces, trabajar los primeros meses con los del colegio, dando capacitaciones sobre nuestras áreas, recolectando una base de datos de los asociados del comité y haciendo Escuelas Campesinas para los Asociados (ECA). El último mes consistiría en dar más resultados enfocados en la carrera. Por ejemplo, Diana, la psicóloga, tendría asesorías con asociados y estudiantes, y haría el acompañamiento psicosocial con la comunidad. Diego debería diseñar el sistema de riego para el vivero del comité, mientras que mi labor era hacer

el sitio web del comité, crear el nuevo logo y un documental sobre la historia del caucho. Lo que no sabíamos era que terminaríamos haciendo mucho más de lo que nos habíamos planteado.

Los primeros días estuvimos en una ECA donde se hablaba del cacao y las buenas prácticas agrícolas. Muchos de estos temas eran nuevos para mí, pero me interesaba aprender sobre sus vidas y sobre la pasión por sus cultivos. Allí conocimos a gran parte de los asociados y nos presentaron a Jesús, el técnico que nos acompañaría en todo este proceso; él fue uno de los personajes que me cambió la forma de percibir las realidades campesinas. Es un joven emprendedor, apasionado por el caucho, que conoce más de la vida que muchos jóvenes que conozco en la ciudad. Él nos dio la bienvenida mostrándonos el vivero del comité. Nos explicó cómo surgía el árbol de caucho, su proceso, qué pasaba internamente en sus paredes y cómo daba una espesa sustancia líquida llamada látex, que era la materia prima del caucho y sus derivados.

Luego estuvimos las primeras semanas trabajando con los estudiantes del colegio. Conocimos sus realidades y los problemas familiares que tenían. Conocimos niños cuyos padres estaban ausentes, así que ellos mismos se educaban. Empezaron trabajabando en fincas para pagarse el colegio, vivieron inicialmente en el internado, pero ya no tenían la capacidad para esto, así que se venían caminando de veredas a una hora y media de distancia bajo el sol o la lluvia, y se presentaban a clase diariamente. También conocimos otros casos de chicos que tienen varios problemas de convivencia con sus padres y que les falta aceptación, amor y apoyo familiar. La mayoría de estos jóvenes se levanta a las cinco de la mañana para ordeñar la vaca y dejar ciertos trabajos hechos para poder ir al colegio.

También pudimos notar ciertos problemas que se daban con el internado, como el miedo constante de que las chicas consiguieran un muchacho y se embarazaran rápido. Pude percibir que algunas simplemente quieren salir del internado de cualquier forma y escaparse de esa realidad con un muchacho

que las ilusione con una vida de gloria, para al final terminar siendo amas de casa sin estudios de bachillerato. Muchas otras tienen sueños y metas de estudiar lejos de este lugar. También conocí jóvenes apasionados por el caucho, por los cultivos de su región, que aman, y hablan de ello como un factor decisivo en sus vidas.

De manera alterna trabajamos con Jesús en visitas a las diferentes fincas de los asociados para recoger información con una encuesta para mejoras del comité. Con estas visitas se empezó a generar una relación más allá de lo profesional; los paisajes, las personas y los momentos influyeron para conocer más a fondo a este joven campesino apasionado por su tierra, que promueve a grito herido la belleza y el valor de su región. Él me enseñó —y me sigue enseñando aún— tantos valores intrínsecos sobre la familia y sobre las cosas que deberían realmente importar para ser feliz. No es el prototipo de “joven revelado” que simplemente tiene la teoría y la vocífera para mostrar esa superioridad cultural que caracteriza a algunos intelectuales y profesionales en ámbitos de debate donde se busca elogio y aprobación; él simplemente piensa, opina y actúa con una actitud humilde, algo que me impresionó.

En estas visitas pude indagar y conocer más acerca de la cultura y los sitios de esparcimiento en la región. También conocí gente como don Natanael, un hombre mayor, emprendedor y muy amigable. Muchos de los asociados fueron agradables, jocosos, bonachones, íntegros y serviciales. Con esta comunidad pudimos compartir bazares o fiestas típicas en fines de semana, aprendimos a bailar mejor bachata y conocimos un ritmo inusual, el “chuchuco”, una combinación entre merengue y ritmos de final de año. En estos bazares se hacían campeonatos de microfútbol como una manera de integrar a la gente, y gracias a ellos pudimos socializar con personas de varias veredas y lograr que nos incluyeran en sus actividades.

El mes siguiente hicimos unas ECA en Montañita y Paujil. De algún modo, estas ECA fueron un reto, ya que debíamos crear actividades acordes con los

conocimientos de los asociados y utilizar métodos de enseñanza que generaran una buena recepción, así que junto con mis compañeras ideamos actividades de relajación, de reflexión, de dibujo y música, lo que les generó una buena disposición para adquirir la información. Mi caso no fue tan sencillo porque debía hablarles de identidad de marca, de la importancia de descubrir las cualidades y distinciones en una marca, de globalización, de diseño y otras cosas nuevas; pero poco a poco fuimos mejorando. Realizamos tres ECA, una por mes, y definitivamente hubo un avance en cada una de ellas.

Mientras tanto, en la convivencia con Aidy y Diana estaban surgiendo ciertos roces por un malentendido con Jesús. Inicialmente, había existido una empatía entre él y Aidy, gracias a que mantenían largas charlas durante los momentos de esparcimiento, por lo cual ya habían creado una relación de confianza. Sin embargo, cuando empecé a hacer visitas a las fincas, tuve la oportunidad de interactuar más con él y crear una relación, de la cual Aidy supo en el bazar. Pasado el bazar discutimos del tema de mi comportamiento, la deslealtad de género que se había dado, la falta de confianza y comunicación que yo había tenido al hacer esto y claramente el papel de este joven, que no había tenido el carácter para enfrentar esta situación de forma diplomática. Esta situación me enseñó bastante de convivencia y más aún de actuar de manera transparente y sin miedos, para evitar conflictos o aprender a enfrentarlos directamente. Como dicen, “mejor colorado una vez que pálido toda una vida”.

Sin embargo, las cosas no quedaron del todo mal para Aidy, ya que uno de nuestros compañeros, Diego, un ingeniero agrícola de Palmira, comenzó una relación intensa con ella. Y lo cierto es que conocer nuevos paisajes y lugares, y aprender de otra fauna y otra flora, es algo que te alimenta, te enriquece y hasta te cambia; pero lo más valioso y lo que te ata y perdura para siempre no es tanto el lugar, sino su gente y su forma de querer. En cuanto a mí, continué la relación con Jesús y aún seguimos juntos, aprendiendo el uno del otro y de nuestras diferencias. Es posible que esto termine, ya sea por las distancias u otra

cosa, pero me queda la mejor experiencia de vida con él y la gente de Maguaré. Sé que tengo mucho que aprender del campo, de sus raíces, de estos hombres y mujeres misteriosos que me demuestran las múltiples y diversas realidades de la vida y de Colombia.

Esta experiencia no solo fue profesional, sino que me sirvió para educarme de una manera íntegra, ponerme en ciertas situaciones que prueban el carácter o donde por lo menos debes tomar decisiones que lo cambian todo. Más allá de estar o no preparado para lo que venga, es imprescindible dar lo mejor de uno sin atarse a los resultados, sino creer de verdad en la vida y sus fuerzas cósmicas.

Al final, cada uno de mis compañeros entregó un resultado acorde con su carrera. Yo dejé un documental cuyo fin era el de dar identidad a la región; diseñé el nuevo logo del comité cauchero y su sitio web. Cada uno aprovechó y aportó, y en definitiva dejamos un trabajo hecho con amor y con las uñas. Al irnos, sin embargo, no dejamos solo un granito de arena, sino un pedazo de nuestro corazón. Por lo menos yo, al dejar el territorio y despedirme de cada uno de los niños cariñosos, de doña Gladys, doña Consuelo, don Plinium, don Natanael, doña Luz, Jesús, don Gilberto y otros, me quedó un vacío enorme.

Cuando llegamos, muchos lo asumimos como una forma de nacer de nuevo, de ser otra persona y crear nuevas cosas de sí mismo. Entonces, de alguna manera también murió una parte de nosotros al dejar el territorio: murieron esos segundos que no se repiten, esa sensación de familia, el amor, el calor humano, la sensación de juventud y de berraquera que nos llevó a ese lugar.



Atreverse es vivir

Nhasly Johanna Aroca

Estudiante de Ingeniería Ambiental

Desperté a las 5:15 de la mañana del domingo primero de mayo. Estaba entusiasmada, porque iría a conocer un municipio llamado San Pablo en el departamento de Nariño. Nuestro tutor, Víctor Pantoja, nos invitó a Alejandra (una economista cartagenera, que fue mi compañera de trabajo y con quien pasé todo el tiempo) y a mí al Santuario de la Virgen de la Playa en conmemoración del año de la misericordia.

Mientras esperábamos a Víctor en el Empate, el lugar de encuentro, desayunamos en una de las innumerables tiendas del lugar. Escogimos una que tenía un aspecto sombrío, incluso se veían algunas moscas en varias mesas; pero la cortesía de la dueña del sitio nos conquistó. Pedimos un café y un pan relleno de un queso característico de la región, que tiene una textura suave y un sabor delicioso. Aproveché el rato para llamar a mi papá, como era costumbre. Hablábamos por lo menos tres veces al día. Luego de varias frases cotidianas, me dijo: “el perrito murió”. Nunca había llamado “perrito” a Duki y me sorprendió lo que dijo, tanto que creí que no era cierto. Desconcertada, llamé a mis dos hermanas con el fin de confirmar lo que aún no podía creer. Ninguna contestó, y tuve que volver a llamar a mi papá, quien me explico con detalles lo que había sucedido la noche anterior.

Una tela de agua cubría mis ojos, un nudo en la garganta no me permitía hablar y solo podía pensar en Duki, a quien recordaba en su semblante siempre tan noble y moviendo su colita cuando yo llegaba a la casa o cuando quería salir a pasear. Nunca he podido comprender cómo en momentos de desdicha y nostalgia revivimos fragmentos de momentos alegres y vivaces que sabemos que no volverán. Cuando colgué comencé a desahogarme con mi amiga. Al cabo de unos minutos, la dueña del establecimiento se me acercó mientras limpiaba el piso con hipoclorito de sodio y un detergente con olor a lavanda y, sin saber el porqué de mi tristeza, me dijo: “Todos los problemas tienen solución”.

Poco tiempo después subimos al bus y lentamente comencé a animarme. El paisaje hermoso y tranquilo del santuario me hizo aceptar la situación y

pensar que todo es un proceso y que lo transitorio es parte de la vida. Aun no sé si fue mejor o peor no estar en el momento en que Duki murió, pero sí sé que el tiempo que pasé en San José de Albán, particularmente en el programa Manos a la Paz, me enseñó el valor de la independencia, el compañerismo y el compromiso, además de que me hizo reflexionar y ser más consciente de las decisiones que tomo en la vida.

El martes siguiente regresé al trabajo habitual (allí se trabaja desde el martes hasta el sábado al mediodía), donde desempeñaba distintas funciones. Una de ellas me gustaba particularmente. Se trataba de apoyar a la Secretaria de Planeación elaborando oficios de restitución de tierras, para que las víctimas del conflicto armado puedan ser reparadas con indemnizaciones o predios.

Inicialmente se me había asignado participar en el proyecto de reactivación del centro ambiental, lo que me comprometía a crear una estrategia para poner a funcionar de nuevo tanto el microrrelleno sanitario como la parte de transformación de residuos, una apuesta demasiado grande para un municipio con tan pocos habitantes; aunque en algún momento este estuvo funcionando, tuvo que ser cerrado debido a diversas irregularidades. Sin embargo, la falta de compromiso de la empresa de servicios públicos (Empoalbán) y las diferencias de concepción del proyecto entre la alcaldesa, el asesor financiero y el gerente de Empoalbán crearon un círculo vicioso en el que no se podían armonizar las opiniones, por lo que al comienzo me limité a observar los antecedentes del centro; crear un archivo digital con todos los documentos que encontré, y realizar informes técnicos que permitieran establecer el estado actual del centro y formalizar algunas recomendaciones para su reapertura.

Mi rutina en San José de Albán no cambió mucho durante mi estada. Me despertaba habitualmente entre las 6:00 y las 6:15 de la mañana, y luego de alistarme le tocaba el turno a Alejandra. Nunca entendí por qué no se alistaba primero, pero yo estaba contenta con el arreglo y no lo cambié. Al principio, en el baño de la habitación que compartíamos había una ducha con agua caliente,

pero la dicha nos duró solo tres días porque se dañó. De ahí en adelante, el agua salía helada, y sufrí en las mañanas frías, particularmente cuando tenía que lavarme el pelo.

Después de estar listas y desayunar, salíamos a la Alcaldía Municipal, que quedaba a tan solo dos cuadras subiendo por una pendiente pronunciada. La alcaldía, un edificio antiguo de color curuba, tiene dos pisos y ocupa menos de la mitad de una manzana. Adentro tiene cubículos que separan las dieciocho dependencias del segundo piso y un auditorio más bien pequeño, equipado con sillas plásticas rojas, varias de ellas rotas.

A mi compañera y a mí nos asignaron un cubículo con dos escritorios: uno grande y uno pequeño. Al principio, Aleja tenía el grande, pero luego de un tiempo cambiamos, pues la secretaria de planeación, Mónica Salcedo, me solicitó revisar el Esquema de Ordenamiento Territorial, que comprendía alrededor de diez carpetas y adicionalmente una carpeta de mapas del tamaño de una mesa plástica cuadrada. El cubículo también tenía dos sillas, una con almohadillas y la otra de plástico rojo. La ventana estaba cubierta con un cartel que promocionaba el programa del adulto mayor y, además, cumplía la función de protegernos del sol.

Generalmente llegábamos a la alcaldía a las ocho de la mañana, aunque las puertas se abrían media hora antes, y nos dirigíamos a nuestro cubículo a trabajar. A las diez pasaba la señora Florencia, haciendo chanzas y ofreciendo tinto o aromática. Al mediodía regresábamos a la casa a preparar el almuerzo. A menudo hacíamos arroz o pasta, papas fritas o tajadas de plátano amarillo y huevos, salchichas o queso. Nuestra dieta era algo escasa de proteínas como la carne, el pollo o el pescado, pues estos alimentos son costosos en Albán. Después de almorzar podíamos tomar una siesta o relajarnos un rato, pues teníamos dos horas de almuerzo. En Bogotá, la situación es diferente; en un trabajo regular solo se tiene una hora para almorzar, por lo cual es imposible regresar a casa.

Al finalizar la jornada de trabajo a las cinco de la tarde, regresábamos a la casa, aunque algunas veces —muy pocas, de hecho— hacíamos ejercicio en un lugar al que llaman “el estadio”, ubicado en la vereda San Luis, a unos quince o veinte minutos caminando. El estadio en realidad era una cancha de fútbol deteriorada, con el césped sin podar y gradas en el lado oriental. Al occidente, los árboles cubrían una maravillosa vista de montañas al otro lado del abismo, mientras que en el sur del estadio había unas cinco casas separadas de la cancha por una malla metálica. Para entrar al estadio se debía salir de la vía principal y pasar un pastizal, en el que casi siempre había unas vacas paciendo. Luego de darle varias vueltas a la cancha, por lo menos unas seis, regresábamos a casa. En el camino de regreso escuchábamos música o buscábamos frutas en los árboles. Pasar todo el tiempo con Aleja era muy agradable, pues a todo le sacábamos el lado divertido; no había día en que no nos riéramos.

Estando ya en casa, preparábamos la cena y estudiábamos inglés, pues nos propusimos aprender dos verbos diarios. Escuchábamos música y veíamos la tele, aunque esto último no era tan agradable, porque solo salía un canal amarillista y constantemente presumía en su programación. Para contrarrestar esto, a veces descargábamos películas o documentales, puesto que en la alcaldía teníamos internet, y los veíamos en su mayoría durante los fines de semana.

Todo lo hacíamos Aleja y yo, pues no conocíamos a casi nadie. Había una chica en particular que trabajaba en un punto de Vive Digital, un lugar donde las personas podían tener acceso a internet gratuito. Pasó mucho tiempo antes de que supiéramos que se llamaba Daniela. Era una persona algo rara; tenía una obsesión por los temas de miedo, contaba historias aterradoras y, aun así, nada la asustaba. Cada vez que hablábamos con ella tenía algo nuevo que contar, siempre hechos que a cualquiera no le pasan. A pesar de sus ocurrencias, siempre nos hacía reír.

Durante los meses que vivimos en Albán nos hospedamos en la casa de los señores Narvárez, personas amables y serviciales. Su casa estaba compuesta

por dos plantas: en el piso de arriba vivían ellos, y abajo, Alejandra y yo, en una habitación ocupada por dos camas dobles, un pequeño televisor sobre una gran mesa de madera y un baño en el fondo. En este piso quedaba el área de procesamiento del café que ellos mismos cultivaban. Frente al lavadero se encontraba un pequeño cuarto en donde se trillaba y tostaba el café. La primera habitación que se observaba apenas se llegaba a este piso era la nuestra, al frente se encontraba un baño y a su lado izquierdo, una habitación disponible para ser arrendada. Seguido estaba el cuarto de molienda del café y, por último, se podían observar dos habitaciones que estaban en construcción y la cocina.

El lado occidental de la casa proveía una maravillosa vista todo el día. Podíamos ver el cultivo de café, algunos árboles de naranja, mandarina, limón, guayaba, guanábana, guamo y chirimoya, que estaban en una pendiente inclinada, y en el fondo del paisaje se veían las montañas cubiertas por la niebla en las mañanas y el resplandor del sol hacia el mediodía.

El florecimiento de una decisión

Antes de conocer este paisaje me encontraba en mi ciudad de origen, Bogotá, recibiendo capacitación durante dos días por parte del Programa de las Naciones Unidas para el Desarrollo (PNUD), para realizar una pasantía de cuatro meses en alguna ciudad o municipio del país que haya sufrido los efectos adversos del conflicto armado. En el destino asignado, San José de Albán, Nariño, yo debía trabajar en el área de Alianzas Territoriales para la paz con el proyecto de reactivación del centro ambiental.

Así, el lunes 14 de marzo fue el día en que los participantes asignados al departamento de Nariño debíamos desplazarnos al territorio. No obstante, yo aún no lo sabía y tampoco tenía mi tiquete de avión. Mi compañera Alejandra —a quien conocí en ese momento— me escribió para recordarme que ese día viajábamos. Llamé de inmediato a la oficina del PNUD, reconocieron que había

un error con ello y enviaron a mi correo el pasaje de avión para las tres de la tarde. Eran las nueve de la mañana cuando recibí el tiquete; me encontraba en la universidad, no había alistado la maleta y el recorrido era de hora y media para llegar hasta mi casa. Después de la travesía en Transmilenio (un transporte que para muchos es caótico) y de haber alistado mis cosas, mi papá me acompañó al aeropuerto y estuvo conmigo hasta que entré a la sala de espera. Aunque ya estaba lista para viajar, fue muy triste no poder despedirme personalmente de la mayoría de mis familiares ni de mis hermanas Dany y María.

En la sala de espera, conocí personalmente a Alejandra y a varios compañeros, personas de diferentes lugares, edades, razas y costumbres reunidas por una sola causa: fortalecer institucionalmente zonas vulnerables y amenazadas por la violencia. Con ellos estuve dos semanas en la ciudad de Pasto, durante las cuales visitamos distintos sitios turísticos y realizamos actividades que nos distrajeran en los momentos libres.

Llegó el día de traslado al municipio en donde debía desempeñar mis funciones. Aleja y yo sentimos mareo y náuseas en el trayecto entre Pasto y Albán, dado que el camino es muy “quebrado”, como llaman los habitantes de la región a vías con curvas muy pronunciadas, así que tuvimos que bajarnos del auto y caminar por un rato. Estábamos en esas cuando encontramos un pajarito que estaba en la mitad de la vía; aún era muy pequeño, al parecer tenía pocas horas de nacido. El profe Víctor lo apartó y lo puso en un lugar seguro. Con una enorme audacia, el pajarito intentaba agitar sus pequeñas alas para emprender vuelo, con poco éxito; y sin embargo no se rendía. Creo que ese pequeño suceso fue una de las primeras lecciones importantes: no hace falta ser un experto ni tener una edad determinada para afrontar la vida; con un poco de valentía y disposición se puede lograr lo que se proponga.

La impresión al llegar al municipio fue sorprendente. Nunca lo imaginé así, esperaba encontrarme con un lugar de poco comercio y con estructuras muy antiguas, pero no fue así; de hecho, fue todo lo contrario. Las aterradoras

imágenes que se veían en internet eran devastadoras, se evidenciaba la tristeza y el olvido en ellas, pero muchas cosas habían cambiado. Luego de unos días y de acostumbrarme a la rutina, comprobé que era un lugar muy tranquilo. Toda la violencia generada por el conflicto armado de grupos militares en la zona había desaparecido y, aunque se veían accidentes de tránsito por el inadecuado uso de las motocicletas, no existía el terror que en algún momento se vivió.

En la alcaldía se vivía un ambiente de trabajo agradable. Los funcionarios nos vinculaban a distintas actividades en las que podíamos integrarnos, participar y ayudarlos con el desarrollo de diferentes funciones. A nivel general, la población albanita es muy amable y servicial. De hecho, los señores Narváez fueron muy atentos e intentaron generar un ambiente de confianza y asistencia; procuraron mantener las mayores comodidades posibles para nosotras, lo cual no solo se vio reflejado en casa, sino en los diferentes escenarios de colaboración a la comunidad en los que participé. En ningún otro lugar conocí personas tan generosas. La mansedumbre y la ecuanimidad son unas de las mayores cualidades que poseen los nariñenses.

Las virtudes del municipio y en general del departamento son inmensas; no terminaría nunca de describirlas. Por ello, quiero destacar que la seguridad es un factor importante en cualquier lugar; particularmente aquí se siente un ambiente de tranquilidad y paz, pese a que en un momento determinado el municipio se vio vulnerado por el conflicto. Es imposible comparar este panorama con mi lugar de procedencia; el equilibrio que existe entre la calma, la serenidad y la confianza es inigualable. El ambiente de bienestar que viví en Albán fue tan placentero que regresar a Bogotá supuso un cambio brusco en esta forma de vida, ya que aquí se puede ver el inconformismo, la inseguridad, la intranquilidad, la contaminación y el desasosiego que en general desequilibran el entorno.

A pesar de las grandiosas cualidades paisajísticas de Albán, el entretenimiento era limitado. La mayoría de las tiendas ubicadas en el centro cerraban por tardar a las seis de la tarde y más allá de esa hora no se veía mucha gente en

las calles. Los viernes y los sábados eran más recreativos porque las discotecas, por lo menos unas siete ubicadas alrededor de la plaza principal, animaban un poco el ambiente. Las discotecas solían poner en sus repertorios musicales las llamadas cumbias sureñas (una fusión entre la música andina y el tecno, ejecutada en su mayoría por artistas peruanos y ecuatorianos), las tecnocumbias (música proveniente originalmente de México) y la bachata. Eran ritmos repetitivos que se escuchaban en todo lado y a toda hora. Al principio era molesto escuchar esa música, pero somos seres de costumbres y poco a poco comenzamos a tolerarla.

Aunque teníamos trabajo y nos habíamos vuelto amigas, hubo días en los que Alejandra y yo nos aburríamos bastante, en particular los fines de semana. Decidimos distraernos preparando diversas recetas, ensayando tratamientos para el pelo o la piel, o visitando los cultivos de nuestros caseros para recolectar frutas.

Hubo un día en particular en el que Aleja y yo decidimos caminar hasta un municipio cercano llamado San Bernardo. Por comentarios de la gente supimos que el trayecto era alrededor de media hora de camino a pie. Pero mientras más caminábamos, bajo un sol demencial y trayectos empedrados, menos sentíamos que íbamos a llegar. En el camino hablamos, cantamos y tomamos algunas fotografías, mientras los carros, camiones y motos pasaban a nuestro lado, porque no había andenes por donde transitar. Después de un trayecto de hora y quince minutos, nos encontramos con una pendiente de por lo menos treinta grados. A lo lejos, a poco menos de un kilómetro de distancia, se divisaba una iglesia amarilla: al parecer ya estábamos en la entrada del municipio.

En una esquina había una tienda dotada con muy pocos víveres, pero señalaba que vendía paletas de agua. Compramos dos de sabor a fresa y vimos que se acercaba un motocarro (un transporte público pequeño, en el que cabían por lo menos tres pasajeros y que llegaba a veredas y municipios). No pensamos mucho y lo tomamos. Fue muy graciosa la hazaña. No llegamos ni a la entrada del pueblo y ya nos estábamos regresando. Fue más el cansancio que las ganas de conocer un lugar nuevo. Para excusarnos, culpamos lo tarde

que era (alrededor de seis de la tarde) y la angustia que nos producía buscar en qué devolvernos si se hacía más de noche. Al final, todo el esfuerzo de caminar fue en vano, pero por lo menos fue divertido.

Diez días después de que Duki falleciera, se realizó en Pasto el Encuentro Regional de Pasantes ubicados en Nariño y Putumayo. Allí realizamos un taller con el fin de compartir nuestras expectativas acerca del programa e identificar si estas mismas habían cambiado en el transcurso de los primeros dos meses de pasantía. En cuanto a mí, las expectativas que tenía al inicio del programa eran altas y en ese momento fueron mayores, puesto que se me asignaron nuevas tareas que quizás no tenían relación directa con mi profesión (ingeniería ambiental), pero enriquecerían mi conocimiento.

Por ejemplo, se nos asignó a Alejandra y a mí la elaboración de un Plan de Seguridad y Convivencia Ciudadana (PISCC) para el municipio de Albán. Este documento tenía como objetivo garantizar la seguridad y convivencia de la población albanita, de su vida, integridad, libertad y patrimonio económico, mediante la implementación de estrategias, programas y proyectos orientados a prevenir, reducir y sancionar el delito y fomentar la construcción de paz. Aunque la elaboración del PISCC se presentaba como una tarea ardua, tenía amplias expectativas de aprender y generar un buen documento.

En el encuentro también hubo tiempo para divertirnos. La directora regional, Luisa Cremonese, preparó una comida especial. Allí se compartieron algunas experiencias de otros compañeros, con el fin de fortalecer conocimientos y capacidades para aplicarlas en el desarrollo de los proyectos establecidos en el plan de trabajo con los tutores.

Ya de regreso al municipio, Alejandra y yo adelantamos gran parte del documento base del PISCC. Días después se organizó un equipo formulador con diferentes funcionarios de la alcaldía, como la inspectora de seguridad, la comisaria de familia, el secretario de gobierno, la secretaria de planeación, la teniente de policía y el coordinador de cultura, recreación y deportes, con el fin

de suministrar la información necesaria tanto de casos de violencia como de los planes, programas y proyectos que se llevaban a cabo para mitigar estos casos. Después de varias semanas de trabajo, Aleja y yo entregamos la propuesta concreta y casi final del PISCC. Cuando el tiempo de la pasantía estaba por culminar, habíamos avanzado bastante en la elaboración del plan. Faltaron muy pocos aspectos por completar, por lo cual estábamos felices de haber podido formular una estrategia para reducir la brecha entre las diversas problemáticas de seguridad que aquejan al municipio.

El 30 de junio empezó la Feria del Café en el municipio. Aleja y yo hacíamos un conteo regresivo de los días, puesto que tan solo faltaban seis para regresar a nuestra ciudad de origen. Durante los cuatro días que duró la feria, colaboramos tanto en los preparativos previos a la inauguración como en las actividades de organización. Dibujamos carteles para mostrarlos en una caminata; letreros indicativos con nombres de plantas nativas para colocarlos en un sendero ecológico; decoramos salones de conferencias, y hasta acompañamos a los turistas a los hospedajes del municipio.

A partir del segundo día de feria nos dedicamos a disfrutar de las maravillas que poseía el municipio y que jamás habíamos visto. Visitamos un lugar muy antiguo llamado La Hacienda, que escondía historias tanto tenebrosas como de identidad cultural. El lugar consistía en una mansión de dos pisos, una piscina, una gran zona de juegos con columpios y subeibajas, árboles frutales y algunos animales. La Hacienda estaba disponible para la visita al público todo el tiempo, y ahora pienso que fue una lástima no haberla conocido antes, porque era un lugar muy tranquilo y armonioso donde se podía pasar un hermoso día de relajación. También conocimos el “trapiche”, la zona panelera del municipio, ubicado en una vereda a unos 35 minutos del casco urbano. Allí se fabricaba la panela más deliciosa que he probado y, además de ello, se producía el café de mayor calidad de Albán. En la madrugada del lunes 4 de julio, el día que terminó la feria, aún se estaban presentando algunos artistas sobre el escenario.

Al día siguiente, un martes, los funcionarios de la alcaldía tuvieron un gran detalle con nosotras: nos prepararon un desayuno y nos dieron un detalle como agradecimiento. Ese momento fue muy especial porque tenía sentimientos encontrados. Por un lado, sentía tristeza por dejar ese bello municipio y, por otro, felicidad porque volvería a ver a mi familia. Agradecemos el constante apoyo de todos y así regresamos a la ciudad de Pasto, para posteriormente tomar un vuelo a Bogotá.

En los cuatro meses que trascurrieron estando fuera de mi casa, aprendí a conocerme como persona, a ser mucho más sensible, más atenta, más abierta a escuchar a los demás. También encontré algo en mí, algo que me permitió comprender que el hecho no es solo ir a apoyar al fortalecimiento institucional y ayudar a la comunidad, es saber cómo hacerlo para que las personas se sientan a gusto con mi apoyo. También confirmé que el hecho de tener un estudio no me hace más que nadie; la humildad es un valor que siempre he practicado, pero que en Albán multipliqué y fortalecí.

Para mí fue muy importante poder apoyar a la administración municipal por medio de estrategias con fines de paz. Fue gratificante ver que la población albanita tiene una luz de esperanza que le brinda la seguridad, y que gracias a esto puede progresar en el desarrollo de su territorio y ver crecer a sus hijos en un ambiente alejado del conflicto armado y de todas las formas de violencia.

Es triste que la pasantía haya culminado, porque me hubiera gustado continuar participando en proyectos que beneficiaran a la población albanita. Esa oportunidad fue lo mejor que pudo suceder en mis pocos años de vida. El solo hecho de conocer otras culturas, costumbres y tradiciones es gratificante, y haber podido colaborar en la consolidación de un proceso de paz y reconciliación fue importante para fortalecerme tanto personal como profesionalmente. Cumplí con las expectativas que tenía en un principio. Quizás de forma distinta, pero las cumplí.



Momentos mágicos

Laura Lorena Merchán

Estudiante del Departamento de Estudios Musicales

Después del primer encuentro con el maestro Carlos, lo más tedioso fue organizar el horario de trabajo. Aunque él conocía mi hoja de vida y mi trayectoria como artista, aún no estaba totalmente convencido del posible trabajo que yo haría.

Decidí abrir camino por mi parte, así que le pregunté si era posible que yo participara como oyente en los ensayos que él tenía con los niños del coro del liceo. Él, con cara dudosa, me dijo que sí y me dio las indicaciones para llegar al lugar. En efecto, en los primeros ensayos solo me dejó oír y observar cómo se trabajaba con los niños. Tomé nota de cada uno de los detalles del ensayo, desde la hora de inicio, el calentamiento corporal y vocal, el repertorio, hasta la recogida de las sillas cuando se terminaba el ensayo.

Luego empezamos a hacer visitas a las diferentes sedes de la Red de Escuelas de Música de Pasto. Ya estaba mentalizada para llegar a sentarme y evaluar el trabajo de los profesores de la red observándolos y escuchándolos, lo cual me entristecía un poco, pues yo quería ir a la práctica con los niños, pero era de entenderse: cómo alguien que llega de la nada podría venir a trabajar en un proceso que desconoce.

Las visitas las hacíamos en el carro del maestro. Nos encontrábamos en un lugar central para luego llegar al ensayo. Un día, de camino al lugar de ensayo, el maestro me bombardeó con preguntas sobre mi carrera, mis profesores, mi experiencia pedagógica, y dentro de mí pensaba que tanta indagación tendría un propósito, pero yo no sabía cuál, porque al fin y al cabo él no me dejaba trabajar directamente con los niños.

Llegamos al lugar, ayudé a bajar la guitarra y las partituras, organizamos el salón y recibimos a los niños. Cuando yo me encontraba sacando las partituras de la maleta, el maestro se acercó para decirme “¿Laura, te animas a hacer un calentamiento para los niños?”. En ese momento sentí como un iceberg que se adhería a mi piel congelando hasta mis ideas; y en cuestión de segundos me pasaron muchos pensamientos por la cabeza. ¿Un calentamiento?

Pero cómo, pero qué hago, pero cuántos niños son... Empecé a recordar los ejercicios que hacía de niña cuando cantaba en coros; hay una canción que es la que más tengo presente porque iba con movimientos y con la cual la maestra nos enseñaba la escala mayor. Cuando termine de cantar esa canción, qué voy a hacer... Pues iré improvisando tomando recursos de lo que he hecho y lo que he estudiado. ¿Y si le digo al maestro que mejor no hago el calentamiento, que lo hago otro día...? Perderé la oportunidad de mostrar cómo trabajo y lo que sé hacer. Y si le digo que sí, pero lo hago mal, no volverá a llevarme a las visitas de las sedes. Mi mente gritaba cada vez más desesperada por tomar una decisión.

Entonces, mientras miraba al maestro a los ojos, le dije con una voz amable: “Claro, maestro, claro que sí hago el calentamiento”. Mientras caminaba hacia el piano me fui quitando la chaqueta y empecé a maquinara lo que iba a decir.

—Buenas tardes... Mi nombre es Laura. Por favor nos quitamos las maletas y las chaquetas, la clase ya empezó.

Cada uno de los cincuenta niños fue capturado con lo primero que dije, y fue así como empezó esta travesía. Realizamos ejercicios de estiramiento, de sensibilidad corporal, de escuchar al otro con los sonidos de la voz y explorar los diferentes registros vocales cantando ejercicios chéveres o a veces chistosos para los niños, pero lo más importante: con los que aprendieran.

Fue todo un éxito. Los profesores que presenciaban el ensayo tomaron videos para seguir las ideas de lo que yo había trabajado y el maestro se convenció de que yo podía lograr resultados con los niños, empezando por la disciplina. Al salir, el maestro me invitó a tomar un café y a probar la gastronomía pastusa. Esa vez probé los quimbolitos, una especie de masa de harina de maíz con uvas pasas, muy parecidos, si no iguales, al envuelto boyacense. En ese momento empecé a darme cuenta de las tantas similitudes entre Pasto y Boyacá. Fue un momento muy agradable para compartir, cultural y profesionalmente.

A partir de ese día, las cosas empezaron a cambiar, y las visitas programadas para cada una de las sedes debían ser planeadas para trabajar con los niños. Comencé a escribir en mi libreta cada uno de los ejercicios que desarrollaría. También hice llamadas a mis maestros para que me recordaran cositas que me podrían servir para hacer un trabajo mejor. Los resultados se iban viendo en la medida que realizábamos las visitas, y se nos convirtió en una sana costumbre salir de los ensayos a tomar cafecito con algún manjar pastuso. Fue así como conocí casi todas las cafeterías de Pasto y probé los hornados, las empanadas pastusas, lapingachos, helado de paila, la juanesca, choclo, ají de maní y, por supuesto, los famosos hervidos.

Una de las visitas que más me llamó la atención, y aparte puso al límite mi paciencia, mis conocimientos en técnica vocal y dirección coral, entre otras cosas más, fue la visita a las sedes de Cabrera y San Fernando, que estaban localizadas en la periferia de la ciudad de Pasto y, por tanto, eran zonas rurales. Uno pensaría que enseñar o trabajar con los niños de la ciudad y los del campo es igual, pero no fue así: me choqué con una realidad que no conocía y experimenté algo que nunca había vivido, sin contar con las herramientas suficientes para salir adelante. Cuando salí de ese ensayo me cuestioné muchas cosas, entre ellas la forma como yo había aprendido a hacer música. Las pedagogías musicales no eran suficientes para afrontar ese contexto demográfico colombiano, teniendo en cuenta que muchos de esos niños han sido víctimas de la violencia y del conflicto armado.

Llegué triste a mi casa y durante el resto del día reflexioné al respecto. No llegué a ninguna conclusión en ese momento, pero al menos me quedé pensando en cómo prepararía la segunda sesión con esos niños para poder enseñarles música. También tuvimos una charla al respecto con el maestro, quien me dio sus puntos de vista: falta presupuesto para garantizar cosas mínimas como el espacio adecuado para el desarrollo de una clase de música; no hay instrumentos para trabajar como apoyo, y en muchas de estas sedes

los profesores trabajan con las uñas, pues a veces deben llevar sus propios instrumentos a las clases. En ese momento aprendí que no solo es importante ser buen músico, sino también estar empapado de todo lo que esté relacionado con política y gestión de recursos para llevar conocimientos musicales a los diferentes territorios, porque puedo imaginar que esto no solo pasa en el departamento de Nariño. Esta reflexión me llevó a pensar en la situación de mi departamento, Boyacá, pues aunque ha habido formas de patrocinar y mostrarles a las nuevas generaciones otras alternativas de vida, no han sido lo suficientemente sólidas.

Durante los siguientes meses me dediqué a participar en las reuniones de los miércoles en la Red, para discutir sobre la elaboración de insumos didácticos para la enseñanza eficaz y efectiva de la música en los niños. Fue muy enriquecedor escuchar las ideas nuevas que tenía el equipo de trabajo y cómo muestran interés en aportar algo desde lo que hacemos en la búsqueda de un futuro mejor para nosotros y las generaciones venideras. De esas reuniones surgió una lotería musical y juegos con las baldosas del piso, en donde los niños interactuaban entre sí para aprender conceptos musicales y apropiarlos en la práctica musical.

El día del gran concierto se acercaba y todos estábamos muy entusiasmados, pero también un tanto preocupados porque en esos días hubo un paro de transporte que nos afectó directamente porque los niños que vivían en la periferia de Pasto no pudieron llegar al ensayo general ni a la presentación. Aun así, hubo una buena cantidad de niños que llegaron al único ensayo que teníamos.

El ensayo era a las tres de la tarde y yo llegué diez minutos tarde. Fue terrible porque ya todos los niños estaban en el salón de ensayo, pero desordenados. Al verme, el maestro me dijo: “Laura, me ayudas a organizarlos”. No había micrófono para dar indicaciones y fue un poco dispendioso organizarlos, lo que me llevó a pensar que todos estos eventos deberían tener un buen equipo de logística; por variar, quien enseña música también debe ser administrador,

utilero, gestor, cuidador, etc. Qué dura fue esa jornada de trabajo. Pero la gran satisfacción fue ver a todos los niños cantando en una sola voz, cantos de amor, esperanza y paz para nuestro país.

Se llegó el día esperado, el gran concierto, 12 de junio. Para empezar, la mamá del maestro Carlos me invitó a su casa a almorzar, para probar uno de los platos más representativos de Pasto: la *juanesca*, otra delicia pastusa. Yo estaba muy emocionada y feliz de poder compartir con una familia tan bonita y musical. La idea era estar presente en el momento de la preparación y ayudar a picar o alistar los ingredientes. Cuando salí rumbo a la casa de Martica, las calles estaban vacías. No había taxis porque no tenían gasolina por el paro, y la gente hacía filas enormes para poder tanquear al menos un galón de gasolina. Tuve que subirme en un mototaxi; aunque en muchas capacitaciones de seguridad personal nos enfatizaban el riesgo que corríamos al tomar este tipo de transporte, no tuve más opción.

Al llegar, me recibieron con un abrazo y un delicioso desayuno. Luego entramos a la cocina y empezamos nuestras labores. Tuvimos una conversación muy amena mientras preparábamos la *juanesca*.

La *juanesca* es una sopa muy nutritiva que se prepara para los viernes de Semana Santa, es decir que es un plato especial; pero, como me dijo Martica, “tu visita es especial, así que merece que hagamos *juanesca*”. Esta sopa también es muy tradicional en Ecuador, solo que allá la llaman *fanesca* y no lleva tantos granos como la pastusa. Cuando el plato quedó listo, ayudé a organizar la mesa para que todos nos sentáramos a compartir ese delicioso plato. Luego de almorzar, el maestro, su hija Sofi y yo nos fuimos para el concierto. Los demás llegarían después; nosotros necesitábamos llegar a organizar a los niños y hacer un último ensayo.

Al llegar ya estaban casi todos los niños y algunos padres. Les pedimos que se organizaran y empezamos el calentamiento, del cual yo estaba encargada. Esta vez el reto era más grande, pues tenía a mi cargo alrededor de

quinientos niños, y eso restando a los que no pudieron viajar por aquello del paro. Nuevamente me sentía asustada y no sabía qué ni cómo hacer, pero en esos momentos es cuando sale a flote la poca o mucha experiencia que se tiene. Aunque tuve que cambiar algunos ejercicios vocales porque los niños no se sintieron cómodos con los papás mirándolos, estuvieron muy receptivos y acataron las indicaciones, lo cual facilitó el ensayo y todo fluyó mejor de lo que esperábamos.

Cada una de las sedes se presentaba primero por separado, mostrando el repertorio individual que había preparado, y al final todos en el mismo escenario nos organizábamos para cantar las obras en común, las que habíamos ensayado. Cabe anotar que éramos tantos que casi no cabíamos en el escenario.

Cuando terminamos, los niños fueron ovacionados con aplausos y sus padres, con cara de orgullo, los felicitaban. Entonces pidieron un bis y el maestro aceptó complacido. Fue un momento mágico.



Música para unir

Julián Castro

Docente de música

La rutina bogotana y el otoño porteño

Como todos los lunes, luego de revisar mi correo electrónico y dejar lista la programación de mis clases, reuniones y otros compromisos para la semana, me levanto de mi escritorio en busca de algo para comer. Es media mañana y los sonidos de un estudiante practicando violín retumban en el edificio de la Maestría en Estudios Musicales de la Universidad Central, donde queda mi oficina. Con el tiempo, las escalas, arpegios y fragmentos de piezas musicales, a veces bien tocadas, a veces no tanto, se han convertido en el sonido de fondo de mi día a día.

A mi regreso me doy cuenta de que había dejado el correo electrónico abierto y encuentro un mensaje del director del Departamento de Estudios Musicales en el que me pide colaboración con un proyecto llamado Manos a la Paz. De inmediato viene a mi memoria un viejo mensaje de Meagan Hughes, de la oficina de comunicaciones de Músicos sin Fronteras, en donde respondía a mi solicitud de integrarme como voluntario en su organización:

Nos encantaría saber del trabajo que estás realizando como músico en Colombia. De momento no tenemos vacantes en nuestra organización; sin embargo, puede interesarte saber que estamos planeando un “Entrenamiento de Entrenadores” que tiene como objetivo ampliar la comunidad de músicos que trabajan para la organización. Si quieres, puedes enviarnos tu CV para futuras oportunidades [...].

Ese mensaje fue hace ya dos años. Me pongo a pensar que de ese impulso que sentí al solicitar ser incluido en Músicos sin Fronteras poco se ha materializado más allá de algunos escritos de difusión sobre su labor de utilizar la música como medio para la reconstrucción del tejido social, la música para “unir a las personas”. Ya pasaron también cinco años desde que estrené *Colombia Opus*

Candens, mi primer intento por expresar en una obra musical aquel sentimiento de esperanza frente a la posibilidad de reconstruir un país que ha sufrido con una guerra que poco entiendo y que pocos dimensionan; una guerra con la que aprendimos a convivir, pero de la que estamos cansados.

Así pues, leo una noticia de la Universidad Central en la que se menciona que Manos a la Paz es un programa de pasantías y que, de parte de la Universidad, hay dieciséis jóvenes de Economía, Ingeniería Ambiental, Publicidad y Estudios Musicales. “¿Y a cuál de los pelaos se le habrá ocurrido meterse en eso?”, me pregunto mientras visito el sitio web del PNUD y me entero de qué se trata este proyecto.

Al terminar de leer lo que puedo sobre Manos a la Paz, la emoción es tan grande que caigo en cuenta de que solo he leído la primera línea del correo del director del departamento: “Acabo de salir de una reunión con el vicerrector académico y quisiera compartir con usted y con Diego algunos asuntos y retos de este proyecto”. De inmediato respondo el mensaje aceptando participar en Manos a la Paz y le escribo un correo a Diego Sánchez, coordinador académico del departamento, para solicitarle toda la información que me pueda suministrar sobre el proyecto. Aún no sé quién se animó a irse en el programa de pasantías.

El 4 de abril de 2016, tres días después de enterarme de Manos a la Paz, recibo un correo de Diego en el que me adjunta un resumen con las características principales del programa y los roles que debemos asumir los docentes y los estudiantes en él. No obstante, al leer las temáticas del programa, me surge la primera preocupación sobre lo que podría hacer la persona que participaría de parte del programa de Estudios Musicales: “¿Desarrollo sostenible y medioambiente? Mmm, no. Difícil encontrar la relación”, pienso mientras leo. “¿Desarrollo económico? Si a mí me cuesta encontrar la relación, cómo será a un estudiante”. “¿Superación de la pobreza? Sería muy interesante, pero ¿y cómo superamos la pobreza con música?”. “¿Gobernabilidad local, convivencia y reconciliación? ¡Esta es! ¡Esto es lo que yo he visto en Músicos sin Fronteras!”.

De inmediato vuelvo a internet y busco puntualmente lo que el PNUD dice sobre este eje temático. Me encuentro con otra nota en la que se menciona que la Universidad “despidió a los unicentralistas que viajarán con Manos a la Paz”. En el encabezado de la nota veo una fotografía del grupo de jóvenes y encuentro una cara conocida. Sigo revisando la nota y confirmo mi sospecha al leer este fragmento:

“Es muy curioso que la música esté presente en este tipo de proyectos, pero desde los conocimientos que he adquirido con mis maestros y el proceso académico que he llevado, pienso que puede ser tomada como una herramienta para que aquellas personas que han sufrido por la violencia puedan tener nuevas oportunidades”, expresó Laura Merchán Cabra, estudiante de noveno semestre del programa de Estudios Musicales, quien realizará sus prácticas profesionales en Pasto, Nariño.

Bueno, al menos ya sé quién es la estudiante que está en Manos a la Paz, su nombre es Laura Merchán y ha estado en mis clases de Investigación. De inmediato recuerdo que, de hecho, ella perdió ese curso, y empiezo a recordar cómo era Laura en sus clases. Una mezcla de preocupación y terror empieza a apoderarse de mí cuando veo la fecha del artículo: 14 de marzo. ¡Esto fue hace casi un mes! ¡Esta pelada ya está en Pasto! ¿Y su proyecto? ¿Qué va a hacer allá? ¿Cómo hago para saber qué propuso?

Luego del remolino de preguntas, incertidumbres y preocupaciones que me asaltaron en ese momento, caigo en cuenta de que al menos sé quién es y tengo su correo electrónico. Es el único medio de comunicación con Laura, pero algo es mejor que nada. Así que le escribo un correo preguntándole por el proyecto. Y tan pronto como hago clic en “Enviar” siento que ya todo está resuelto. Que es solo cuestión de tiempo para enterarme de todo e iniciar el proceso como es debido.

Entre clases, reuniones y otras cosas, el ímpetu se va perdiendo en la cotidianidad. Tal vez eso pasa más seguido de lo que creemos. La rutina nos acostumbra a hacer lo que estamos habituados a hacer y esos impulsos de querer transformar, salir al mundo y generar cambios se van desvaneciendo entre lo urgente, entre la contingencia de la vida diaria. Así, el correo que me envió el director hizo que él creyera que todo estaba listo, y cuando yo le escribí a Laura creí lo mismo; Diego, el coordinador, también creyó que todo estaba en orden luego de enviarme otro correo. De este modo, todos nos olvidamos de que Laura nunca respondió ese primer correo.

Es 29 de abril y empieza mi licencia debido a un seminario doctoral que debo tomar en Buenos Aires. La agitación de los preparativos del viaje hace que casi me olvide de que hace un par de días fui invitado a una reunión de seguimiento a los estudiantes del programa Manos a la Paz. La reunión es a las tres de la tarde, y llego a la biblioteca de la Universidad a las tres y veinte. El día ha sido terrible y aún debo regresar a mi casa para terminar de alistar maleta. Mi vuelo es en seis horas.

Todo esto hace que solo hasta cuando la encargada de la unidad de proyectos estratégicos menciona el nombre de Laura Merchán me haga consciente de que no tengo idea de qué es lo que está haciendo o qué ha hecho en los dos meses que ha estado en Pasto. No tengo idea de si está bien, si su proyecto ha avanzado o si tiene siquiera un proyecto.

“El proyecto de Laura busca generar espacios de integración y participación de los jóvenes a través de proyectos de música *hip hop*, y por esta razón se va a hacer una canción alusiva a la paz”, escucho. De inmediato pienso: “¿Cómo así? Para aumentar la participación política de los jóvenes, ¿hacer una canción alusiva a la paz?”

Mi preocupación aumenta cuando otros docentes cuentan cómo se reunieron con sus estudiantes y que a pesar de que los encuentros fueron cortos o vía telefónica o por correo, al menos pudieron dar unas orientaciones iniciales

a sus dirigidos. Cuando llega mi turno de hablar sobre el proyecto de Laura, expreso con vergüenza que me estoy enterando de su proyecto y que no conozco mayor detalle de su propuesta. Finalizo mi intervención diciendo que, para futuras cohortes de estudiantes, es vital que los docentes podamos orientar a los estudiantes desde el inicio, antes de que se vayan y mientras arman su propuesta.

La reunión termina y una idea queda rondando mi cabeza: “Laura tiene una buena intención, pero no tiene ni idea de cómo llegar a lo que propuso... ¿Hacer una canción?”. Empiezo a reflexionar sobre lo limitada que puede llegar a ser la educación de los profesionales en música y lo limitada que puede llegar a ser la educación en todas las ramas del conocimiento. Nos encerramos tanto en problemas disciplinarios, relacionados con el quehacer diario de la profesión, que nos olvidamos por completo de las implicaciones que eso que hacemos tiene en otras personas. Por eso los músicos solo quieren hacer música. Pocos piensan en qué quieren decir o si quieren decir algo con esa música. Y muchos menos piensan qué terminan diciendo —con o sin intención— con su música, porque pocos reflexionan realmente sobre el impacto que tiene su quehacer musical en otros.

Lo que más me preocupa es que estamos hablando de una estudiante de Pedagogía Musical. Y me pongo a pensar en mis otros estudiantes y encuentro patrones. Todos se preocupan por ser buenos docentes, saber cómo llevar a cabo un curso de música en primaria, secundaria o en una academia musical. Saber cómo dirigir un coro. Pero ¿alguno se habrá preguntado cómo educar seres humanos a través de la música? ¿Alguno se habrá preguntado alguna vez sobre la influencia que puede tener un profesor de música en un niño o un joven? ¿Alguno se habrá preguntado por qué quiere ser profesor de música?

Mi reflexión se ve interrumpida entre filas, registros, requisas y llamados en el aeropuerto. Pero en cuanto despega el avión vuelvo sobre estas preguntas y, desde la ventanilla, mientras observo miles y miles de pequeñas luces de casas en donde viven muchos estudiantes y profesores de música, empiezo a

dimensionar el problema. ¿Cuántos de ellos se habrán hecho estas preguntas? Y no hablo de la tertulia o de conversaciones de pasillo, me refiero a discusiones argumentadas desde el valor educativo de la música, desde la reflexión sustentada sobre la importancia de acercar una experiencia musical a las personas de un país como el nuestro. De lo diferente, en términos educativos, sociales y hasta políticos, que resulta una población que tiene otra sensibilidad frente a su realidad gracias a la educación musical. De repente se apagan las luces del avión. Estoy cansado y necesito dormir.

Al día siguiente, Buenos Aires me da la bienvenida con una amplia gama de ocre que cubre las calles del barrio San Telmo, en pleno centro histórico de la ciudad. Es una tarde otoñal que me lleva a calentar agua en una pavita eléctrica que tiene el departamento que alquilé. Lo que en Bogotá debería ser un vaso de Chocolisto y un ponqué es ahora un mate y un par de facturas, mientras recibo el primer correo electrónico de Laura, al que respondo de inmediato. Le cuento que necesito conocer en detalle su propuesta cuanto antes; también, que es necesario que lo articulemos con su proceso académico de investigación, y finalmente, que pronto la visitaré bajo las indicaciones de la Universidad para poder hacer un seguimiento y un acompañamiento a su proceso particular. Luego de enviar ese correo, mi atención pasa al seminario que vine a cursar. Sin embargo, día a día es inevitable volver sobre aquellas preguntas que me hacía mientras venía hacia acá.

Falta un día para terminar el seminario y me ha llamado la atención la vasta cultura musical que tienen mis compañeros argentinos. Independientemente de que sean músicos como yo, es muy diferente la forma en la que hablan de música. Sin duda, su experiencia frente a diversas manifestaciones artísticas es diferente de la mía. Es inevitable sentirme ignorante frente a muchas de sus apreciaciones. La diferencia es evidente. Hay más escenarios, hay mayor circulación. Pero no es solo eso; esta gente no solo escucha música, habla de música, lee sobre música. Es más, iesta gente lee! Por primera vez en mucho tiempo, hablo de libros que he

leído y mi interlocutor menciona dos y tres libros que leyó en los últimos seis meses. Esto pocas veces me ha pasado en Colombia. Podría contar con una mano los compatriotas con los que me he podido sentar a discutir un buen libro y me sobrarían dedos. Son más los casos en los que una mueca de pereza ha invadido la cara de mi interlocutor cuando le digo que estoy leyendo un libro muy interesante sobre el conflicto armado o sobre fútbol. Es más: esa misma mueca invade la cara de muchos de mis estudiantes cuando les recomiendo un libro que no es obligatorio para la clase. Es un pensamiento triste.

Pero eso aquí no ocurre. En medio de conversaciones, asados, cervezas, vinos y cafés con nuevos amigos, es evidente que la sociedad argentina posee, en términos generales, una mayor exposición al arte. Me doy cuenta de que no solo es así con los que estudiaron alguna carrera de arte. Un arquitecto rosarino me recomendó varios libros de Fontanarrosa y me habló de cómo disfrutaba los conciertos de tango de una amiga suya, mientras discutíamos sobre los compositores del siglo XX, que yo había estado estudiando toda la semana. Hablé dos horas con un corredor de bienes raíces sobre libros de Wernicke, sobre la historia de los mundiales de fútbol y además sobre los buenos conciertos de *blues* y *jazz* a los que se podía ir en Capital. Como si fuera poco, uno de mis mejores amigos, que es gerente de un concesionario de automóviles, me recomendó el libro de moda en la feria de Buenos Aires. Se llama *Ágilmente*, de Estanislao Bachrach, y procedió a contarme que en su barrio, Ciudad Jardín, había iniciado la banda de rock argentino Los Piojos.

Es inevitable para mí pensar cómo esta situación influye en la idiosincrasia del argentino y cómo podría influir en la del colombiano. Vivir el arte de esta forma, sentirlo parte de la vida y no como algo reservado para las élites, sin duda lleva al ciudadano común y corriente a entender y entenderse de una manera distinta. Conocer los escritores nacionales, los músicos nacionales, el rock nacional es algo que construye identidad. Así, la persona se siente parte de algo, y ser parte de algo lo lleva a reconocerse en el otro. Cada día, al subirme al subte

me doy cuenta de que la gente se reconoce en el otro. “¿Perdoname, vos bajás aquí?”, me pregunta una chica porteña en vez de darme un corto a las costillas con su cartera. “¡Uh, perdón, flaco!”, me dice un joven que tropezó conmigo por entrar de afán al vagón en el que iba. “Dale, avisá cuando terminés y paso de página”, bromea un señor mayor al percatarse de que yo estaba ojeando un libro que iba leyendo sentado a mi lado. ¡Qué diferente a la realidad diaria de un bogotano en Transmilenio!

Tal vez es arbitraria la relación que encuentro entre la educación artística de esta gente y su comportamiento diario. Tampoco quiero decir que la sociedad argentina es mejor que la colombiana, es solo diferente. Ellos tienen sus propios problemas. Pero en una sociedad como la nuestra, resquebrajada por un conflicto de más de cincuenta años, cualquier cosa que pueda hacernos más sensibles a la realidad del otro, cualquier cosa que pueda hacernos sentir una empatía que cada vez es más extraña para el colombiano de las grandes ciudades, es valiosa.

Lo curioso del caso es que fuera de Colombia florece lo mejor del comportamiento solidario de un colombiano. “Pasa que ustedes los colombianos son muy amables”, me comenta el maestro que ofrece el seminario en la Universidad. “Sí. Somos como muy protocolarios para todo, buenos días, por favor, muchas gracias”, le respondo con una sonrisa y continúo: “Tal vez por eso los colombianos conseguimos trabajo rápido y fácil en lugares como aquí. Porque los argentinos atienden terrible”, bromeo. Pero cada chiste tiene un poco de verdad. Lo que llama la atención es cómo cuando estamos fuera del país nos reconocemos en el otro, motivados tal vez por un sentimiento de nostalgia por nuestra tierra, pero mientras estamos en nuestro país, constantemente buscamos la forma de pasar primero, de ganarle al otro, de no dejarnos. Pequeñas manifestaciones de egoísmo que no nos dejan ser una sociedad armoniosa y, por ende, nos hacen insensibles a la experiencia de vida del otro. Qué extraño es ver en las interacciones diarias entre dos desconocidos en Bogotá esos mismos

buenos días, por favor y gracias que son tan comunes entre colombianos fuera de Colombia.

En mi vuelo de regreso, pienso en que los alcances de estos detalles son muy profundos. La incapacidad de entender al otro redundo en la indiferencia por el sufrimiento ajeno. De allí que al colombiano de las grandes urbes poco le importa lo que sucede con el campesino. Ni siquiera le interesa lo que ocurre con el de las pequeñas ciudades, no más allá de un trino o de una publicación de *Facebook*. Nos hemos convertido en una sociedad fría que entiende su entorno a través de la pantalla de un ordenador o de un teléfono inteligente.

No pasa mucho tiempo desde mi regreso a Bogotá para que la Universidad me confirme la fecha en la que debo viajar a la pequeña ciudad de Pasto, Nariño. Dos semanas transcurren entre los preparativos de este viaje; aún no sé de qué se trata el proyecto de Laura, aquel correo que envié hace días sigue sin respuesta.

Cuando se viaja, el que regresa siempre es otro

El 23 de mayo de 2016, mi despertador suena a las cuatro de la mañana. La radio no para de hablar del secuestro de la periodista española Salud Hernández, quien el pasado sábado fue retenida en Norte de Santander por miembros del ELN mientras cubría un paro en el municipio de El Tarra. Mientras escucho las noticias, no puedo evitar pensar en que hay compañeros de Laura que están en lugares con situaciones similares a las de El Tarra. Lo curioso es que no siento miedo por ellos. Evidentemente existe un sentimiento de preocupación natural al tratarse de chicos que seguramente habrán enfrentado pocas responsabilidades más allá de lo académico o una que otra obligación de colaborar con labores o gastos en sus casas; las bondades del “Hotel Mamá”. En lugar de miedo, siento cierta satisfacción y orgullo de pensar que esos chicos que poco han enfrentado eso que los docentes les nombramos desde la Universidad como “allá afuera” están forjando su carácter, están enfrentando retos que los formarán como grandes seres humanos,

están conociendo la realidad de su país a partir de lo que viven otros colombianos y no de lo que nos cuentan los noticieros o las redes sociales.

“Seguramente Laura debe estar bien. Pasto es una ciudad pequeña, pero ciudad al fin y al cabo”, pienso mientras me alisto para salir. “Además, un proyecto de música se hace siempre en la ciudad. No creo que le dé por meterse en alguna vereda...”. Mi reflexión se corta de repente. El vuelo es a las 6:08 y ya voy tarde. Al llegar al Puente Aéreo me doy cuenta de que ya son las seis en punto. “Voy a perder el vuelo...”, “me tocó comprar otro tiquete...”. La fila de revisión del equipaje de mano me da tiempo para pensar en cómo me voy a salir del lío si pierdo este vuelo y que necesito hacer hoy la visita a Pasto para conocer cuanto antes el proyecto de Laura.

Al llegar a la sala de espera, una funcionaria de la aerolínea está terminando de regañar a un hombre de unos 35 años que llegó unos segundos antes que yo. “Ahora sí me fregué”, pienso mientras escucho a la mujer, que se voltea y me mira diciendo: “No. ¡Es que es el colmo!”. Otra mujer con un radioteléfono en la mano escucha algo que no alcanzo a descifrar y le dice a su compañera: “Pero espérate”. Vuelve a escuchar algo en la radio: “Dale, déjalos pasar”.

La expresión en la cara de la primera funcionaria es casi de decepción porque alcanzamos a subir al avión. Salgo corriendo como loco junto a este señor y apenas nos subimos al avión cierran la puerta y un sobrecargo nos dice en tono amable: “Los estábamos esperando; sigan, por favor”. Pasan alrededor de quince minutos antes de que el avión se mueva hacia la pista. “Mm, quince minutos más cinco minutos mientras la señora aquella nos regañó: veinte. ¿No era más fácil dejarnos seguir de una vez?”

Durante el vuelo, no puedo dejar de pensar en qué necesidad tenía esa señora de hacernos saber que estaba molesta con nosotros si al final su trabajo es ayudar a los pasajeros. ¿Será que ella no vive en Bogotá? ¿No sabe lo que es el tráfico de los lunes a la mañana? ¿Será que nunca se le ha hecho tarde para nada en su vida? Sin duda no somos todos, pero es muy frecuente encontrar colombianos

a los que nos cuesta entender la situación de quien tenemos enfrente. Pero ¿por dónde empezar a cambiar eso? ¿Será que el proyecto de Laura está tomando este tipo de cosas en cuenta? Uy, ojalá no le esté dando por montar obras y ya. Si no, ¿cómo voy a hacer para que sea un proyecto dentro de Manos a la Paz?

Empiezo a pensar en posibilidades para orientar el proyecto de Laura. Recuerdo a la cubana Paula Sánchez. Ella estuvo en la Universidad Central hace un año hablando de la “musicalización ciudadana”, que era un buen ejemplo, desde las ideas de Murray Schafer, de cómo el propósito de la formación musical es transformar al ser humano y prepararlo no solo para un ejercicio musical con valor artístico y estético, sino para una vida ciudadana con esos mismos valores agregados.

Mientras reviso la lista de reproducción del avión, recuerdo el punto que me genera resistencia a esta postura. Al final, Sánchez y Schafer terminan llevando al ciudadano a un proceso de aculturación, donde la persona adquiere un gusto musical aprendido y correspondiente a los cánones eurocéntricos o autóctonos que han predominado en la historia de la música occidental. Es decir, se entiende que hay músicas buenas y músicas malas. Sin duda, la música de la lista del avión es muy mala desde esa perspectiva. ¿Esto no será también un tipo de violencia que se perpetúa en la educación musical? Cuando un profesor le dice a un estudiante que “no escucha música de verdad” o que “su música no tiene valor artístico”, y que, en contraste, la música de varones europeos, blancos y muertos sí tiene valor, ¿no es un tipo de colonización que se ha mantenido disfrazado en las aulas de música? Y, peor aún, cuando otros abogan por la música nacional y aseguran que existen unos compositores colombianos que tienen valor, pero otros que no, ¿no volvemos a épocas de la colonia en las que los criollos despreciaban a los indios y los campesinos? Cuando un profesor de jazz le dice a un joven bogotano que ha crecido entre expresiones de música urbana: “oye, deberías dejar eso y ponerte a hacer música de verdad”, ¿eso, acaso, no es violencia también?

Entonces, ¿qué música hay que enseñar? ¿Será que hay que enseñar música? Sobre todo la segunda pregunta me genera un corto circuito mental: sin duda, hay que enseñar música; si no, ¿para qué he trabajado desde que estaba en la universidad? Pero, entonces, si quiero que Laura tenga un proyecto donde la música juegue un papel constructor de paz, ¿cómo puedo alejarme de estas consideraciones que creo violentas en alguna medida?

Mientras me acerco a Pasto, las montañas del sur de nuestro país me recuerdan que la inmensa belleza de nuestros paisajes también define las dificultades de su población. Entre los profundos verdes de las montañas y los valles de lo que creo que es el bajo Cauca, veo pequeñas casas donde no se pueden distinguir caminos ni carreteras. Y me pregunto: ¿y estos cómo hacen para ir al colegio? Así mismo, hay partes que veo desde el avión donde sería muy difícil llegar a pie y básicamente imposible llegar con un carro. “Con razón a la policía y al ejército les queda tan difícil perseguir guerrillas aquí”, pienso. “También debe ser muy difícil traer suministros y construir cualquier cosa; por aquí debe costar el triple”.

Entonces me doy cuenta de lo lejos que quedan esas discusiones académicas y teóricas sobre educación musical, con las que poco a poco había llegado a la conclusión de que las ideas de Elliott sobre la pluralidad de la música permiten asumir una postura no violenta de lo que sería una educación musical incluyente y que reconozca las diferencias culturales e individuales de las personas. Lindas ideas, pero inútiles en estas latitudes. Aquí, a Laura le va a tocar ver cómo hace para que la gente, que a duras penas puede ir al colegio, pueda tener acceso a una educación musical que cambie su visión del mundo. No para adoptar una visión del ciudadano; no para que quiera huir de su realidad y cambiarla por otra. Para que aprenda a sentir de otra manera; para que aprenda a reconocer su identidad cultural y la de sus pares, y, finalmente, para que tenga empatía con ellos y sepa vivir en paz con él mismo y con los demás.

Esta epifanía (linda y tal vez un poco pretenciosa) se ve interrumpida por el anuncio del capitán del avión diciendo que estamos llegando al Aeropuerto

Antonio Nariño. Miro por las ventanillas del avión y esos profundos verdes y valles se hacen más profundos. ¡Los tengo a menos de cien metros! El susto por el aterrizaje en este aeropuerto se me pasa rápidamente cuando se me ocurre que sería una lástima que estas ideas terminaran contra las montañas que las acaban de inspirar. La risa es el mejor remedio contra el miedo.

Sano y salvo en tierra, busco un taxi que me lleve a la ciudad de Pasto. Un recorrido de treinta minutos es coronado por una majestuosa vista del volcán Galeras. Hace un día hermoso. Deben ser las ocho de la mañana, y un sol que poco caliente mantiene el cielo azul sobre una ciudad que desde la carretera no parece más grande que una localidad de Bogotá. Varios proyectos de construcción a la entrada de la ciudad prometen recibir algún día a otros visitantes que, como yo, esperan un escenario totalmente distinto.

“Oiga, señor, Pasto está muy bonito”, le digo al taxista, con mucha vergüenza y tratando de disimular que, la verdad, yo estaba esperando ver chozas, alpacas y gente con ruana. Una consecuencia de aquella educación que mantiene pensamientos colonialistas y que quiero abandonar de ahora en adelante. “Sí, están construyendo mucho. Esto está creciendo”, me responde.

Luego de un par de minutos me bajo del taxi y llamo a Laura a su celular. “¡Maestro! ¡Qué alegría escucharlo!” me contesta, como si estuviera hablando con un familiar muy querido. “Hola, Laura. Ya estoy en Pasto. Dime, por favor, en dónde nos encontramos”, le respondo en tono parco. “No se preocupe, sumércé. Ya lo recojo”. Cuelgo y me siento en una esquina a esperar.

Al llegar, Laura me saluda efusivamente. Un abrazo me demuestra que en serio le da gusto verme y me recuerda que, al final, se trata de una joven que lleva un buen tiempo lejos de sus amigos y su familia. Yo soy la primera persona “conocida” que ve desde hace un buen rato. “Maestro, qué bueno que está aquí. Mire, le presento a mi hermanita”, dice, señalando a una joven que está junto a ella.

Laura es una estudiante que conocí hace un año más o menos. Estuvo en los primeros cursos que tuve que ofrecer cuando entré a la Universidad Central.

Una niña pila aunque dispersa, y con muy buena disposición e iniciativa para aprender. Luego me entero de que vive sola en Bogotá y su familia es boyacense. “Bueno, esta no es de las que ha tenido el Hotel Mamá”, pienso mientras caminamos hacia su casa. Laura no para de decirme cuánto le alegra que yo esté allí, cuánto la alivia que la Universidad haya mandado gente a verlos y que menos mal estoy allí para ayudarla.

Yo empiezo a llevar la conversación hacia el proyecto. Finalmente solo tenemos dos días para revisar el proyecto, visitar el campo donde esté realizando su trabajo y reunirnos con las personas del PNUD. Sin embargo, Laura me cambia constantemente el tema. Me pregunta por mi viaje, por mis planes en estos dos días y se ofrece para llevarme a conocer Pasto cuando tengamos un momento libre. Ya en su casa, insisto en que trabajemos sobre la propuesta. La expresión de su cara se transforma y reconozco la mueca que me hacía en clase cuando no llevaba avances sobre su trabajo de grado: “Profe, vea, le voy a decir la verdad. Yo no tengo un proyecto todavía muy claro”.

La conversación sigue con diferentes situaciones que se le presentaron a Laura desde su llegada a Pasto: los problemas al llegar, los roces en la convivencia con sus compañeros... “Nada del otro mundo”, pienso mientras la escucho. “Estas situaciones hacen parte de la experiencia”, le digo, mientras trato de tranquilizarla y de llevar la conversación de vuelta a su proyecto.

Finalmente me cuenta que, si bien el equipo de personas con el que ella ha venido trabajando es de una gran calidad humana, su proyecto no ha avanzado absolutamente nada. Esta era mi mayor preocupación desde que me enteré del proyecto: el PNUD no sabía qué hacer con un estudiante de música en Manos a la Paz. “¿Y entonces qué has hecho todo este tiempo?”, le pregunto entre sorprendido y aterrado. “No, maestro, yo sí he hecho cosas. He acompañado a los coordinadores a visitas a campo, he participado de otros proyectos...” Justo cuando estaba pensando en cómo informar esta situación al equipo de la Universidad, Laura lanzó lo que ella consideraba un salvavidas providencial: “Pero

maestro, yo tampoco me he quedado quieta. He hecho buenos contactos. Vea que hasta hice un concierto”, me cuenta emocionada.

Su relato sigue con la forma en que se vio obligada a pensar más allá de su proyecto y su práctica; cómo esta experiencia le mostró que uno mismo debe buscar oportunidades y trabajar por las cosas que le interesan. Sin duda, elementos muy valiosos, pero en mi cabeza sigue dando vueltas la idea de cómo ayudar a Laura para que esto no se le vuelva un problema. Así que le digo que me lleve a la sede de Naciones Unidas donde ha estado trabajando para poder hablar con sus tutores del PNUD y buscar una salida para el proyecto.

Antes de ir, le cuento a Laura de las posibilidades que yo veía en su participación en Manos a la Paz, de los proyectos que utilizan la música como elemento transformador de sociedades y de construcción de paz. Le hablo de Musicians without Borders y de los proyectos que ellos han desarrollado en lugares como Palestina, Ruanda y Kosovo. En medio de la reflexión que trato de hacer con ella, más resignado por la oportunidad perdida que con convicción real de lo que podríamos llegar a lograr, empezamos a hablar de la situación de Pasto y de lo que implica para la ciudad el periodo en el que está entrando el país.

—Uy sí, maestro, es que la situación de la gente que llega aquí es muy difícil. Pasto ha crecido, pero se han formado barrios fuera de la ciudad con hijos de desmovilizados y ahora ellos conviven con desplazados en el mismo lugar. Eso genera conflictos —me cuenta Laura.

—Bueno, esa es una situación muy complicada. Imagínate cómo va a ser cuando no solo sean desmovilizados de autodefensas, sino de las guerrillas y además los desplazados. Cuando tengan que convivir todos con todos puede ser muy complicado —le respondo e inmediatamente le pregunto—. ¿Y pudiste ver esos barrios?

—Sí. Un día fuimos y nos pusieron chalecos, tuvimos que ir con policía y ejército porque allá no se meten solos porque les da miedo. Es como peligroso.

El ejemplo me ofrece la oportunidad perfecta para mostrarle un proyecto en Palestina, donde, en pleno conflicto, la educación musical ha servido para mitigar los efectos de la violencia en los hijos de los refugiados palestinos tras ataques del ejército israelí.

—Es que la educación musical no se trata solo de formar músicos —le digo—. Incluso aquí en Colombia existe Batuta. Ellos hacen algo parecido.

—Pues sí. Yo aquí conocí al director de la Red de Escuelas de Formación Musical de Pasto. Con ellos es que he estado haciendo los conciertos que te conté —me responde Laura.

Inmediatamente revisamos el sitio web de la Red de Escuelas y me doy cuenta de que es posible articular la labor de estas escuelas con el proyecto de Manos a la Paz. Laura me cuenta que ha colaborado en algunos talleres de formación coral con algunas de las sedes y que le ha gustado mucho por el tipo de personas que reciben las clases y que le ha parecido una experiencia muy linda. No obstante, le explico que el proyecto estaría centrado en lo que va más allá de la formación musical. Si bien es importante que aprendan a cantar, lo que más importa en esta red de escuelas es el sentido formativo de la música en el contexto en el que están los niños que asisten a este programa. Es un programa que tiene una finalidad similar al de Manos a la Paz, y la oportunidad de juntar esfuerzos es única.

La emoción es tal que le pido a Laura que se ponga en contacto con Albeiro Ortiz, el director de la Red de Escuelas, y le solicitamos una reunión para ese mismo día en la tarde. También le pido que se ponga en contacto con el asistente técnico territorial del PNUD en Nariño, Felipe Herrera, quien estaba acompañando el proceso de Laura desde el PNUD. El entusiasmo nos mantiene trabajando todo el día hasta minutos antes de la reunión. La propuesta por fin está lista y solo queda discutirla con las personas interesadas. La idea es simple: desarrollar una propuesta pedagógica de formación vocal en las sedes de la red donde hace falta, dándole un enfoque de educación musical como medio para fortalecer la convivencia entre los estudiantes de cada sede y promover intercambios entre estudiantes de diferentes sedes.

Cuando llega el momento de la reunión, Laura y yo explicamos a nuestros interlocutores la idea y las preguntas empiezan a llegar. ¿Cómo? ¿Dónde? ¿Para qué? Y una a una sus preocupaciones se van solucionando a medida que definimos detalles del proyecto de manera consensuada. Tras unas tres horas de discusión, la preocupación del PNUD apunta a que no hay un proyecto en curso al que se pueda asociar esta idea y que eso representa el reto de no contar con recursos para gestionarlo. No obstante, el interés de la Red de Escuelas es tal que se llega a solucionar este inconveniente. Finalmente, el proyecto es aprobado, y se pacta como producto final un concierto en el mes de junio, a cuatro semanas de esta reunión, donde se evidenciará el resultado del proceso llevado a cabo por Laura.

Ya casi son las seis de la tarde. El cansancio del día ya se hace sentir, mientras queda la última reunión de mi visita. Dalia Delgado es la asesora territorial del PNUD para Nariño, y es necesario que hablemos para evaluar la experiencia de la pasantía de Laura. No obstante, la discusión termina girando en torno a lo valioso que ha sido poder generar una propuesta como la que definimos ese mismo día más temprano. Delgado comenta, además, que los mismos líderes comunales le han solicitado la presencia de pedagogos musicales en otras zonas a las que la Red de Escuelas no ha podido llegar, y que por medio del PNUD podrían recibir cobertura. Su satisfacción es tal que me comunica la decisión de solicitar practicantes de educación musical en las próximas convocatorias. Mi dicha no puede ser mayor. El proyecto que Laura planteó abrirá las puertas a otros músicos que quieran promover cambios sociales desde su práctica musical. Los educadores musicales tenemos un lugar en Manos a la Paz gracias a su proyecto.

Al día siguiente, con la cabeza más fría, explico a Laura los elementos que debe tener en cuenta para llevar a cabo su proyecto de modo que no se limite a una práctica coral, sino a educar a través de la música. Sin darnos cuenta llega la tarde. Es hora de salir para el aeropuerto y regresar a Bogotá.

Luego de comprar los dulces de rigor, me despido de Laura recordándole todo el trabajo que tiene por delante y el gran proyecto que tiene entre manos.

Ella solo me recuerda que allá siempre seré bienvenido y me agradece haberla visitado. En mi camino al aeropuerto de Chachagüí, miro hacia atrás y me doy cuenta de que me llevo una idea muy diferente de esa ciudad, de su gente y, sobre todo, de una parte de mi país que no conocía y que, como muchas otras, necesita de nuestra atención. Definitivamente este es el ejercicio que completa mi reflexión sobre la necesidad de identificarnos con el otro. Esta experiencia de acercarse a realidades que nos son invisibles desde la ciudad puede empezar con un ejercicio de reconocernos culturalmente a través de la música del otro o, mejor aún, haciendo música juntos. Sin duda, quien regresa a Bogotá en estos momentos es un educador musical diferente.

Todos los días han sido 25 de mayo

Ha pasado poco más de un mes desde mi visita a Pasto. Un par de reuniones de Manos a la Paz y un informe ejecutivo sobre mi visita han sido los únicos acercamientos formales a esa experiencia, que marcó un antes y un después en la idea que tengo sobre el sentido de la educación musical. Sin embargo, no puedo evitar mencionar el proyecto de Laura de forma esporádica en cada clase que doy en la Universidad. Por un lado, porque siento ansiedad de saber cómo va el proyecto y, por otro lado, porque tener la posibilidad de participar en un proyecto con un propósito y un compromiso tan grande como la convivencia entre las personas ha resignificado mi perspectiva como educador.

¿Qué ha cambiado en mí? Bueno, he ratificado mis profundos deseos de hacer una diferencia desde mi lugar en la sociedad. Además, siento un gran orgullo por haberle ayudado a Laura a abrir puertas para sus compañeros de universidad en futuros proyectos de educación musical en Manos a la Paz, que ha sido también una experiencia inspiradora para sus compañeros. Estas ideas se volvieron recurrentes en todas las conversaciones que tocan el tema y en otras que no tienen nada que ver. Luego de esa visita, todos los días han sido 25 de mayo.

Y esta idea no significa que me haya quedado estancado en un pensamiento, sino que a partir de Manos a la Paz he asumido un compromiso con el potencial de la educación musical como medio para transformar la sociedad. Laura también ha tenido mucho que ver en este compromiso. Su proyecto me mostró que sí es posible hacer que las cosas pasen. Que, finalmente, solo es cuestión de voluntad. Que la universidad no puede permanecer ajena a estos problemas, como en una torre de marfil, sin que las necesidades de la sociedad la distraigan de su reflexión por y para el conocimiento. La razón de ser de la universidad es transformar a la sociedad y, en ese sentido, la educación musical debe reivindicar el valor de su potencial para hacer que los individuos de esa sociedad se reconozcan los unos en los otros.

“Maestro, es que no se imagina la cara de esos niños cuando cantaban y se daban cuenta de que el niño de al lado cantaba lo mismo, así fuera de otra sede, y hasta ahora se conocían”, me contaba Laura en una clase hace poco sobre su experiencia. Finalmente su proyecto dio como resultado un concierto en el que más de doscientos niños que asisten a varias sedes de la Red de Escuelas de Formación Musical de Pasto ofrecieron un recital. Allí, esos niños no solo aprendieron música; aprendieron a reconocerse como iguales y como parte de algo más grande a través de una experiencia musical. Aprendieron a identificarse en el otro y encontraron algo que compartir con otros niños que, hasta el conteo del director, podían ser perfectos desconocidos.

Tal vez eso es lo que nos falta como sociedad. Tal vez eso es lo que va a cortar con esas pequeñas manifestaciones de violencia que se hicieron cotidianas en nuestro día a día, y tal vez eso es lo que me ha llevado a escribir esta crónica. Llevo unas cuantas semanas desde que empecé este documento dando vueltas sobre estas ideas y sé que aún queda mucho por hacer, mucho por pensar y mucho por decir, pero ya tengo que parar. Son las 5:29 de la tarde. Hoy ya no es 25 de mayo, hoy es 26 de septiembre.



Padre adoptivo por cuatro meses

Luis Alexander Castro Zamudio
Docente de Publicidad

Mi celular empezó a sonar. Al comienzo pensé que era la alarma, pero cuando lo tomé para cancelar el sonido supe que era una llamada. “Aló. Aló. ¿Profesor?”, decía una voz al otro lado. Comencé a despertar a medida que escuchaba a la mujer, que seguía hablando: “... y por eso estoy muy preocupada, ella siempre se está comunicando”. Ya sentado en mi cama, comprendí que llamaba la madre de una de las estudiantes que había viajado fuera de la ciudad por el proyecto del PNUD. Lentamente, como cada mañana por cuestiones de memoria, comencé a ubicarme. Era un fin de semana de marzo, y a distancia veía borroso el 2016 de aquellos almanaques que regalan los comerciantes y que reposaba en una de las mesitas de mi habitación. Pensé en la estudiante y su imagen llegó clara a mi mente. Traté de tranquilizar a la madre y cerré el dialogo con la promesa de que me comunicaría con ella o con su tutor y le devolvería la llamada con buenas noticias.

Ya de pie, miré por la ventana tratando de abrazar el domingo que se empezaba a evidenciar con los tímidos rayos de sol de esta fría ciudad. Deseaba seguir durmiendo porque hacía dos días no pegaba el ojo por esa insoportable apnea de sueño que me ha acompañado por años; pero ahora era portador de una preocupación, o mejor, había recibido el endoso de una angustia que para mí en ese momento comenzaba a cobrar lógica. Si tuviera una hija con quien no pasaba un día sin hablar y repentinamente se desvaneciera, ello me mortificaría.

Esta fue una de las tantas situaciones que se me presentó como docente tutor de tres jóvenes mujeres: Laura en la ciudad de Pasto, en medio de jóvenes y proyectos económicos de inclusión; María Paula en Florencia, con la sensibilidad histórica de los caucheros, y Marcela, con la esperanza y el desasosiego de algunas comunidades de Riohacha. Las tres le apostaron a una práctica inusual, a una experiencia fuera de sus hogares, que después de cuatro meses cambió no solo su trayectoria profesional, sino que dejó una marca indeleble en sus vidas.

La experiencia es lo que todos buscamos para enriquecer nuestras vidas. Esta vez fui un testigo a distancia de las historias de vida que empezaban a tejer estas niñas, a quienes comencé a considerar como hijas, y que, a través del desprendimiento de sus familias, sus estilos de vida y sus hábitos cotidianos, fueron al encuentro con el otro, el lejano, el invisible, el que no hace parte del mundo consumista que la publicidad y sus discursos proveedores de mundos ideales evidencian a diario.

Esta opción es paradójica para un estudiante de Publicidad, la profesión que se percibe entre el mundo de las agencias y los medios, que se caricaturiza imaginando a un creativo o ejecutivo preocupado por su presentación, con el mundo virtual en su mano a través de un celular de alta gama, e induciendo al consumo. En el mundo al que viajaron estas mujeres no hay nada de eso. Llegaron a otra realidad. La de la necesidad y el desarraigo.

Mi juego de “tetris” como uno de los tutores de prácticas comenzó en Bogotá, donde debí estar pendiente de quienes esperaban a ser llamados para ingresar al sector productivo y de los que ya estaban en él. En esta ocasión, además, tuve que estar al tanto de mis tres “hijas adoptivas”, a muchos kilómetros de distancia: un oficio de control. El reconocermelo como parte de un proceso o ser un referente entre todos los que tendrán los jóvenes que se cruzan en mi camino me hace sentir que debo aprovechar la oportunidad al máximo, porque muy en el fondo sé que, como educador, deseo estar presente de manera positiva en sus experiencias y vivencias.

Me alegra saber que de los ochenta y cinco estudiantes que se presentaron a prácticas, esta vez tres —y mujeres, además— por primera vez salieron al encuentro de sus vidas con las de otros en regiones diferentes, en acción desde el servicio, dispuestas para mover ideas, creatividad y manos para la paz. Sin darme cuenta, la experiencia con el PNUD se fue involucrando en mi vida cotidiana. Quería que fuera tema de conversación con amigos y familia; algo se había alojado dentro de mí, algo que iba más allá de un sentido de responsabilidad de mi

trabajo, y que me hacía sentir parte de un proyecto que me generaba orgullo. Quería decirles a todos: “Hay tres niñas de la Universidad que están haciendo su práctica con Manos a la Paz”, porque deseaba que me preguntaran: “¿Y eso qué es?”. A pesar de que siempre he manejado un bajo perfil, me sorprendía lo locuaz que era cuando hablaba de lo que vivían estas estudiantes y lo feliz que me sentía cuando mis interlocutores me miraban complacidos.

Una tarde, mientras trabajaba en la Universidad, me escribió Marcela desde su Whatsapp. Estaba nerviosa porque debía dar una clase de publicidad a personas que no habían tenido cercanía con la carrera. “¡Ayuda!”, escribió. Le dije que era mejor llamarla, porque eso de chatear a veces me produce horror. Al otro lado de la línea me aclaró lo que necesitaba. Lo poco que le dije la animó. Me di cuenta de que en sus respuestas e ideas del taller que proponía ya había resuelto todo, pero tenía que hacer lo que su interior le decía. No necesitaba ninguna instrucción teórica; por el contrario, lo que le hacía falta era que le manifestara fuerza y seguridad.

También me llamó Laura, en Pasto. Me dijo lo feliz que estaba y lo que había aprendido con sus compañeros. Deseaba escuchar lo mismo de María Paula, pero no lograba saber bien de ella. Si bien sus correos evidenciaban su labor, y su tutor Edwin Hurtado me contaba que todo iba bien, me molestaba no escucharla. Quería saber a través de su tono de voz que estaba bien, y en cambio mi oído recibía una voz entrecortada, que se desvanecía y se cortaba por la dificultad de la señal. “Qué incertidumbre con ella, carajo, cómo siento de lejana esa población de Doncello”, pensaba con frecuencia.

Una semana después, me enteré de que Marcela estaba enferma. Su salud se había deteriorado a consecuencia de una gastritis crónica que tenía angustiados a sus padres. La recomendación era regresarla a Bogotá, y de nuevo, como tutor y padre adoptivo, me sentí angustiado. La llamé y le dije que tendría que devolverse, pero ella no quería. Me dijo que sería una derrota devolverse justo cuando sentía que tenía mucho por aprender y por dar. A cambio, me

encomendó la misión de concertar y de tranquilizar a sus papás y a la Universidad. Así lo hice; después de reunirnos, concluimos que, a pesar de los reparos, Marcela debía seguir en el proceso. Poco tiempo después, Marcela había mejorado bastante y sus padres me apoyaron en la decisión de no devolverla. Un problema más que se había solucionado —pensé—, pero enseguida me pregunté qué más me esperaba.

Cuando se cumplieron dos meses de prácticas, hicimos una reunión por Skype para evaluar el proceso que llevaban en las regiones y confrontar los informes y demás cosas que se habían reportado por correo. En Pasto hubo sentimientos muy elocuentes por la labor que se realizaba. Yhancy Coral, la tutora de Laura, me dijo que era una niña muy colaboradora y proactiva, y que se entendió muy bien con todo el equipo de trabajo. Mientras hablaba, yo amplíe la imagen a través de las catorce pulgadas de mi pantalla para cerciorarme de la expresión de una de mis hijas adoptivas: la vi radiante, feliz, y tras una corta conversación me di cuenta de que estas experiencias valen la pena. Luego vino Riohacha, donde la situación fue parecida y la satisfacción mayor, al saber que Marcela estaba recuperada.

Pero no todo fue un parte de victoria. Logré comunicarme en Doncello con el tutor de María Paula —había entendido que los tres nos conectaríamos para hablar—, pero me dijo que no se habían logrado poner de acuerdo, pues ella había ido a terreno, lejos de la oficina que tenían como sede. “Es que no he podido hablar bien con ella —le dije—, y usted comprenderá esta preocupación”. Él sonrió y me tranquilizó diciendo que se estaba haciendo un excelente trabajo con todo el equipo y que el aporte de ella había sido invaluable, tal como lo habían expresado en los informes que ambos habían enviado. A pesar de lo que me dijo, le pedí un nuevo encuentro. O por lo menos que pudiera verla en una próxima llamada. Pero no supe si me había comprendido. La señal volvió a ser intermitente y se perdió, como todo aquello que se interna en la selva del Caquetá.

Al tercer mes, supe que la Universidad estaba pensando enviar a los tutores a visitar a los estudiantes en las diferentes regiones. A lo largo de este tiempo me había comunicado satisfactoriamente por teléfono y por Skype con dos de ellas de manera continua, pero con María Paula había sido muy difícil comunicarme. Quería ir, entonces, a Doncello, pero varias personas me dijeron que era una zona caliente y que el desplazamiento no era seguro. En el fondo sentía ganas de retar esas sugerencias y pedir que me enviaran allí; parece que todos los seres humanos deseamos llevar la contraria, una especie de capricho morboso por saber qué puede pasar o qué aventura querer vivir. Sin embargo, la Universidad decidió que, por cuestiones de seguridad, era mejor descartar Doncello y, entre Pasto y Riohacha, escogió la última ciudad como opción de viaje.

Tenía dos días para visitar a Marcela, conocer las oficinas desde donde estaban gestionando y hablar con su tutora para realizar la evaluación respectiva. Justo el día que llegué, el grupo se encontraba fuera de la ciudad, en una población que se caracteriza por las marcadas necesidades de agua, alimento y medicinas, especialmente para la niñez. Más adelante, Marcela me comentó —junto con María Eugenia, su tutora— que querían elaborar una especie de cartilla que mostrara las necesidades que se presentan y la urgencia de encontrar personas o empresas que puedan aportar económicamente y crear condiciones para que las brigadas de salud puedan desarrollar sus actividades de atención.

Cuando me encontré con Marcela en el *lobby* del hotel, sentí mucha emoción. Ella estaba alegre y agradecida por mi visita. Salimos a pasear por el malecón mientras me contaba todo lo ocurrido en el tiempo que llevaba viviendo en Riohacha: la convivencia con sus otras compañeras —con quienes, a pesar de ser costeñas al igual que ella, tenía diferencias culturales con la comida—, el inmenso aprendizaje y su profundo agradecimiento con la Universidad.

Yo sentía que el tiempo era corto frente a todo lo que teníamos que conversar. Tomamos jugo y me invitó a conocer el apartamento que compartía con las

otras dos chicas del proyecto, una estudiante de Comunicación Social y otra de Administración de Empresas. Para las compañeras de Marcela, resultaba gratificante el hecho de que la Universidad hubiera enviado a uno de sus profesores para conocer la situación de uno de sus estudiantes; decían que les daba envidia, puesto que a ellas escasamente las habían llamado al comienzo de la práctica, pero que a la fecha no se habían pronunciado más. Me sentí orgulloso de la Universidad y, más aún, de ser yo mismo el que la representaba. Esa noche me fui a descansar al hotel con la sensación de que el viaje había valido la pena.

Al día siguiente conversamos con su tutora sobre el trabajo que Marcela estaba desarrollando. Afirmaba que estaba contenta con las acciones y propuestas que Marcela aportaba al grupo; sin embargo, me dijo, “hay que ser muy claro con el guajiro, y no decirle a todo sí”. Se refería a que las personas que recibían las asesorías para sus microempresas querían obtener de Marcela no solo información, sino el diseño y la construcción de formatos que les permitieran gestionar y personalizar su marca o mercado, y ella no podía suplir todo lo que ellos, en su afán y deseo, consideraban que podían obtener. Para Marcela, esa era una de las cosas que más le costaba entender y aplicar: ser concreta en lo que podía colaborar, pues comprometerse con sus palabras y no cumplir era mal visto.

El poco tiempo de conversación me sirvió para quedar tranquilo con la gestión de la estudiante, pero más aún con su cambio frente a lo social: los acercamientos a las diferentes poblaciones y rancherías donde estaba explícita una realidad de desarraigo y necesidad la tenían muy conmovida. Su reflexión era muy crítica, y manifestaba que si pudiera y tuviera los recursos no contemplaría la idea de regresar a Bogotá. “Acá hay mucho por hacer —me dijo—. Se necesitan voluntarios de diferentes carreras universitarias que puedan sembrar y aportar”.

Mi regreso de Riohacha fue conmovedor. En pocas horas de conversación había sido testigo de una experiencia constructiva no solo en lo profesional, sino

que había conocido a una persona más sensible y reflexiva, alguien que había abandonado su burbuja para ir al encuentro de una realidad como muchas de las que hay en un país que carece de justicia social.

Llegaba el momento del regreso de todas las estudiantes. “Cuatro meses ya”, pensaba, y me parecía que el tiempo había pasado muy rápido. Pero también me asaltaba la incertidumbre que conllevaría para cada una de ellas ese retorno. Sabía que lo verían como un visceral desprendimiento de su nueva realidad.

Había logrado un segundo encuentro por Skype con Laura y Yhancy en Pasto, que hasta ese momento guardaban la esperanza de que las visitara. Les aclaré que la Universidad había aprobado solo un viaje por tutor, y que a mí también me daba tristeza no poderlas ver. Evaluamos la gestión de Laura, quien, al igual que Marcela, deseaba quedarse más tiempo. Parecía que los sentimientos de ambas estaban de acuerdo, pero la diferencia estaba en que, a través de la pantalla de mi computador, Laura lloraba y se abrazaba con ternura con quien era su tutora. Esa era la prueba de lo costoso que sería desprenderse de ese tejido de colaboración, trabajo y conocimiento que se había adquirido. Comprendí que, aunque las regiones donde estaban eran distantes y diferentes, la experiencia con las comunidades y sus necesidades las habían cambiado de formas similares. No pude ocultar mi emoción y mis ojos también se unieron al sentimiento.

En esa semana logré otra corta comunicación con María Paula; una de esas conversaciones que, por el mal estado de las comunicaciones, dejan la ansiedad de querer saber más de lo que ocurre o lo que hace. Por correo ya había obtenido un pequeño diagnóstico de su actividad; ella, al igual que las otras dos estudiantes, hablaba de todo lo que había aprendido y también se mostraba agradecida con la Universidad.

Aunque la preocupación de esa madre angustiada no tenía fundamento, dado que su hija María Paula estuvo sana y salva durante las prácticas,

la suerte de esta estudiante fue la que más me inquietó durante toda esta travesía. Hubiera querido comunicarme más con ella, y solo me quedaron como constancia sus correos, en los que mencionaba las actividades en las que tenía mucha responsabilidad, y sus trabajos de campo, donde evidenciaba la relación con los caucheros, con niños en escuelas y con la población de ese territorio alejado.

Ahora trato de tejer toda esta experiencia que, lo sé, nos deja un sabor de historia, de una cicatriz en la vida cuya marca puede ser visible para que cada vez que se recuerde o se hable de ella, sea con orgullo.

Voces de los padres

“Cuando me enteré, pensé en los riesgos que podía correr. Sentí temor de perderla, más cuando me contó que eran territorios víctimas de los grupos armados; uno de madre se imagina lo peor. Al momento de partir sentí nostalgia, pero lo asumí resignada y expectante por que era un nuevo reto y una experiencia que ayudaría a mi hija a crecer en lo profesional y personal. Afortunadamente tuvimos una excelente comunicación. Hablábamos por teléfono todos los días e incluso estuve visitándola. A otros padres les diría que se animen y permitan que sus hijos hagan parte del programa Manos a la Paz y contribuyan en el tan anhelado objetivo de la paz.”

Rosa Ortiz, mamá de Yenny Lorena Montaña

“Mi corazón se llenó de una tristeza profunda al saber que se iba, pero supe sobrellevarlo porque entendí que su felicidad era superior a mi tristeza y que ese programa era el compendio de lo que ella siempre había querido hacer. Además, ver que estaba respaldada por una organización internacional, el Gobierno y la Universidad me tranquilizó muchísimo. Al volver, llegó con mucho agradecimiento por todo lo que hemos

hecho por ella; comprendió todo el esfuerzo que hay detrás de mantener un hogar. También tiene ahora una actitud muy comprensiva y un espíritu inquieto por todo lo que ocurre con nuestros sectores rurales y las condiciones en las que viven, para poder aportar a una transformación positiva. Finalmente, es mucho más responsable con el consumo del agua y el ahorro de los recursos. Tiene muchísimas más ganas de conocer y recorrer Colombia, e incluso contempla no seguir viviendo en la capital, sino en regiones rurales.”

Yolanda Santiz, mamá de Marcela Briceño

“Sentí mucho orgullo al saber que ella haría parte de un programa muy importante a nivel social para el país y por la gran experiencia que iba a tener al desarrollar sus capacidades en un entorno totalmente diferente del que estaba acostumbrada. El aprendizaje profesional que pusieron en práctica con otras comunidades es de vital importancia, pues son territorios que lo necesitan y allí aportan mucho más que en las principales capitales del país. Es valioso ir más allá y ver en carne propia las necesidades de sectores rurales que han sido devastados por la indiferencia, la injusticia y la desigualdad, una realidad que en manos de los jóvenes podría cambiar.”

José Antonio Briceño, papá de Marcela Briceño

“Mi hija tuvo un cambio en su pensamiento y en la manera de ver la situación que vivieron miles de personas en un momento de conflicto. Esto le ayudó a trabajar más arduamente con el fin de ayudar a proponer planes para el desarrollo de un municipio. Es una buena experiencia y una oportunidad para contribuir al proceso de cambio del país.”

Álvaro Aroca, papá de Nhasly Johanna Aroca

“Cuando Laura viajó nos dio una gran tristeza y estuvimos muy expectantes, pues ella nunca se había separado de nosotros. Fue un reto como familia entender y enfrentar esa nueva situación: no sabíamos cómo se iba a comportar, si nos iba a extrañar, si le iba a faltar algo. Era la primera vez que solo iba a estar ella misma para enfrentar sus problemas.

Gracias a esta experiencia pudo medirse como persona, afianzó sus sueños de viajar y ser independiente, tuvo la oportunidad de ver una línea de trabajo que no había explorado. Nos hizo ver que se ha convertido en una mujer fuerte y responsable. Esta es la oportunidad perfecta para conocer otras facetas de nuestros hijos y para que ellos puedan ver la realidad del país en el que vivimos, pues en Bogotá tenemos una visión muy sesgada por los medios de comunicación. Esta es una forma de conocer el país desde otra perspectiva más real, en la que ellos pueden ser actores de cambio.”

Lucila Ruiz y Carlos Martínez, papás de Laura Martínez Ruiz



Participantes de Manos a la Paz en la Universidad Central

Fila superior de izquierda a derecha:

Freddy Coronado, estudiante de Ingeniería Ambiental · Yenny Montaña, estudiante de Ingeniería Ambiental · Ángela María Avella, directora de la Unidad de Proyectos Estratégicos · Diana Vargas, estudiante de Ingeniería Ambiental · Nhasly Aroca, estudiante de Ingeniería Ambiental · Luisa Rubio, especialista en gestión operativa de la Unidad de Proyectos Estratégicos · Mauricio Rey, estudiante de Ingeniería Ambiental · Laura Martínez, estudiante de Publicidad · Andrés Chaparro, estudiante de Economía · Ángela Berdugo, estudiante de Ingeniería Ambiental.

Fila inferior de izquierda a derecha:

María Paula Vega, estudiante de Publicidad · Marcela Briceño, estudiante de Publicidad · Paula Mejía, estudiante de Ingeniería Ambiental · Leidy Vargas, profesional administrativo de la Unidad de Proyectos Estratégicos.

Manos a la paz. Crónicas

Manos a la Paz es la concreción de uno de los esfuerzos institucionales y sociales más significativos por ayudar al país a sanar las heridas del conflicto, a crecer espiritual e intelectualmente y a proyectarse hacia nuevos futuros posibles. Se trata de una experiencia de enriquecimiento recíproco en la que estudiantes y docentes universitarios intercambian saberes y experiencias con las comunidades más afectadas por el paso del conflicto armado en Colombia.

La Universidad Central presenta en este libro la compilación de crónicas escritas por algunos de los estudiantes y docentes que protagonizaron esta experiencia y se animaron a compartirla. Sus textos son producto de un sincero ejercicio de reflexión y creación sobre las vivencias que los sacudieron, los sensibilizaron y les dieron un aire renovado a la visión de su país, de su carrera e incluso de sus propias vidas.

ISBN 978-958-26-0346-5



9 789582 603465



UNIVERSIDAD
CENTRAL

